

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXIII

Nº5

MAYO 2010



NUESTRA PORTADA:

AÑO SANTO COMPOSTELANO

Santiago peregrino. Iglesia de Corneda (Ourense). Siglo XVII.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense (Sede vacante)

Año CLXXIII

Mayo 2010

Nº 5

SUMARIO

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General

- Decreto del nombramiento como Administrador Apostólico de Monseñor Quinteiro Fiuza..... 603
Nombramientos: Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Luis Quinteiro Fiuza, Administrador Apostólico
de la Diócesis de Ourense..... 604
Ofrenda al Apóstol Santiago del Sr. Administrador Apostólico en al peregrinación diocesana 604
Defunciones..... 606

Vicaría de Pastoral

- Homilía del Ilmo. Sr. D. José Pérez Domínguez en Santa Mariña de Augas Santas 608
Delegación de Liturgia. *Catorce consejos al presbítero desde la liturgia*..... 610

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española - XCV Asamblea general de la CEE

- Nota de Prensa: Campaña Xtantos 623
Mensaje de la Comisión Episcopal de Pastoral Social con motivo de la Festividad del Corpus
Christi, Día de la Caridad 624
Nombramiento: D. Salvador Cristau Coll nombrado Obispo auxiliar de Terrassa..... 629

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI

- Regina Caeli..... 633
Audiencias..... 636
Discursos..... 644
Homilías 653
Mensajes 658
Viaje Apostólico a Turín (2 de mayo de 2010)..... 662
Viaje Apostólico a Portugal (del 11 al 14 de mayo de 2010) 675

Santa Sede

- Homilía del Card. Tarcisio Bertone durante la beatificación del Padre José Tous y Soler..... 708
Discurso del Card. Tarcisio Bertone en la basílica de Montserrat 712
Homilía del Card. Tarcisio Bertone durante la Vigilia de Plegaria en la Solemnidad de Nuestra
Señora de Montserrat 713
Homilía del Card. Tarcisio Bertone durante la Santa Misa de la Vigilia de la Solemnidad de la
Virgen María de Fátima en la Visita Apostólica a Portugal..... 718

CRÓNICA DIOCESANA

- Mayo..... 725

IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

DECRETO

El Excmo. y Rvdmo. SR D. Luis Quinterio Fiuza Obispo de Tui-Vigo ha sido designado por el Santo Padre, Benedicto XVI, Administrador Apostólico de la Diócesis de Ourense “sede vacante” hasta la toma de posesión del nuevo Obispo de la Diócesis, con las facultades, que según las normas del derecho, tiene el obispo diocesano.

Prot. N. 59/2010

CONGREGATIO PRO EPISCOPIIS

AURIENSIS DE ADMINISTRATORIS APOSTOLICI NOMINATIONE DECRETUM

Ad consulendam regimini dioecesis Auriensis, vacantis ab hodierna die post nominatum Exc.mum P.D. Aloisium QUINTEIRO FIUZA, Episcopum Tudensem-Vicensem, Summus Pontifex BENEDICTUS Divina Providentia PP. XVI, praesenti Congregationis pro Episcopis decreto, nominat ac constituit Administratorem Apostolicum “sede vacante” memoratae Ecclesiae, donec novus Episcopus canonicam dioecesis possessionem capiat, Exc.mum P.D. Aloisium QUINTEIRO FIUZA, Episcopum Tudensem-Vicensem, eique iura, facultates et officia tribuit quae Episcopis dioecesanis, ad normam iuris, competunt.

Contrariis quibusvis minime obstantibus.

Datum Romae, ex aedibus Congregationis pro Episcopis, di 24 mensis Aprilis anno 2010.

+ Joannes B. Card. Re,
Praef.

+ Em. Monteiro de Castro,
A Sec.

NOMBRAMIENTOS

El Excmo. y Rvdm. Sr. D. Luis Quinteiro Fiuza, Administrador Apostólico de la Diócesis, en virtud de las atribuciones que le confiere el Decreto de la Congregación para los Obispos, ha realizado, con fecha 24 de abril de 2010, los siguientes nombramientos:

Confirmar en sus puestos, con las funciones y facultades que tenían asignadas anteriormente, a los Ilmos. Srs. *D. José Estévez Armada, Vicario General de la Diócesis, D. José Pérez Domínguez, Vicario de Pastoral, D. Cesáreo Lourido Díaz, Vicario para el Clero y D. José Rodríguez Gallego, Vicario para los Asuntos Económicos.*

Ofrenda al Apóstol Santiago del Excmo y Rvdm. Sr. D. Luis Quinteiro Fiuza, Administrador Apostólico de la Diócesis en la Peregrinación Diocesana a la tumba del Apóstol Santiago, 22 de mayo de 2010, Año Santo Compostelano.

Señor y amigo Santiago:

Con gozo grande, pongo palabra a los deseos y a las plegarias, a los anhelos y a las esperanzas de todos los hermanos y hermanas que hacen el camino hacia Cristo en la Iglesia particular de Ourense, hoy peregrinos en nombre de toda la Diócesis a tu sepulcro.

Quiero ante todo dar gracias a Dios por los años de tanta riqueza espiritual en los que he sido su pastor y obispo y ahora como Administrador Apostólico hago mías también sus plegarias para que pronto un nuevo pastor anime su historia eclesial, haciendo presente a Cristo, el Buen Pastor, al que Tú, Santiago, seguiste y predicaste con valor,

hasta el testimonio precioso de dar tu vida por El.

Venimos como comunidad de creyentes un numeroso grupo de peregrinos, de esa antigua y generosa Iglesia, que también la atraviesan caminos que desde siglos han conducido a tantos hombres y mujeres hasta tu sepulcro; nunca has sido un extraño para nosotros.

Caminos jacobeos que son riqueza y estímulo, recordatorio de bienaventuranza y certeza de que no son caminos ciegos a un “sin destino”, sino que siempre acompañados de Jesús que nos prometió cercanía ininterrumpida, vamos a una meta de Cielo de Vida.

Caminos que nos han dejado regalos de santidad como San Famiانو, peregrino y monje en nuestra abadía de Oseira, y a quien este año hemos querido a nuestro lado para alentar el mejor espíritu jacobeo que es acogida, conversión, gozo solidario, esperanza. También nos alientan otros amigos del Señor y tuyos como San Martín, nuestro patrono, San Rosendo que aquí acogió tantos peregrinos casi al comienzo de la gracia de tu sepulcro. San Francisco Blanco y los Beatos Sebastián Aparicio, Juan Jacobo Fernández entre otros y en primerísimo lugar Santa María Madre, a quien pedimos que nos conforte como a ti en nuestras noches y nos afirme en nuestra fe.

Ponemos a tus plantas, Señor Santiago, no como necesidades sacadas de un catálogo pre elaborado sino como gozos y sufrimientos que llevamos a flor de mirada y de corazón, al Papa Benedicto en cuya comunión deseamos vivir para hacer fecundo nuestro apostolado, a los sacerdotes que queremos santos y apasionados por las almas como el Cura de Ars, a los seminaristas futuro de nuestra Iglesia, a nuestras gentes trabajadoras y nobles. Vemos con tristeza despo-

blarse nuestros pueblos por falta de medios para vivir. Bendice a nuestros mayores que necesitan afecto y atenciones, a nuestros jóvenes que necesitan más afecto y trabajo. Cuántas preciosas realidades en el mapa de nuestra historia y de nuestro presente: misioneros, obras asistenciales, grupos apostólicos, consagrados, familias que no se rinden antes las falacias de una modernidad suicida que camina a la deriva.

Venir hasta tu Sepulcro no es un superficial turismo sino un pretexto para rezar juntos y para acercarnos por la conversión más a Cristo que así sea y que se nos note más nuestro compromiso. A agradecer la presencia viva del Señor en la Eucaristía, que ha sido y es precioso empeño Pastoral de estos años.

Te pido Apóstol Santo, tan cercano a mi trayectoria personal y a mi ministerio sacerdotal y de obispo que bendigas intensamente a esta Iglesia Particular de Ourense, como yo también les bendigo con afecto intenso sabiendo que en mi corazón estarán siempre, dando gracias a Dios por haber querido que unos años felices de mi vida haya podido ser su pastor y obispo.

+ Luis Quintero Fiuza
Obispo de Tui-Vigo
Administrador Apostólico de Ourense

DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ Rvdo. Sr. D. José Fernández Nóvoa (Párroco de San Xoán de Servoi).

Fallecido el día 17 de mayo de 2010 a los 77 años. Nació el 3 de diciembre de 1932 en Nogueira de Betán. Fue ordenado presbítero el 24 de junio de 1957. Después de su ordenación se incorporó al OCSHA marchando a América. A su regreso, en 1973, fue destinado a las siguientes parroquias San Juan de Servoi, de la que fue párroco hasta su fallecimiento, y administrador de las siguientes parroquias hasta el año 2008, San Vicente de Pepín, Santa Cruz de Gondulfes y Santa María de Castrelo do Val. Su funeral tuvo lugar en la parroquia de Santa María la Mayor de Verín el día 18 de mayo.

+ Rvdo. Sr. D. Manuel López Rodríguez (Párroco de San Martiño de Lago). Fallecido el día 19 de mayo de 2010 a los 66 años. Había nacido el 30 de septiembre de 1943 en Dozón. Siendo ordenado sacerdote el 21 de diciembre de 1969. Desde entonces ejerció su ministerio sacerdotal en la Diócesis de Ourense en los siguientes destinos: entre 1969 y 1975, fue, en primer lugar, miembro del equipo pastoral de Santa María de Castro Caldelas y después párroco de la misma y administrador de Santa María de Vilamayor de Caldelas, Santa María de Burgo de Caldelas y San Juan de Camba. Desde 1975 y hasta 1990 fue párroco de Santa María de Rabal, San Paio de Fitoiro, San Pedro de Casteloais, San Cristobo de Chaveán, San Isidoro de Drados y San Andrés de Fonteita. En 1990 fue destinado a las parroquias de Nosa Señora das Neves de Grixoá, San Fiz de Navío, Santa María de Freás de Maside y párroco de San Martiño de Lago. El funeral tuvo lugar en San Martiño de Lago el día 21 de mayo.

+ P. Juan Antonio Prol Pumar, C. M. Fallecido el 21 de mayo de 2010. Había nacido en Almoite – Baños de Molgas, el 3 de abril de 1912. El 16 de septiembre de 1929 entró en la Congregación de la Misión (PP. Paúles), siendo ordenado sacerdote el 3 de julio de 1938. Ejerció su ministerio sacerdotal en

Bolivia, Perú y México durante 53 años. El 22 de septiembre de 1992 regresó a España, a la casa que la Congregación tiene en Ourense, permaneciendo en ella hasta su muerte.

VICARÍA DE PASTORAL

Día 9 de maio de 2010: Igrexa parroquial de Santa Mariña de Augas Santas, Pascoa do enfermo “Dando vida, sementando esperanza”. Nos 25 anos do Día do enfermo. Homilía del Ilmo. Sr. D. José Pérez Domínguez, Vicario de Pastoral

Ben queridos irmáns:

Hoxe é o día do Señor. Neste tempo de Pascua, cheo de tanta luminosidade e adornado por unha vexetación tan exuberante, propia do mes de maio, reunímonos para celebrar a Cristo Resucitado, que se nos vai facer presente na Eucaristía. El vén confirmar a nosa fe, el vén a fortalecer a nosa esperanza e el vén a avivar o noso amor a Deus e ós nosos irmáns. ¡Qué fermosa xornada nos regala Deus para celebrar a Pascua do enfermo ca lenda: “dando vida, sementando esperanza”. Permiúdeme un saúdo a cantos seguides a Santa Misa pola Televisión Galega; moi especialmente a tódolos enfermos que, dende os hospitais, as residencias ou as súas casas nos acompañan. Queridos enfermos, o Deus da vida, que resucitou a Xesucristo, rompendo as ataduras do pecado e da morte, está con todos vós.

No vintecinco aniversario do Día do Enfermo:

Neste ano, cúmprese o 25 aniversario do Día do Enfermo na Igrexa en España (en Galicia xa levamos celebrando este día trinta e dous anos). É unha iniciativa das máis relevantes

da Pastoral da saúde, pois a celebración deste día convértese na columna vertebral de toda a acción pastoral da Igrexa cos nosos queridos enfermos. Ó longo destes anos foise aproximando o mundo do enfermo ás comunidades cristiás e axudouse a afinar en sensibilidade; impulsouse a reflexión sobre a forza sanante do Evanxeo; estimulouse a renovación da acción evangelizadora neste campo e, tamén, foi boa ocasión para resaltar o moito que hai de saudable e esperanzador no eido sanidade, incluídas as situacións límite. Podemos dicir, sen ter medo a enganarnos, que o enfermo vai acadando o protagonismo que el merece na pastoral da saúde.

A Palabra de Deus:

Acabamos de escoitar a proclamación da Palabra de Deus. No santo evanxeo Xesús convidábanos a escoitala con atención, pois é o mesmo Deus quen fala. Dinos tamén que se non cumprimos o mandamento do amor non podemos escoitar a Palabra, pois non a entenderíamos. “Se alguén me ama, gardará a miña palabra, e meu Pai amarao, e viremos onda el, e faremos vida con el”¹. E coa presenza de Deus encherémonos

de paz, de ledicia, de moita esperanza e amor, que tanto necesitamos todos, pero moi especialmente os que padecen dor e sufrimento. E o Señor danos sosego: “Non vos angustiedes, non teñades medo”². Deste xeito sonnos clarificadoras as palabras do concilio Vaticano II, cando dicía: “Vós, os que sentides máis o peso da cruz, vós, os que chorades, vós, os esquecidos na dor, tende ánimo: vós sodes os preferidos do reino de Deus, o reino da esperanza, da bondade e da vida; vós sodes os irmáns de Cristo sufrinte e con el, si tendes vontade, salvádesvos a vós e salvades ó mundo”³. E a razón é obvia: o sufrimento humano alcanza o seu sentido y plenitude de luz no misterio da paixón, morte e resurrección do Señor.

Amigos enfermos, no día do Señor, cos vosos familiares e amigos, cantémoslle a Deus que non nos deixa soios, que fai o camiño connosco, na saúde e tamén na enfermidade: ¡“Deus, que te loen os pobos, que tódolos pobos te loen”!⁴

Unha nova evanxelización na Pastoral da Saúde:

A pastoral da saúde esixe unha dinámica de nova evanxelización. A iso débenos axudar o coidado persoal e formativo dos axentes de pastoral da saúde (capeláns, profesionais da saúde, persoal do voluntariado cristián, ...); a promoción dos movementos cristiáns; a potenciación e a creación de grupos

de voluntarios para a atención e seguimento dos enfermos e das súas familias nas comunidades parroquiais e nos arciprestados. En verdade, a Igrexa non pode ser indiferente ante a dor e o sufrimento humano. O Tal como nos di o concilio Vaticano II: “Cristo foi enviado polo Pai “para anunciar ós pobres a Boa Nova, para sandar ós de corazón destrozado”⁵, “para buscar e salvar o que estaba perdido”⁶; de maneira semellante a Igrexa abraza con amor a tódolos aflixidos pola debildade humana; mais aínda, recoñece nos pobres e nos que sofren a imaxe de seu fundador, pobre e sufrinte, preocúpase de aliviar as súas necesidades e pretende servir neles a Cristo”⁷. E, o Papa, Benedicto XVI, neste ano sacerdotal xa próximo o seu remate, dinos ós sacerdotes: “Invítovos, queridos presbíteros, a non escatimar esforzos para prestarlles asistencia e consolo. O tempo transcorrido ó lado de quen se encontra na proba é fecundo en gracia para todas as demais dimensións da pastoral”. E dilles tamén ós enfermos: Diríxome a vós, queridos enfermos, e pídivos que recedes e ofrezades os vosos sufrimentos polos sacerdotes, para que poidan manterse fieis a súa vocación e o seu ministerio sexa rico en froitos espirituais, para ben de toda a Igrexa”.

Agradecemento:

Irmáns enfermos, irmáns todos: dende o Santuario de Santa Mariña de Augas Santas en Allariz, á beiriña

mesmo do seu sepulcro, meta de tantas peregrinacións, queremos darlle grazas a Deus polos vinte e cinco anos do Día do Enfermo, “dando vida e sementando esperanza”. Queremos que sexa un medio anovador para a acción evanxelizadora da Igrexa. Agradecemos o traballo xeneroso e eficaz, que está levando a bo termo a Pastoral da Saúde en Galicia; a tódolos voluntarios, ás institucións, que colaboran coas Delegacións en cada unha das nosas dioceses. Un agradecemento extensivo a cantos a diario, co súa testemuña do “amor misericordioso de Deus”, fan posible respostas novas ás novas esixencias do mundo da Sanidade.

Conclusión:

Irmás ben queridos: ¡que non nos resulte estraño o mundo da dor e do sufrimento; que os nosos enfermos estean no centro das nosas preocupacións; que saibamos querelos e comprometer-nos con eles nunha atención persoal e afectiva, “que transmita vida e cree esperanza”. ¡Que a Nosa Señora dos Milagres nos bendiga a todos. Que pola súa intercesión o seu Fillo Xesucristo lle conceda ós nosos enfermos a sanación e a plenitude da Vida. Que encha ós seus familiares e amigos de paciencia, de tenrura e de xenerosidade. Que a gran familia do mundo da sanidade non desalente, xa que está no bo camiño.

NOTAS:

1 [Xn. 14, 23 – 29.](#)

2 [Xn. 14, 23 – 29.](#)

3 [Concilio Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones. BAC, Madrid 1966, p. 845.](#)

4 [Sl. 66.](#)

5 [Lc 4, 18.](#)

6 [Lc 19, 10.](#)

7 Concilio Vaticano II, constitución dogmática *Lumen Pentium*, 8.

DELEGACIÓN DE LITURGIA

Catorce consejos al presbítero desde la liturgia

Cuando ya está terminando el “Año sacerdotal” (150 aniversario de la muerte del Santo Cura de Ars), presbítero celoso en la celebración y distri-

bución de los sagrados misterios, ofrecemos *catorce orientaciones o consejos* al sacerdote, en orden a una ejecución fructuosa y eficaz de su ministerio li-

túrgico. Creemos que estas orientaciones influirán también en su vocación a la santidad y renovación pedida por Benedicto XVI.

1. El presbítero tratará de *conocer bien el sentido* (espíritu) de cada *texto bíblico y/o litúrgico* que se proclama o lee en la celebración. De ello depende en gran parte la *intonía del corazón* y la inteligencia del texto, en orden a decirlo y comunicarlo a la comunidad orante. La tarea del sacerdote pastor debe tener muy en cuenta esto. Lo mismo ha de suceder con cada gesto o postura corporal de la celebración. Para lograrlo será necesario primero leer los textos, estudiar sus aspectos más desconocidos, dejar tiempo para que los textos comuniquen su contenido y a ser posible, rezar serena e inteligentemente a partir de los textos. De este modo, se nos mostrará la *orientación fundamental* de los textos, cuáles son sus temas centrales, sus contenidos, los *objetivos* respecto a la asamblea y a cada fiel y qué es lo que ha pretendido la Iglesia al proponerlos. Lo mismo se diga de las diversas *acciones o ritos* de los que se compone la celebración. P. e., para realizar bien el rito de la paz (*Ordenación general del Misal Romano*, 3ª edición, Coeditores litúrgicos 2005=OGMR n 82) o de la presentación de los dones (OGMR n 73-76), es preciso conocer el sentido de las distintas partes o ritos del ordinario de la Misa. No se puede “subjetivizar” o actuar caprichosamente con los “ritus et preces” (SC 22; CDC cn 838). Es

un tema de fidelidad a la Iglesia y a la comunidad seguir el modo cómo la Iglesia pide hacerlo. Por lo que se refiere a la Eucaristía, es imprescindible conocer la OGMR.

2. Tratará de *conocer bien la verdadera y genuina naturaleza de la Liturgia*, distinguiéndola de los aspectos meramente externos. Esta tarea es sustancial e inexcusable para el presbítero (SC 21). Tiene que ser experto en aquello que “trata” (SC 14;19;17-18). La liturgia no es sobre todo rúbrica, aunque también lo es. No es sobre todo estética, aunque la incluye. La liturgia no es principalmente lo externo, lo que se ve, aunque lo incluye. La Liturgia es sobre todo el ejercicio del sacerdocio de Cristo, es acción de la Trinidad, es el misterio salvífico de Cristo, hecho presente y eficaz por las acciones simbólicas de la Iglesia; la liturgia es ante todo profesión de fe, es oración de Cristo-Iglesia al Padre en el Espíritu Santo (SC 5-10; CCE 1077-1109; 1113). Es preciso que el sacerdote tenga esto claro y *asimilado vitalmente*. Así no confundirá la verdadera naturaleza de la liturgia (la entraña más profunda; “realidades divinas invisibles” SC 33) con sus aspectos meramente externos. Lo externo debe ser siempre expresión de lo más profundo y misterioso de la liturgia (SC 21; OGMR n 42). Cuando lo externo es expresión tersa y digna de lo interno cobra todo su valor. Entonces la acción divino-humana trasparenta fuertemente el misterio de Cristo a quien tiene ojos de fe.

3. El presbítero, en la predicación, *debe atender al uso bueno y sabio de la Sagrada Escritura*. La predicación dentro de la liturgia tiene una gran importancia. Es una predicación peculiar y con cometidos muy definidos. Por eso, el presbítero debe conocer bien los textos bíblicos proclamados en las celebraciones. En ellos debe fundamentar lo principal de su predicación. Pero la libertad en cuanto al *cómo hacerlo*, es grande, conforme a lo que indican los libros litúrgicos. Sus palabras han de ser el cauce más adecuado para que la Palabra de Dios viva y llegue sin dificultad a los fieles. Lecturas, salmo responsorial y algunas antifonas son elementos-cauce de transmisión de la Palabra de Dios de esa celebración. Pero el presbítero, como experto en la Palabra de Dios, debe utilizarla con la mejor pedagogía y mistagogía, para que llegue abundante y agraciada a los fieles. Él, como el buen escriba deberá sacar de la Sagrada Escritura “lo nuevo y lo viejo según convenga”. Pero esto, no será posible si el presbítero no es sabio respecto a la sagrada Escritura. La sabiduría que se le pide no es sobre todo exegética, de investigación, sino *de haber gustado* la presencia de Cristo y del Espíritu Santo en ella (SC 24; 35; DV 21; 25). Importa la exégesis correcta, importan los medios para entender mejor la Palabra, pero sobre todo importa *cómo la ha entendido y entiende la Iglesia* en su Tradición, en el Magisterio y en los santos. Además importa mucho *entrar en la Palabra* por la fe y la oración. El Sínodo so-

bre la Palabra de Dios ha insistido en la “lectio divina” y en la lectura orante de la Palabra de Dios, como medio óptimo para conocerla y aplicarla a la vida. Las “Proposiciones” de los Padres al Papa y el “Mensaje” a los cristianos y hombres de buena voluntad son un precioso material para ahondar en la Palabra de Dios.

4. El presbítero debe *observar religiosamente la ley de la oración y la ley de la fe*. En la celebración litúrgica, se expresa y acrecienta la fe de la Iglesia, se testimonia lo que la Iglesia *cree* (SC 33; 59; OGMR 20), como efecto de lo que la Iglesia, por boca del presbítero y la comunidad, *ora*. La antiquísima fórmula “legem credendi statuat lex supplicandi”, se hace realidad viva en cada celebración litúrgica. La Iglesia *cree como ora* en las celebraciones litúrgicas, cuando éstas son fieles a lo que la Católica pide; en la medida en que su oración litúrgica es expresión de la oración de todo el Cuerpo místico (Cristo Cabeza + los cristianos), en esa medida, su fe será católica y se verá potenciada y reforzada por su *oración eclesial y una*. El presbítero, en su papel de presidente de la celebración litúrgica, ha de ser consciente y observar con profunda humildad y obediencia que, la oración litúrgica no es patrimonio suyo, sino de toda la Iglesia, lo mismo que la fe que profesa no es “su” fe, sino la fe proclamada desde los Apóstoles hasta hoy. Por eso, el presbítero se esforzará por *entender rectamente* los cambios que se han realizado en la ley del orar (liturgia)

y *formar rectamente* en ellos a los fieles. Ésta es una de las tareas importantes del presbítero respecto a la comunidad de los fieles. Y todo ello debe ordenarlo a la *participación fructuosa y plena* de la comunidad que preside (SC 14; 19; 21; 27; 30; OGMR 17; 18; 20).

5. El presbítero ha de utilizar rectamente el *espacio de libertad*, que le ofrece la liturgia, emanada de la reforma del Concilio Vaticano II. Cuando se conoce los libros litúrgicos (Misal, Rituales, Libro de las Horas), se sabe que en ellos se encuentran posibilidades de *acomodación y adaptación*. Acomodarse significa tener en cuenta las condiciones, circunstancias y oportunidades legítimas de las personas (SC 21; 34; 37-40; CCE 1204-1206). No es igual una asamblea en la que prevalecen los ancianos, que en la que prevalecen los jóvenes o niños. No es lo mismo la celebración de un matrimonio, de confirmaciones o de exequias cristianas. No es lo mismo hablar en la lengua del pueblo, que en una que no es la propia. No es igual tener en cuenta la *cultura* de un pueblo, sus esquemas mentales, sus costumbres honestas, como no tener en cuenta para nada esto. Por eso, en los libros litúrgicos *se prevén posibilidades de cambiar* ciertos textos (moniciones, cantos, algunos ritos), según sea oportuno; atendiendo a las circunstancias; de acuerdo con las exigencias pastorales, etc. Es lo que llamamos *legítima creatividad* (Cf. OGMR n 23-26; 31; 387-393).

En estos casos, el sacerdote y el equipo que prepara las celebraciones con él, pueden *elegir* determinadas opciones (OGMR capítulo VII). El *criterio de selección* no puede ser el gusto, la comodidad, la moda, sino *el bien común pastoral y espiritual* de la comunidad. Por eso, a la hora de tomar una opción entre otras que ofrecen los libros, quienes tienen tal competencia deben preguntarse: ¿Qué es lo mejor para la comunidad celebrante? ¿Qué opción será la que ayude más a que los fieles participen fructuosamente y entren en el misterio? ¿Qué es lo que contribuirá más a vivir de ese misterio que celebramos? ¿Elijo esta opción porque me es más cómoda o fácil? Entonces debo corregir tal opción.

6. El presbítero en la celebración ha de *ejercer (rectamente)* el arte del *bien hablar*. Hablar bien es un arte. Lo descubrimos cuando nos encontramos con una persona que comunica bien, que se hace entender con facilidad, que modula la voz y vocaliza bien. La *naturalidad* es quizás una de las cualidades más estimadas en una persona que se dedica a la comunicación. El presbítero está llamado a ejercer lo más perfectamente posible el *arte de la palabra*. Cuando lee, ora, proclama, exhorta, aclama, relata, etc., los timbres de voz y la modulación de la misma varía y exige una coherencia entre las palabras, los conceptos y la sensibilidad (OGMR 32; 38). Los distintos momentos de la celebración (liturgia de la Palabra, oraciones presidenciales, aclamaciones,

moniciones, etc.) piden un esfuerzo serio por armonizar la voz con la diversa tonalidad de la palabra (OGMR 38). Para ello, es necesario prepararse, esforzarse, sintonizar la voz con los conceptos, los géneros literarios de las lecturas, con la palabra cantada o semitonada. Además el presbítero no puede olvidar en ningún momento que presta su voz a Cristo y a la comunidad (OGMR 30-33). Su palabra es transparencia o velo tupido de la Palabra de Dios y del servicio de la Iglesia. Además no debe olvidar que en la liturgia *la voz debe concordar con la Palabra* (San Benito, *Regla Cap. 19*; OGLH 19), que es de Dios o de la Iglesia.

7. Ha de adquirir una formación buena en el *canto sagrado y en el arte musical*. En la celebración litúrgica, la música y el canto tienen una *importancia muy grande* (OGMR 39-41). Quien canta bien ora dos veces. Ya sabemos que hay personas con muchas cualidades para la música y el canto, mientras otras tienen menos. Pero, con esfuerzo y conocimiento de las normas de la Iglesia, todo presbítero puede ayudar al canto de la comunidad que preside. Si él no tiene muchas cualidades, con la ayuda de otras personas (sacerdotes, religiosos/as o laicos) saldrá adelante. Él debe conocer los *criterios principales*: que el canto ayude a la participación litúrgica, a orar comunitariamente y cantar los textos de la liturgia, que la Iglesia pide y desea. Para ello, el presbítero *no puede dimitir* de su labor de *responsable* de todos los aspectos de la

celebración y del conocimiento de las normas sobre qué y cómo cantar la liturgia. Comience por lo más sencillo: los textos del ordinario (“Señor, ten piedad”, “Santo”, “Cordero de Dios”), aclamaciones o respuestas breves (“El Señor esté con vosotros”; Aleluya), salmo responsorial (al menos la respuesta), etc. Cantar más el domingo y los días festivos; menos en Cuaresma o Adviento. Cantar aquellos cantos que pueda participar todo el pueblo. Cuando no se puede cantar un texto, procurar que se declame bien. No es exclusivamente ni siquiera principalmente cuestión de técnica musical, aunque también; es sobre todo cuestión de *sensibilidad espiritual, de amor a la liturgia, de esfuerzo pastoral y de aplicar los criterios* del bien común espiritual de toda la comunidad celebrante. Es el compromiso serio de ofrecer a Dios la hermosura del “sacrificium laudis”.

8. Ha de conocer bien las *leyes genuinas* del arte sagrado (SC capítulo VII; OGMR capítulo V). La celebración litúrgica se dignifica, en gran medida, mediante la ayuda del arte sagrado. En este arte *entran*: la música, el canto, las imágenes (escultura y pintura), el adorno y la decoración, las vestiduras, el mobiliario y los vasos sagrados. Todos estos elementos artísticos contribuyen a la *belleza* y están al servicio del “ars celebrandi” (OGMR 288-289). Por eso, es muy importante que el sacerdote y quienes colaboran con él en la preparación y ejecución de la celebración litúrgica, en la selección

de estos elementos y en su ordenamiento, los pongan al servicio de la belleza divina y en función de la glorificación de Dios. Estos elementos serán más bellos en la medida en que trasluzcan la belleza del misterio cristiano y estén al servicio de la Belleza por excelencia, que es Dios. De modo que, en la iglesia y en las celebraciones litúrgicas, no es lo más importante la belleza formal de cada elemento, sino *su transparencia de lo divino y su servicio al misterio* que se celebra (OGMR 292-294). Por eso, es tan importante que quienes confeccionan o planifican estos elementos artísticos, primero *se imbuyan* hasta lo más íntimo de su ser de los sagrados misterios a cuyo servicio han de estar sus obras (OGMR 289). El ejemplo de los autores de iconos orientales ya es clásico. Antes de ejecutar la obra oraban, se retiraban, ayunaban, etc. ¿Cuál es la experiencia de fe y de oración de muchos de los arquitectos, aparejadores, joyeros, escultores y pintores de obras religiosas, hoy? ¿De dónde brota la inspiración religiosa para esas obras, si en algunos casos ni son cristianos practicantes? Por eso, muchas veces, producen lo que producen.

9. Ha de *entender de tal modo y conocer cada rito de la santa Misa*, de manera que puedan explicarlos a los fieles en la catequesis y predicación. Ésta es una tarea *indispensable* a los presbíteros. Los ritos compuestos de palabras, gestos y posturas corporales estructuran las celebraciones. Los signos y ritos son el *cauce expresivo del misterio cristiano*,

que se actualiza en la liturgia. Si no hay un conocimiento mínimo del sentido y significado de los ritos, será muy difícil la participación fructuosa en el misterio, fuente y cumbre de la vida cristiana. Es tarea del sacerdote, ser *maestro y mistagogo* (conductor al misterio) de los fieles (SC 33; 34; OGMR 20; 42; 45; 39-41). No basta el conocimiento del significado de las palabras y los ritos en el conjunto de la estructura de la Misa (ritos iniciales, liturgia de la Palabra, liturgia de la Eucaristía y ritos conclusivos), es preciso que se tenga *una experiencia de fe* de su significado y su efectividad de gracia. Eso se adquiere por la formación y el estudio, pero sobre todo por la *experiencia celebrativa y orante*. Si el presbítero posee ese conocimiento y experiencia, no le será difícil, en sus catequesis fuera de la misa y en su predicación, transmitir el sentido litúrgico y la entraña de vida cristiana (SC 14) que se encierra en los ritos. Para esta formación y experiencia ayudará mucho la OGMR, que precede al Misal en su 3ª edición aprobado recientemente por la Conferencia Episcopal Española.

10. Ha de *comprender la importancia espiritual y teológica* del día del Señor y del año litúrgico, como itinerarios de fe para la vida cristiana. El presbítero debe tener muy claro que, la *programación pastoral* más antigua de la Iglesia respecto al pueblo de Dios, es el año litúrgico y el domingo como pilar fundamental. Por encima de todos los objetivos y programaciones de la Iglesia

universal y de las Iglesias locales, más importantes que las “Jornadas”, años jubilares, etc., es el año litúrgico como seguimiento de Jesucristo en sus misterios a lo largo de todo el círculo anual y mediante las reuniones semanales (domingos) de la comunidad orante (“Dies Domini” =DD 76-80; 87; CCE 1166-1167; 1168-1171).

Por eso, el presbítero debe esforzarse constantemente por destacar la importancia espiritual de celebrar bien los domingos, solemnidades y fiestas del Señor, a las que se unen las de la Virgen María y los Santos (CCE 1172-1173). De la celebración de este misterio, se desgrana en misterios concretos, de donde debe beber el creyente el “verdadero espíritu cristiano” (SC 14). Es en la celebración del “día del Señor”, la Pascua semanal, el día de Cristo resucitado, el “día octavo”, día del Espíritu Santo, del hombre, del Bautismo y de la asamblea (comunidad), de donde hemos de beber la linfa que brota del “árbol de la vida”, del costado de Cristo resucitado y de la “fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna”. El presbítero ha de saber indicar a los fieles con su convicción de fe que, en la celebración dominical y festiva, está “el Señor” presente y actuando (CCE 1168). Debe *sugerir* suavemente lo de Jesús a la mujer samaritana: “Si conocieras el don de Dios...” (Jn 4,10). En la celebración del año litúrgico y del domingo encontramos “el don de Dios” y “la fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna” (Jn 7, 38). Conectar desde

la fe y abrirse a este regalo, supone vivir “en Cristo”, “de Cristo” y “a Cristo”.

11. El presbítero ha de *familiarizarse con la importancia histórica, espiritual y pastoral de la Liturgia de las Horas*. La oración litúrgica de la Iglesia es modelo y fuente de toda oración para la comunidad y el cristiano. La Liturgia de las Horas es la oración de alabanza y acción de gracias que da sentido a las diversas horas del día y de la noche (CCE 1174). La Iglesia ha extendido la exigencia de esta oración a todo el pueblo de Dios. Completa la alabanza y acción de gracias de la Eucaristía y la prolonga al resto del día (OGLH 12; CCE 1178). Por eso, muchos laicos han recibido con alegría la realidad teológica y espiritual de esta oración y la hacen habitualmente, al menos en parte. El presbítero debe inculcar en los fieles la importancia de esta oración y es él quien debe ser un ejemplo vivo de la misma (SC 86; OGLH 18;20; 23; 28-29). A él le toca también presidirla comunitariamente siempre que le sea posible. Pero él sabe muy bien que, cuando el pueblo no ora la Liturgia de las Horas, debe hacerlo vicariamente él. Aunque rece el Oficio divino sólo, no reza individualmente (OGLH 28-29). Su voz es voz de Cristo y de la Iglesia y a él toca orar siempre sin desfallecer, por la comunidad (SC 84-85; OGLH 28). *Es parte de su tarea pastoral* orar la Liturgia de las Horas por el pueblo. Así lo ha prometido en su ordenación (“De Ordinatione Episcoporum, presbyterorum et diaconorum”. Editio typi-

ca altera (Typis polyglottis Vaticanis 1990) n 124: “Vultis...misericordiam divinam...implorare orandi mandato indesinenter instantes?” - “Volo”.) y así se lo pide la Iglesia. Es la oración que conmemora el misterio de Cristo, que ora en su nombre y en nombre de la Iglesia. Es la liturgia que concentra todo su contenido en lo espiritual, en la oración o “laudis canticum”, que sube al Padre como lo hace el incienso en sus volutas apenas sin cuerpo ni materia, símbolo de la realidad espiritual. Si el sacerdote *ha asimilado el espíritu* de la Liturgia de las Horas, lo transmitirá vivencialmente a su comunidad. Si no lo ha hecho, acusará la ausencia de un profundo espíritu de oración. Y además esta oración se une y anticipa la de los bienaventurados en el cielo, pues Cristo con voz humana la trajo a este mundo, importada de las moradas celestiales (SC 83; OGLH 15-16). De todo esto brota la importancia espiritual histórica, espiritual y pastoral de la Liturgia de las Horas.

12. Ha de *considerar atentamente la administración de los sacramentos y sacramentales bajo el aspecto didáctico*. El presbítero ha de saber por experiencia que, la liturgia es “principalmente culto a su divina Majestad” (SC 33) y, por ello, debe tratar estos misterios con profunda fe, obediencia y fidelidad. Ello le debe llevar a no “utilizar” la liturgia nunca como medio o instrumento en orden a otro fin distinto. Esto sucede cuando se “instrumentaliza” la celebración para enseñar, para instruir,

para conseguir otros efectos distintos del culto a Dios y la santificación de los fieles. Pero dicho esto, hay que añadir que la liturgia “contiene también una gran instrucción para el pueblo fiel” (SC 33). La celebración, realizada como la Iglesia nos pide, es la mejor catequesis, la mejor escuela, el medio mejor para que el pueblo de Dios se vaya instruyendo en lo que constituye el fundamento de toda la vida cristiana. Hemos de hacer experiencia de que, *celebrando bien*, catequizamos y enseñamos en grado supremo. Y esto es así porque, en la celebración se escucha la Palabra de Dios, se explica esta Palabra y se asimila serenamente. En las oraciones de la Iglesia, se expresa su fe, sus convicciones más profundas, su visión de los acontecimientos y de la vida, sus criterios fundamentales, se inculcan las virtudes y valores a cultivar. Cuando se celebra bien, de la celebración brota la exigencia de una ética y moral precisas. Todo esto es *enseñanza* y dimana de la celebración como acción divino-humana.

Por todo lo dicho, el presbítero cuando celebra la liturgia y de modo especial los sacramentos y sacramentales (después de una buena preparación de los fieles), debe tener en cuenta este *aspecto didáctico*, es decir, actuar de tal modo que, *celebrando enseñe* y comunique con abundancia la fe de la Iglesia. Si se esfuerza porque se lea bien “lo que se ha escrito para nuestra enseñanza” (Rm 15, 4), se cante con sentido espiritual, se ore con fe, si en las moniciones

y homilía explica la Palabra de Dios adecuada a la comunidad, si invita a guardar los silencios para ahondar en el sentido de lo celebrado, si procura que se realicen bien los signos y ritos, como transparencias de realidades divinas e invisibles, entonces, *celebrando estará enseñando*.

13. El presbítero *ha de adquirir para sí una espiritualidad genuinamente litúrgica*, de modo que la pueda compartir con los fieles. La espiritualidad litúrgica viene determinada por las celebraciones a lo largo del año. Estas celebraciones litúrgicas constituyen *la fuente y cumbre de toda la vida espiritual* del cristiano y de la comunidad. Vivir al ritmo de las celebraciones litúrgicas supone *vivir del misterio de Cristo*, que se actúa mediante los signos sacramentales de la Iglesia. Entre esos signos están: la Palabra de Dios, las oraciones y preces de la Iglesia, el canto, el silencio, los gestos y actitudes corporales, los tiempos litúrgicos y los elementos materiales que acompañan a la celebración litúrgica. En la espiritualidad litúrgica, el protagonismo lo tiene el Padre, por Cristo en el Espíritu Santo, la Iglesia como sacramento de Cristo, el que preside las celebraciones, la comunidad celebrante y después cada individuo. Es importante tener en cuenta este orden. Es Cristo, en el Espíritu Santo, quien *va configurando consigo* a la persona, en el seno de la comunidad. Es Cristo, en el Espíritu, quien infunde en el alma los sentimientos y actitudes del Crucificado-Glorificado, para que

la comunidad y el cristiano vayan en su seguimiento, realicen la “*imitatio Christi*” hasta la plenitud de edad en Él. La espiritualidad litúrgica se actúa a partir de la cumbre que es la Eucaristía, se despliega en la Liturgia de las Horas, en los sacramentos de la Iniciación cristiana, en los de la enfermedad y del desarrollo de la comunidad cristiana. La espiritualidad litúrgica *se fundamenta* en las *realidades objetivas* de la Iglesia: la fe, la esperanza y la caridad, ofrecidas por la acción sacramental de Cristo y la Iglesia a través de las palabras y gestos, elegidos por Cristo y por la misma Iglesia para comunicar la salvación (SC 33). Lo subjetivo y propio de la persona queda orientado y sometido a la primacía de Dios, de su Iglesia, de los sacramentos y sacramentales y de los demás medios establecidos por la Iglesia. Cuando el presbítero vive esta espiritualidad la transmite fácilmente a los fieles.

14. El presbítero está llamado también a *estimar los ejercicios de piedad del pueblo*, aprobados por la Iglesia y adaptarlos a su uso personal. La Liturgia es la cumbre y fuente de la vida espiritual (SC 10). Pero la liturgia no agota toda esta vida (SC 9; 12). Por eso, la Iglesia recomienda a todo el pueblo de Dios ejercicios de piedad que, de algún modo, derivan de la liturgia, la proyectan y amplían (SC 13). Al mismo tiempo, estos ejercicios piadosos preparan a la liturgia y a ella conducen. El sacerdote ha de valorar estos ejercicios piadosos, sobre todo los recomendados

por las Iglesia, tales como: el “Viacrucis” (sobre todo en Cuaresma), el Rosario a la Santísima Virgen, el “Ángelus”, las antífonas marianas, tales como: el “Regina Coeli”, “Salve Regina”, etc. Lo mismo se han de estimar las peregrinaciones a santuarios, las novenas, las expresiones penitenciales, los sacrificios, etc.

De este modo, la liturgia se *personalizará* más, se *prolongará* a distintos momentos de la vida ordinaria y se *complementará* con otros elementos de piedad, distintos de la liturgia en su naturaleza, sus leyes y formas. Así, la espiritualidad cristiana unirá la *piedad más objetiva* que brota sobre todo de los misterios, con la *piedad más subjetiva*, que respon-

de de manera más concreta al modo de ser de una comunidad, a las costumbres y usos de un pueblo y a las peculiaridades de una familia religiosa o persona. La misma Iglesia propone y ofrece las celebraciones litúrgicas, como fuente y cumbre de la vida espiritual (SC 10) y la que recomienda también como complemento armónico de la vida espiritual estos ejercicios piadoso-devocionales, en orden a saciar todas las dimensiones de respuesta a la llamada de Dios, de búsqueda y encuentro afectuoso con Él, de culto de alabanza y acción de gracias al Señor y de piedad y afecto personal. En este sentido, será de gran ayuda el *Directorio sobre la piedad popular y la Liturgia. Principios y orientaciones* (BAC-documentos, Madrid 2002).

Ourense 13 de mayo 2010.

Ramiro González Cougil,
Delegado Diocesano de Liturgia.



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

Nota de Prensa: Campaña Xtantos

La Iglesia lanza la Campaña de la Renta 2010

Durante los meses de mayo y junio se pone en marcha una campaña de comunicación en los medios, en continuidad con la desarrollada en años anteriores

Madrid, 5 de mayo de 2010

El Secretariado para el Sosténimiento de la Iglesia, de la Conferencia Episcopal Española (CEE), ha puesto en marcha la Campaña de la Renta 2010 con el objetivo de animar a los católicos y a todas las personas que aprecien la labor de la Iglesia, a marcar la X en la Declaración de la Renta.

Para ello, y en continuidad con las campañas anteriores, utiliza la marca XTANTOS que explica sintéticamente con su logotipo lo que la Iglesia pretende transmitir: la labor que desempeña y la necesidad de que cada vez más personas se comprometan para que pueda seguir ayudando a “tantos” que lo necesitan.

Este año se ha optado por una creatividad publicitaria elaborada sobre la base de las campañas anteriores, aprovechando incluso el material que ya estaba grabado. Los *spots* publicitarios para televisión y las inserciones en prensa generalista podrán verse desde el 17 de mayo hasta el 13 de junio. La Campaña incluye también inserciones

en prensa especializada (24 de mayo - 20 de junio), medios digitales (1 de mayo - 30 de junio) y radio (del 14 al 30 de junio). Asimismo, se podrán ver en 700 vallas publicitarias distribuidas en las principales ciudades españolas.

Además, como el año pasado, se ha lanzado una publicación con formato de periódico (XTANTOS), de 20 páginas, que cuenta con noticias, artículos de opinión, entrevistas, reportajes en torno al sostenimiento económico de la Iglesia. Se ha realizado una tirada de 950.000 ejemplares, que ya ha comenzado a distribuirse por las parroquias de España.

Todos estos contenidos están disponibles en la página web (www.portantotos.es). Junto a ellos, se han incluido nuevos testimonios de personas que dedican su vida a colaborar con la Iglesia o bien que reciben ayuda de ella.

Desde 2008, el sostenimiento de la Iglesia depende exclusivamente de los católicos y todas aquellas personas, que reconocen la labor de la Iglesia. Quienes libremente quieran hacerlo

pueden marcar la casilla de la Iglesia Católica en su Declaración de la Renta. Un 0,7 por ciento de sus impuestos se dedicarán así, sin coste adicional para el contribuyente, a la ingente labor que la Iglesia desarrolla. Este

sencillo gesto no le supone a nadie ni pagar más, ni que le devuelvan menos y, además, en esas mismas condiciones, se puede marcar también, al mismo tiempo, la casilla a favor de “Otros fines sociales”.

Mensaje de la Comisión Episcopal de Pastoral Social con motivo de la Festividad del Corpus Christi, Día de la Caridad

6 de junio de 2010

EL SACERDOTE, HOMBRE DE LA CARIDAD

Celebramos este año la fiesta del Corpus Christi cuando nos disponemos a culminar en la Iglesia el Año Sacerdotal proclamado con ocasión de la celebración del ciento cincuenta aniversario de la muerte de Juan María Vianney, el Santo Cura de Ars.

A lo largo del año, los sacerdotes han sido invitados a reavivar el don que han recibido y a profundizar en la riqueza personal y comunitaria que significa el ministerio sacerdotal que se les ha confiado¹. La figura del Santo Cura de Ars les ha motivado e iluminado para vivir el sacerdocio como expresión del amor de Dios con que se sienten amados y, al mismo tiempo, impulsados para que los hombres y mujeres de nuestro tiempo se sientan igualmente amados por el Dios del amor. En las palabras del Cura de Ars² y en obras

suyas como “La Providencia”, orfanato para jóvenes desamparadas que resultó ser modelo en la Francia de su época para instituciones similares, han podido descubrir la radicalidad y la dimensión práctica del amor.

Ahora, en los últimos días del Año Sacerdotal que será clausurado en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, el próximo día 11, el misterio de la Eucaristía que celebramos y veneramos, misterio del Cuerpo entregado y la Sangre derramada de Jesús para la vida del mundo, ilumina de manera muy particular el ministerio de los sacerdotes. Ellos han sido llamados, consagrados y enviados por Jesús para ser transparencia de ese amor que salva al mundo amando a los hermanos y siendo Buena Noticia para los pobres³. Como la piedad popular ha entendido muy bien, en el Corazón de Jesús se manifiesta el misterio del amor de Dios, que, por la encarnación del Hijo eterno, nos ama también con un corazón humano.

Por este motivo, invitamos a toda la comunidad cristiana a que este año la contemplación del Señor, presente verdadera, real y sustancialmente en la Eucaristía, bajo los signos del pan y del vino, nos lleve a valorar a nuestros sacerdotes como los hombres de la caridad, como los llamó Juan Pablo II⁴, y a rezar especialmente por ellos, para que su ministerio sea una verificación y actualización del amor de Jesús ungido por el Espíritu y enviado «a anunciar a los pobres la Buena Noticia, a proclamar la liberación de los cautivos y la vista a los ciegos, a dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor»⁵.

Por otra parte, al celebrar hoy el Día de la Caridad, os invitamos también a reconocer el servicio de los sacerdotes en el campo de la caridad y agradecer lo mucho que Cáritas debe al ministerio sacerdotal en todos sus ámbitos de realización -parroquiales, arciprestales, diocesanos, regionales y nacionales-, pues los sacerdotes no son únicamente los hombres del culto y de la palabra, son también los hombres de la caridad y tienen una tarea muy importante que realizar en la animación de la caridad y en la misión de presidir a la comunidad en la caridad.

1. El ministerio de la caridad pertenece al sacerdote por su configuración con Cristo Cabeza y Pastor

«Aunque se deban a todos –dice el Concilio- los presbíteros tienen encomendados a sí de manera especial a los pobres

y a los más débiles, a quienes el Señor se presenta asociado (Cf Mt 25,34-45) y cuya evangelización se da como prueba mesiánica (Cf Lc 4,18)»⁶.

El ministerio de la caridad pertenece a todo sacerdote por su bautismo, porque la caridad es tarea de todo fiel en la Iglesia⁷. Pero además, pertenece al sacerdote por otras razones más particulares y hondas que nacen de su identidad y ministerio sacerdotal, como su configuración con Cristo Cabeza y Pastor.

Lo expresa así Juan Pablo II: «El presbítero participa de la consagración y misión de Cristo de un modo específico y auténtico, o sea, mediante el sacramento del Orden, en virtud del cual está configurado en su ser con Cristo Cabeza y Pastor, y comparte la misión de “anunciar a los pobres la Buena Noticia”, en el nombre y en la persona del mismo Cristo»⁸.

Como Jesús, Buen Pastor⁹, el sacerdote está llamado a cuidar de todas las ovejas y a saciar su hambre y su sed, pero con especial cuidado busca a la perdida, cura a la herida, reincorpora a la comunidad a la descarriada.

Como el Corazón de Jesús, también el corazón del sacerdote se conmueve, se compadece con entrañas de amor ante el leproso, ante el herido en el camino, ante el excluido, ante los hambrientos, y hace presente para los pobres y desvalidos el amor misericordioso de Dios¹⁰.

2. El ministerio de la caridad pertenece al sacerdote por su configuración con Cristo Sacerdote

Con Cristo Sacerdote, los presbíteros están llamados a hacer de su vida una ofrenda viva al servicio de los hermanos, de tal manera que su amor a los otros encuentre su mayor realización en la propia entrega.

La actividad caritativa para todo cristiano, pero de manera particular para los sacerdotes, adquiere su verdadera dimensión como expresión del amor de Dios cuando adquiere la forma de don de sí mismo, similar al don del mismo Jesucristo. Como dice Benedicto XVI, *«el corazón de Caritas es el amor sacrificial de Cristo y cada forma de caridad individual y organizada en la Iglesia debe encontrar su punto de referencia en Él»*. Sólo así, añade, la actividad caritativa *«se transforma en un gesto verdaderamente digno de la persona que ha sido creada a imagen y semejanza de Dios»*¹¹.

Esta ofrenda de la propia vida se expresa de manera sacramental en la Eucaristía y de manera existencial en el servicio a los pobres. Los sacerdotes en la Eucaristía ofrecen al Padre la vida entregada de Jesús para la salvación del mundo y, junto con Jesús, ofrecen su propia vida entregada para la salvación de los hombres¹². A imagen de Jesús, y unidos a Él, los sacerdotes dicen a los hombres: Tomad mi cuerpo, bebed mi sangre. Mi cuerpo entregado por voso-

tros: mi vida, mi tiempo, mi pensar, mi sentir. Mi sangre derramada por vosotros: mi trabajo, mi esfuerzo, mis tensiones, mis sufrimientos y esperanzas.

Celebrar la Eucaristía es, en palabras de Benedicto XVI, *«implicarnos en la dinámica de su entrega»*¹³. De ahí que la Eucaristía, misterio de muerte y resurrección, misterio de pasión -de pasión de amor-, sea la fuente de la espiritualidad que lleva a los sacerdotes a hacerse don, entrega total y generosa, hasta dar la vida, por amor, al servicio de los hermanos, especialmente de los más pobres.

3. El ministerio de la caridad pertenece al sacerdote por su misión al frente de la comunidad

El sacerdote, enraizado en la caridad pastoral de Cristo, está llamado a promover relaciones de servicio con todos los hombres, *«de manera especial con los pobres y los más débiles»*¹⁴. *«Es necesario que el presbítero sea testigo de la caridad de Cristo mismo que “pasó haciendo el bien” (Hch 10,38); el presbítero debe ser también el signo visible de la solicitud de la Iglesia que es Madre y Maestra. Y puesto que el hombre de hoy está afectado por tantas desgracias, especialmente los que viven sometidos a una pobreza inhumana, a la violencia ciega o al poder abusivo, es necesario que el hombre de Dios, bien preparado para toda obra buena (cf. 2 Tim 3,17), reivindique los derechos y la dignidad del hombre»*¹⁵.

Si la caridad es algo que pertenece a la naturaleza de la Iglesia y, en consecuencia, a toda la comunidad cristiana¹⁶, tarea del sacerdote es hacer que en la comunidad cristiana se viva y exprese el servicio a los pobres. Compete al sacerdote procurar que cada uno de sus fieles sea conducido por el Espíritu «*a la caridad sincera y diligente*»¹⁷.

Esto significa que si tarea del sacerdote es el ministerio de la Palabra y el ministerio de los Sacramentos, tarea suya es también el ministerio de la caridad, como nos dijo el Concilio y nos recuerda Juan Pablo II¹⁸. Y si tarea suya es presidir a la comunidad en el anuncio de la Palabra y en la celebración de la fe, tarea suya es presidirla en la caridad.

Si propio del sacerdote es el ministerio de la comunión en la comunidad, y no hay comunidad sin kerygma, sin liturgia y sin diaconía¹⁹, no hay ministerio completo de la comunidad sin el ejercicio y animación de la caridad. Una caridad que el sacerdote, de manera ordinaria, ejerce en el ámbito privilegiado de su campo de acción, que es la Parroquia, por medio de la Cáritas Parroquial.

Queremos por ello recordar que la caridad no es sólo tarea individual, sino tarea comunitaria, tarea de toda la comunidad y, en consecuencia, requiere una organización y una programación en la comunidad²⁰. De esta necesidad de un orden en la administración de la

caridad, surge una organización como Cáritas, que no es más que la misma Iglesia en el ejercicio de su amor y servicio a los pobres.

En este contexto de la dimensión comunitaria de la caridad, se comprende y ejerce adecuadamente la tarea de presidir en la caridad. Una tarea que no consiste en monopolizar la acción caritativa y social, como si fuera algo que compete sólo al sacerdote, sino en sensibilizar a la comunidad sobre la dimensión caritativa y social de la vida cristiana, promover la corresponsabilidad, implicar en ella a los órganos de comunión y participación de la comunidad parroquial y favorecer la coordinación de la acción caritativa y social tanto en el ámbito intraeclesial como en el social.

4. Contemplando el misterio de la Eucaristía oremos por nuestros sacerdotes y por la erradicación de la pobreza y la exclusión social

No podemos olvidar que 2010 ha sido declarado por la Comisión Europea “Año de lucha contra la Pobreza y la Exclusión Social”, por eso, en este Año Sacerdotal que estamos terminando y en todo el 2010, contemplando el misterio de la Eucaristía os invitamos a dar gracias a Dios por el don que significa su presencia eucarística y a orar por los sacerdotes y también por todos aquellos que entre nosotros son víctimas de la pobreza y la exclusión social.

Gracias, Señor, por el don de la Eucaristía, por tu Cuerpo entregado y tu Sangre derramada para la vida del mundo. Gracias porque quisiste poner este admirable don en manos de los sacerdotes y porque nos lo dejaste como sacramento de comunión fraterna entre todos los hombres.

Te damos gracias por nuestros sacerdotes y te pedimos por ellos y por su servicio generoso a los más necesitados. Que configurados con Cristo Pastor, su corazón se conmueva siempre ante los pobres, los hambrientos, los excluidos, los marginados. Que identificados con Cristo Sacerdote renueven con gozo la ofrenda de sus vidas en cada Eucaristía al servicio de la salvación de

todos los hombres. Que en el seno de nuestras comunidades cristianas sean los hombres de la caridad animando y presidiendo el ejercicio organizado de la caridad.

Y que en este “Año Europeo de Lucha contra la Pobreza y la Exclusión Social”, oigamos el clamor de los 78 millones de pobres que viven en Europa y trabajemos por superar esta injusticia social que afecta a la dignidad de las personas y a los derechos humanos de un modo inadmisibles, sobre todo en una sociedad que dispone de recursos suficientes para erradicar la pobreza si se decide a hacer de la persona el centro de la vida económica y social, como pide el Santo Padre, Benedicto XVI²¹.

Madrid, 15 de mayo de 2010

NOTAS:

- 1 Cfr. BENEDICTO XVI, *Carta para la convocación de un año sacerdotal con ocasión del 150 aniversario del dies natalis del Santo Cura de Ars*, Roma. 2009, p.1.
- 2 Cfr. BOUCHARD F., *Palabras del Cura de Ars*, Paulinas, 2009, 114.
- 3 Cfr. Mt 11, 4-5; Mc 16,15-18.
- 4 Cfr. JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*, Roma, 1992, nº 49.
- 5 Lc 4,18-19.
- 6 CONCILIO VATICANO II, Decreto *Presbyterorum ordinis*, 1965, nº. 6.
- 7 Cfr. BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus caritas est*, Roma, 2005, nº. 20.
- 8 *Pastores dabo vobis*, nº. 18.
- 9 Cfr. Jn 10,1-18.
- 10 Cfr. Mc 1,41; 8, 2; Lc 10, 25-37; Mt 15,31; JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, Roma, 1980, nº. 2.
- 11 Discurso a la 18ª Asamblea Gral. Caritas Internationalis, en Cáritas, Madrid, Julio-Agosto 2007, p. 6.

12 Cfr. *Presbyterorum ordinis* n.º. 5.

13 Enc. *Deus caritas est* n.º.13.

14 *Pastores dabo vobis* n.º. 18.

15 *Ibid*, n.º. 58.

16 Cfr. Enc. *Deus caritas est*, n.º. 20.

17 *Presbyterorum ordinis* n.º.6.

18 *Pastores dabo vobis* n.º. 26.

19 Cfr. Enc. *Deus caritas est* n.º. 25

20 Cfr. *Ibid*, nn.º. 20 y 31b.

21 Cfr. BENEDICTO XVI, Encíclica *Caritas in veritate*, 2009, n.º. 25.

NOMBRAMIENTO EPISCOPAL

El sacerdote Salvador Cristau Coll ha sido nombrado Obispo auxiliar de Terrassa

La Nunciatura Apostólica ha comunicado que, el martes 18 de mayo, la Santa Sede ha hecho público que el Papa, Benedicto XVI, ha nombrado Obispo auxiliar de la diócesis de Terrassa a D. Salvador Cristau Coll, Vicario General de esta diócesis, asignándole la sede titular de Aliezira. Es titular de la diócesis de Terrassa Mons. D. Josep Àngel Saiz Meneses.

D. Salvador Cristau, Vicario General y Rector del Seminario Mayor

D. Salvador Cristau Coll nació en Barcelona el 15 de abril de 1950. En la Universidad de Barcelona, obtuvo la Licenciatura en Derecho Civil (1972). Después realizó los estudios eclesíasticos en el Seminario Mayor de Toledo obteniendo el Bachillerato en Teología por la Facultad de Teología del Norte de España, sede de Burgos. Fue ordenado sacerdote en la Catedral de Toledo el 12 de octubre de 1980. Su ministerio sacerdotal lo ha desarrollado entre las diócesis de Toledo, Barcelona y Terrassa.

En la diócesis de Toledo, fue Vicario parroquial de las Parroquia “El Buen Pastor” (1980-1981) y “Santos Justo y Pastor” (1981-1984), y Administrador Parroquial de “Santa Leocadia” (1984-1985). Además fue Notario del Tribunal Eclesiástico (1980-1985) y formador del Seminario para vocaciones adultas “Santa Leocadia” (1984-1985).

El 14 de enero de 1985, fue incardinado en la archidiócesis de Barcelona donde fue Vicario parroquial de “San Vicente” en Mollet del Vallés (1985-1990) y de la Parroquia “Ntra. Sra. de Montserrat (1990-1998); colaborador con Facultad de Vicario parroquial de la Parroquia “Corpus Christi” (1998-1999); Párroco de “Ntra. Sra. de la Merced” (1999-2004) y Administrador parroquial de “San Jaime” (2000). Esta labor pastoral la compaginó con los cargos de Oficial de la Curia Diocesana (1989); formador (1991-1994), Vicerrector (1994-1997) y Director espiritual (1997-1998) del Seminario Mayor Diocesano; Delegado episcopal para asuntos administrativos matrimoniales en la Curia Diocesana (1999-2000); Promotor de Justicia en el Tribunal Eclesiástico (2000-2001); Arcipreste de la Catedral (2001) y Secretario-Canciller de la Curia de Barcelona (2001-2004).

Tras la erección de la diócesis de Terrassa, en 2004, se incardinó en ella y fue nombrado Vicario General. Además, ha sido Rector de la Catedral de Terrassa (2004-2006) y es, desde el año 2006, Rector del Seminario Mayor Diocesano.



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL**SANTO PADRE, BENEDICTO XVI****REGINA CAELI**

Plaza de San Pedro. Domingo, 25 de abril de 2010.

Queridos hermanos y hermanas:

En este cuarto domingo de Pascua, llamado «del Buen Pastor», se celebra la Jornada mundial de oración por las vocaciones, que este año tiene como tema: «El testimonio suscita vocaciones», tema «estrechamente unido a la vida y a la misión de los sacerdotes y de los consagrados» (*Mensaje para la XLVII Jornada mundial de oración por las vocaciones*, 13 de noviembre de 2009: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 21 de febrero de 2010, p. 5). La primera forma de testimonio que suscita vocaciones es la oración (cf. *ib.*), como nos muestra el ejemplo de santa Mónica que, suplicando a Dios con humildad e insistencia, obtuvo la gracia de ver convertido en cristiano a su hijo Agustín, el cual escribe: «Sin vacilaciones creo y afirmo que por sus oraciones Dios me concedió la intención de no anteponer, no querer, no pensar, no amar otra cosa que la consecución de la verdad» (*De Ordine* II, 20, 52: ccl 29, 136). Invito, por tanto, a los padres a rezar para que el corazón de sus hijos se abra a la escucha del buen Pastor, y «hasta el más pequeño

germen de vocación... se convierta en árbol frondoso, colmado de frutos para bien de la Iglesia y de toda la humanidad» (Mensaje citado). ¿Cómo podemos escuchar la voz del Señor y reconocerlo? En la predicación de los Apóstoles y de sus sucesores: en ella, resuena la voz de Cristo, que llama a la comunión con Dios y a la plenitud de vida, como leemos hoy en el Evangelio de san Juan: «Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano» (*Jn* 10, 27-28). Sólo el buen Pastor custodia con inmensa ternura a su grey y la defiende del mal, y sólo en él los fieles pueden poner absoluta confianza.

En esta Jornada de especial oración por las vocaciones, exhorto en particular a los ministros ordenados, para que, estimulados por el Año sacerdotal, se sientan comprometidos «a un testimonio evangélico más intenso e incisivo en el mundo de hoy» (Carta de convocatoria). Recuerden que el sacerdote «continúa la obra de la Redención en la tierra»; acudan «con gusto al sagrario»; entréguese «totalmente a su propia vocación y misión con una ascesis severa»; estén disponibles a la escucha y al perdón; formen cristianamente al

pueblo que se les ha confiado; cultiven con esmero la «fraternidad sacerdotal» (cf. *ib.*). Tomen ejemplo de sabios y diligentes pastores, como hizo san Gregorio Nacianceno, quien escribió a su amigo fraterno y obispo san Basilio: «Enseñanos tu amor a las ovejas, tu solitud y tu capacidad de comprensión, tu vigilancia..., la severidad en la dulzura, la serenidad y la mansedumbre en la actividad..., las luchas en defensa de la grey, las victorias... conseguidas en Cristo» (*Oratio IX, 5: PG 35, 825ab*).

Expreso mi agradecimiento a todos los presentes y a cuantos con la oración y el afecto sostienen mi ministerio de Sucesor de Pedro, y sobre cada uno invoco la protección celestial de la Virgen María, a la que nos dirigimos ahora en oración.

Plaza de San Pedro. Domingo, 9 de mayo de 2010.

Queridos hermanos y hermanas:

Mayo es un mes amado y resulta agradable por diversos aspectos. En nuestro hemisferio la primavera avanza con un florecimiento abundante y colorido; el clima, normalmente, es favorable a los paseos y a las excursiones. Para la liturgia, mayo siempre pertenece al tiempo de Pascua, el tiempo del «aleluya», de la manifestación del misterio de Cristo en la luz de la resurrección y de la fe pascual; y es el tiempo de la espera

del Espíritu Santo, que descendió con poder sobre la Iglesia naciente en Pentecostés. Con ambos contextos, el «natural» y el «litúrgico», armoniza bien la tradición de la Iglesia de dedicar el mes de mayo a la Virgen María. Ella, en efecto, es la flor más hermosa que ha brotado de la creación, la «rosa» que apareció en la plenitud de los tiempos, cuando Dios, enviando a su Hijo, dio al mundo una nueva primavera. Y es al mismo tiempo protagonista humilde y discreta de los primeros pasos de la comunidad cristiana: María es su corazón espiritual, porque su misma presencia en medio de los discípulos es memoria viva del Señor Jesús y prenda del don de su Espíritu.

El Evangelio de este domingo, tomado del capítulo 14 de san Juan, nos ofrece un retrato espiritual implícito de la Virgen María, donde Jesús dice: «Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él» (*Jn 14, 23*). Estas expresiones van dirigidas a los discípulos, pero se pueden aplicar en sumo grado precisamente a aquélla que es la primera y perfecta discípula de Jesús. En efecto, María fue la primera que guardó plenamente la palabra de su Hijo, demostrando así que lo amaba no sólo como madre, sino antes aún como sierva humilde y obediente; por esto, Dios Padre la amó y en ella puso su morada la Santísima Trinidad. Además, donde Jesús promete a sus amigos que el Espíritu Santo los asistirá ayudándoles a recordar cada palabra suya

y a comprenderla profundamente (cf. *Jn* 14, 26), ¿cómo no pensar en María que en su corazón, templo del Espíritu, meditaba e interpretaba fielmente todo lo que su Hijo decía y hacía? De este modo, ya antes y sobre todo después de la Pascua, la Madre de Jesús se convirtió también en la Madre y el modelo de la Iglesia.

Queridos amigos, en el corazón de este mes mariano, tendré la alegría de ir a Portugal en los próximos días. Visitaré la capital, Lisboa, y Oporto, segunda ciudad del país. La meta principal de mi viaje será Fátima, con ocasión del décimo aniversario de la beatificación de los dos pastorcillos Jacinta y Francisco. Por primera vez como Sucesor de Pedro, visitaré ese santuario mariano, tan querido para el venerable y amado Juan Pablo II. Os invito a todos a acompañarme en esta peregrinación, participando activamente con la oración: con un solo corazón y una sola alma invoquemos la intercesión de la Virgen María por la Iglesia, en particular por los sacerdotes y por la paz en el mundo.

Solemnidad de la Ascensión del Señor. Domingo, 16 de mayo de 2010.

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy en Italia y otros países, se celebra la Ascensión de Jesús al cielo, que tuvo lugar cuarenta días después de

la Pascua. Este domingo celebramos, además, la Jornada mundial de las comunicaciones sociales, sobre el tema: «El sacerdote y la pastoral en el mundo digital: los nuevos medios de comunicación al servicio de la Palabra». En la liturgia, se narra el episodio de la última vez que el Señor Jesús se separó de sus discípulos (cf. *Lc* 24, 50-51; *Hch* 1, 2.9); pero no se trata de un abandono, porque él permanece para siempre con ellos —con nosotros— de una forma nueva. San Bernardo de Claraval explica que la Ascensión de Jesús al cielo se realiza en tres grados: «El primero es la gloria de la resurrección; el segundo, el poder de juzgar; y el tercero, sentarse a la derecha del Padre» (*Sermo de Ascensione Domini*, 60, 2: *Sancti Bernardi Opera*, t. VI, 1, 291, 20-21). Inmediatamente antes de este acontecimiento tuvo lugar la bendición de los discípulos, que los preparó a recibir el don del Espíritu Santo, para que la salvación fuera proclamada en todas partes. Jesús mismo les dijo: «Vosotros sois testigos de estas cosas. Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre» (*Lc* 24, 48-49).

El Señor atrae la mirada de los Apóstoles —nuestra mirada— hacia el cielo para indicarles cómo recorrer el camino del bien durante la vida terrena. Sin embargo, él permanece en la trama de la historia humana, está cerca de cada uno de nosotros y guía nuestro camino cristiano: acompaña a los perseguidos a causa de la fe, está en el corazón de los marginados, se halla presente en

aquellos a los que se niega el derecho a la vida. Podemos escuchar, ver y tocar al Señor Jesús en la Iglesia, especialmente mediante la palabra y los sacramentos. A este propósito, exhorto a los muchachos y jóvenes que en este tiempo pascual reciben el sacramento de la Confirmación a permanecer fieles a la Palabra de Dios y a la doctrina que han aprendido, como también a acercarse asiduamente a la Confesión y a la Eucaristía, conscientes de haber sido elegidos y constituidos para testimoniar la Verdad. Renuevo también mi invitación especial a los hermanos en el sacerdocio a que «con su vida y sus obras, se distingan por un vigoroso testimonio evangélico» (*Carta de convocatoria del Año sacerdotal*) y sepan utilizar con sabiduría también los medios de comunicación, para dar a conocer la vida de la Iglesia y ayudar a los hombres de hoy a descubrir el rostro de Cristo (cf. *Mensaje para la 44ª Jornada*

mundial de las comunicaciones sociales, 24 de enero de 2010).

Queridos hermanos y hermanas, el Señor, al abrirnos el camino del cielo, nos permite saborear ya en esta tierra la vida divina. Un autor ruso del siglo XX, en su testamento espiritual, escribió: «Observad más a menudo las estrellas. Cuando tengáis un peso en el alma, mirad las estrellas o el azul del cielo. Cuando os sintáis tristes, cuando os ofendan, ... deteneos a mirar el cielo. Así vuestra alma encontrará la paz» (N. Valentini - L. Žák (ed.), *Pavel A. Florenskij. Non dimenticatevi. Le lettere dal gulag del grande matematico, filosofo e sacerdote russo*, Milán 2000, p. 418). Doy gracias a la Virgen María, a quien en los días pasados pude venerar en el santuario de Fátima, por su materna protección durante la intensa peregrinación a Portugal. A ella, que vela por los testigos de su Hijo amado, dirigimos con confianza nuestra oración.

AUDIENCIAS GENERALES

Plaza de San Pedro. Miércoles, 28 de abril de 2010.

San Leonardo Murialdo y San Juan Benito Cottolengo

Queridos hermanos y hermanas:

Nos estamos acercando a la conclusión del Año sacerdotal y, en este últi-

mo miércoles de abril, quiero hablar de dos santos sacerdotes ejemplares en su entrega a Dios y en su testimonio de caridad, vivida en la Iglesia y para la Iglesia, hacia los hermanos más necesitados: san Leonardo Murialdo y san José Benito Cottolengo. Del primero recordamos los 110 años de la muerte y los 40 años de la canonización; del segundo, han comenzado las celebra-

ciones para el segundo centenario de su ordenación sacerdotal.

Leonardo Murialdo nació en Turín el 26 de octubre de 1828: es la Turín de san Juan Bosco y de san José Cottolengo, tierra fecundada por numerosos ejemplos de santidad de fieles laicos y de sacerdotes. Leonardo era el octavo hijo de una familia sencilla. De niño, junto con su hermano, entró en el colegio de los padres escolapios de Savona para cursar la enseñanza primaria, secundaria y superior; allí encontró a educadores preparados, en un clima de religiosidad basado en una catequesis seria, con prácticas de piedad regulares. Sin embargo, durante la adolescencia atravesó una profunda crisis existencial y espiritual que lo llevó a anticipar el regreso a su familia y a concluir los estudios en Turín, donde se matriculó en el bienio de filosofía. La «vuelta a la luz» aconteció —como cuenta— después de algunos meses, con la gracia de una confesión general, en la cual volvió a descubrir la inmensa misericordia de Dios; entonces, con 17 años, maduró la decisión de hacerse sacerdote, como respuesta de amor a Dios que lo había aferrado con su amor. Fue ordenado el 20 de septiembre de 1851. Precisamente en aquel período, como catequista del Oratorio del Ángel Custodio, don Bosco lo conoció, lo apreció y lo convenció a aceptar la dirección del nuevo Oratorio de San Luis en «Porta Nuova», que dirigió hasta 1865. Allí también entró en contacto con los graves problemas de las clases más pobres,

visitó sus casas, madurando una profunda sensibilidad social, educativa y apostólica que lo llevó a dedicarse después, de forma autónoma, a múltiples iniciativas en favor de la juventud. Catequesis, escuela, actividades recreativas fueron los fundamentos de su método educativo en el Oratorio. Don Bosco quiso que lo acompañara también con ocasión de la audiencia que le concedió el beato Pío IX en 1858.

En 1873 fundó la Congregación de San José, cuyo fin apostólico fue, desde el principio, la formación de la juventud, especialmente la más pobre y abandonada. El ambiente turinés de ese tiempo estaba marcado por un intenso florecimiento de obras y actividades caritativas promovidas por Leonardo Murialdo hasta su muerte, que tuvo lugar el 30 de marzo de 1900.

Me complace subrayar que el núcleo central de la espiritualidad de Murialdo es la convicción del amor misericordioso de Dios: un Padre siempre bueno, paciente y generoso, que revela la grandeza y la inmensidad de su misericordia con el perdón. San Leonardo experimentó esta realidad no a nivel intelectual sino existencial, mediante el encuentro vivo con el Señor. Siempre se consideró un hombre favorecido por Dios misericordioso: por esto, vivió el sentimiento gozoso de la gratitud al Señor, la serena conciencia de sus propias limitaciones, el deseo ardiente de penitencia, el compromiso constante y generoso de conversión. Veía

toda su existencia no sólo iluminada, guiada, sostenida por este amor, sino continuamente inmersa en la infinita misericordia de Dios. En su testamento espiritual escribió: «Tu misericordia me rodea, oh Señor... Como Dios está siempre y en todas partes, así es siempre y en todas partes amor, es siempre y en todas partes misericordia». Recordando el momento de crisis que tuvo en su juventud, anotó: «El buen Dios quería que resplandeciera de nuevo su bondad y generosidad de modo completamente singular. No sólo me admitió de nuevo en su amistad, sino que me llamó a una elección de predilección: me llamó al sacerdocio, y esto apenas algunos meses después de que yo volviera a él». Por eso, san Leonardo vivió la vocación sacerdotal como un don gratuito de la misericordia de Dios con sentido de reconocimiento, alegría y amor. Escribió también: «¡Dios me ha elegido a mí! Me ha llamado, incluso me ha forzado al honor, a la gloria, a la felicidad inefable de ser su ministro, de ser “otro Cristo” ... Y ¿dónde estaba yo cuando me has buscado, Dios mío? ¡En el fondo del abismo! Yo estaba allí, y allí fue Dios a buscarme; allí me hizo escuchar su voz...».

Subrayando la grandeza de la misión del sacerdote, que debe «continuar la obra de la redención, la gran obra de Jesucristo, la obra del Salvador del mundo», es decir, la de «salvar las almas», san Leonardo se recordaba siempre a sí mismo y recordaba a sus hermanos la responsabilidad de una vida coherente

con el sacramento recibido. Amor de Dios y amor a Dios: esta fue la fuerza de su camino de santidad, la ley de su sacerdocio, el significado más profundo de su apostolado entre los jóvenes pobres y la fuente de su oración. San Leonardo Murialdo se abandonó con confianza a la Providencia, cumpliendo generosamente la voluntad divina, en contacto con Dios y dedicándose a los jóvenes pobres. De este modo, unió el silencio contemplativo con el ardor incansable de la acción, la fidelidad a los deberes de cada día con la genialidad de las iniciativas, la fuerza en las dificultades con la serenidad de espíritu. Éste es su camino de santidad para vivir el mandamiento del amor a Dios y al prójimo.

Cuarenta años antes de Leonardo Murialdo y con el mismo espíritu de caridad vivió san José Benito Cottolengo, fundador de la obra que él mismo denominó «Pequeña Casa de la Divina Providencia» y que hoy se llama también «Cottolengo». El próximo domingo, en mi visita pastoral a Turín, tendré ocasión de venerar los restos de este santo y de encontrarme con los huéspedes de la «Pequeña Casa».

José Benito Cottolengo nació en Bra, una pequeña localidad de la provincia de Cúneo, el 3 de mayo de 1786. Primogénito de doce hijos, seis de los cuales murieron en tierna edad, mostró desde niño una gran sensibilidad hacia los pobres. Abrazó el camino del sacerdocio, imitado también por

dos hermanos. Los años de su juventud fueron los de la aventura napoleónica y de las consiguientes dificultades en campo religioso y social. Cottolengo llegó a ser un buen sacerdote, al que buscaban numerosos penitentes y, en la Turín de aquel tiempo, predicador de ejercicios espirituales y conferencias para los estudiantes universitarios, que lograban siempre un éxito notable. A la edad de 32 años, fue nombrado canónigo de la Santísima Trinidad, una congregación de sacerdotes que tenía la tarea de oficiar en la Iglesia del Corpus Domini y de dar solemnidad a las ceremonias religiosas de la ciudad, pero en ese puesto se sentía inquieto. Dios lo estaba preparando para una misión especial y, precisamente con un encuentro inesperado y decisivo, le dio a entender cuál iba a ser su destino futuro en el ejercicio del ministerio.

El Señor siempre pone signos en nuestro camino para guiarnos a nuestro verdadero bien según su voluntad. Para Cottolengo esto sucedió, de modo dramático, el domingo 2 de septiembre de 1827 por la mañana. Proveniente de Milán llegó a Turín la diligencia, llena de gente como nunca, en la que viajaba apretujada toda una familia francesa; la mujer, con cinco hijos, estaba embarazada y tenía fiebre alta. Después de haber vagado por varios hospitales, esa familia encontró alojamiento en un dormitorio público, pero la situación de la mujer iba agravándose y algunos se pusieron a buscar un sacerdote. Por un misterioso designio se cruzaron con

José Benito Cottolengo, y fue precisamente él, con el corazón abrumado y oprimido, quien acompañó a la muerte a esta joven madre, en medio de la congoja de toda la familia. Después de haber desempeñado esta dolorosa tarea, con el sufrimiento en el corazón, se puso ante el Santísimo Sacramento y rezó: «Dios mío, ¿por qué? ¿Por qué has querido que fuera testigo de esto? ¿Qué quieres de mí? ¿Hay que hacer algo!». Se levantó, tocó todas las campanas, encendió las velas y, al acoger a los curiosos en la iglesia, dijo: «¡Ha acontecido la gracia! ¡Ha acontecido la gracia!». Desde ese momento Cottolengo se transformó: utilizó todas sus capacidades, especialmente su habilidad económica y organizativa, para poner en marcha iniciativas a fin de sostener a los más necesitados.

Supo implicar en su empresa a decenas y decenas de colaboradores y voluntarios. Se desplazó a la periferia de Turín para extender su obra, creó una especie de aldea, en la que asignó un nombre significativo a cada edificio que logró construir: «casa de la fe», «casa de la esperanza», «casa de la caridad». Puso en práctica el estilo de las «familias», constituyendo verdaderas comunidades de personas, voluntarios y voluntarias, hombres y mujeres, religiosos y laicos, unidos para afrontar y superar juntos las dificultades que se presentaban. En aquella «Pequeña Casa de la Divina Providencia» cada uno tenía una tarea precisa: unos trabajaban, otros rezaban, otros servían, otros edu-

caban, otros administraban. Todos, sanos o enfermos, compartían el mismo peso de la vida diaria. Con el tiempo, también la vida religiosa se especificó según las necesidades y las exigencias particulares. Asimismo, pensó en un seminario propio, para una formación específica de los sacerdotes de la Obra. Siempre estuvo dispuesto a seguir y a servir a la Divina Providencia, nunca a cuestionarla. Decía: «Yo no valgo para nada y ni siquiera sé lo qué hago. Pero seguro que la Divina Providencia sabe lo que quiere. A mí me corresponde sólo secundarla. Adelante in Domino». Para sus pobres y los más necesitados siempre se definió «el obrero de la Divina Providencia».

Junto a las pequeñas aldeas fundó también cinco monasterios de monjas contemplativas y uno de eremitas, y los consideró como una de sus realizaciones más importantes: una especie de «corazón» que debía latir para toda la Obra. Murió el 30 de abril de 1842, pronunciando estas palabras: «Misericordia, Domine; Misericordia, Domine. Buena y santa Providencia... Virgen santa, ahora os toca a Vos». Su vida, como escribió un periódico de la época, fue «una intensa jornada de amor».

Queridos amigos, estos dos santos sacerdotes, de los cuales he trazado algunos rasgos, vivieron su ministerio en la entrega total de su vida a los más pobres, a los más necesitados, a los últimos, encontrando siempre la raíz pro-

funda, la fuente inagotable de su acción en la relación con Dios, bebiendo de su amor, en la convicción profunda de que no es posible practicar la caridad sin vivir en Cristo y en la Iglesia. Que su intercesión y su ejemplo sigan iluminando el ministerio de tantos sacerdotes que se donan con generosidad por Dios y por el rebaño que les ha sido encomendado, y que ayuden a cada uno a entregarse con alegría y generosidad a Dios y al prójimo.

Plaza de San Pedro. Miércoles, 5 de mayo de 2010.

Munus sanctificandi

Queridos hermanos y hermanas:

El domingo pasado, en mi visita pastoral a Turín, tuve la alegría de estar en oración ante la Sábana Santa, uniéndome a los más de dos millones de peregrinos que han podido contemplarla durante la solemne ostensión de estos días. Ese lienzo sagrado puede nutrir y alimentar la fe, y reavivar la piedad cristiana, porque impulsa a ir al Rostro de Cristo, al Cuerpo del Cristo crucificado y resucitado, a contemplar el Misterio pascual, centro del mensaje cristiano. Del Cuerpo de Cristo resucitado, vivo y operante en la historia (cf. *Rm* 12, 5), nosotros, queridos hermanos y hermanas, somos miembros vivos, cada uno según la propia función, es decir, con la tarea que el Señor ha querido encomen-

darnos. Hoy, en esta catequesis, quiero volver a recordar las tareas específicas de los sacerdotes, que, según la tradición, son esencialmente tres: enseñar, santificar y gobernar. En una de las catequesis anteriores hablé sobre la primera de estas tres misiones: la enseñanza, el anuncio de la verdad, el anuncio del Dios revelado en Cristo, o —con otras palabras— la tarea profética de poner al hombre en contacto con la verdad, de ayudarlo a conocer lo esencial de su vida, de la realidad misma.

Hoy quiero reflexionar brevemente con vosotros en la segunda tarea que tiene el sacerdote, la de santificar a los hombres, sobre todo mediante los sacramentos y el culto de la Iglesia. Aquí, ante todo, debemos preguntarnos: ¿Qué significa la palabra «santo»? La respuesta es: «Santo» es la cualidad específica del ser de Dios, es decir, absoluta verdad, bondad, amor, belleza: luz pura. Santificar a una persona significa, por tanto, ponerla en contacto con Dios, con su ser luz, verdad, amor puro. Es obvio que esta relación transforma a la persona. En la antigüedad existía esta firme convicción: nadie puede ver a Dios sin morir en seguida. La fuerza de verdad y de luz es demasiado grande. Si el hombre toca esta corriente absoluta, no sobrevive. Por otra parte, también existía la convicción de que sin un mínimo contacto con Dios el hombre no puede vivir. Verdad, bondad, amor son condiciones fundamentales de su ser. La cuestión es: ¿Cómo puede el hombre encontrar ese

contacto con Dios, que es fundamental, sin morir arrollado por la grandeza del ser divino? La fe de la Iglesia nos dice que Dios mismo crea este contacto, que nos transforma poco a poco en verdaderas imágenes de Dios.

Así llegamos de nuevo a la tarea del sacerdote de «santificar». Ningún hombre por sí mismo, partiendo de sus propias fuerzas, puede poner a otro en contacto con Dios. El don, la tarea de crear este contacto, es parte esencial de la gracia del sacerdocio. Esto se realiza en el anuncio de la Palabra de Dios, en la que su luz nos sale al encuentro. Se realiza de un modo particularmente denso en los sacramentos. La inmersión en el Misterio pascual de muerte y resurrección de Cristo acontece en el Bautismo, se refuerza en la Confirmación y en la Reconciliación, se alimenta en la Eucaristía, sacramento que edifica a la Iglesia como Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu Santo (cf. Juan Pablo II, *Pastores gregis*, 32). Por tanto, es Cristo mismo quien nos hace santos, es decir, nos atrae a la esfera de Dios. Pero como acto de su infinita misericordia llama a algunos a «estar» con él (cf. *Mc* 3, 14) y a convertirse, mediante el sacramento del Orden, pese a su pobreza humana, en partícipes de su mismo sacerdocio, ministros de esta santificación, dispensadores de sus misterios, «puentes» del encuentro con él, de su mediación entre Dios y los hombres, y entre los hombres y Dios (cf. *Presbyterorum ordinis*, 5).

En las últimas décadas, ha habido tendencias orientadas a hacer prevalecer, en la identidad y la misión del sacerdote, la dimensión del anuncio, separándola de la de la santificación; con frecuencia, se ha afirmado que sería necesario superar una pastoral meramente sacramental. Pero ¿es posible ejercer auténticamente el ministerio sacerdotal «superando» la pastoral sacramental? ¿Qué significa propiamente para los sacerdotes evangelizar? ¿En qué consiste el así llamado «primado del anuncio»? Como narran los Evangelios, Jesús afirma que el anuncio del reino de Dios es el objetivo de su misión; pero este anuncio no es sólo un «discurso», sino que incluye, al mismo tiempo, su mismo actuar; los signos, los milagros que Jesús realiza indican que el Reino viene como realidad presente y que coincide en última instancia con su persona, con el don de sí mismo, como hemos escuchado hoy en la liturgia del Evangelio. Y lo mismo vale para el ministro ordenado: él, el sacerdote, representa a Cristo, al Enviado del Padre, continúa su misión, mediante la «palabra» y el «sacramento», en esta totalidad de cuerpo y alma, de signo y palabra. San Agustín, en una carta al obispo Honorato de Thiabe, refiriéndose a los sacerdotes afirma: «Hagan, por tanto, los servidores de Cristo, los ministros de la palabra y del sacramento de él, lo que él mandó o permitió» (*Epist.* 228, 2). Es necesario reflexionar si, en algunos casos, haber subestimado el ejercicio fiel del *munus sanctificandi*, no ha constituido quizá un debilitamiento de

la fe misma en la eficacia salvífica de los sacramentos y, en definitiva, en el obrar actual de Cristo y de su Espíritu, a través de la Iglesia, en el mundo.

Por consiguiente, ¿quién salva al mundo y al hombre? La única respuesta que podemos dar es: Jesús de Nazaret, Señor y Cristo, crucificado y resucitado. Y ¿dónde se actualiza el Misterio de la muerte y resurrección de Cristo, que trae la salvación? En la acción de Cristo mediante la Iglesia, en particular en el sacramento de la Eucaristía, que hace presente la ofrenda sacrificial redentora del Hijo de Dios; en el sacramento de la Reconciliación, en el que de la muerte del pecado se vuelve a la vida nueva; y en cualquier otro acto sacramental de santificación (cf. *Presbyterorum ordinis*, 5). Es importante, por tanto, promover una catequesis adecuada para ayudar a los fieles a comprender el valor de los sacramentos, pero asimismo es necesario, siguiendo el ejemplo del santo cura de Ars, ser generosos, estar disponibles y atentos para comunicar a los hermanos los tesoros de gracia que Dios ha puesto en nuestras manos, y de los cuales no somos «dueños», sino custodios y administradores. Sobre todo en nuestro tiempo, en el cual, por un lado, parece que la fe se va debilitando y, por otro, emergen una profunda necesidad y una búsqueda generalizada de espiritualidad, es preciso que todo sacerdote recuerde que en su misión el anuncio misionero y el culto y los sacramentos nunca van separados, y promueva una sana pastoral sacramental, para formar

al pueblo de Dios y ayudarlo a vivir en plenitud la liturgia, el culto de la Iglesia, los sacramentos como dones gratuitos de Dios, actos libres y eficaces de su acción de salvación.

Como recordé en la santa Misa crismal de este año: «El sacramento es el centro del culto de la Iglesia. Sacramento significa, en primer lugar, que no somos los hombres los que hacemos algo, sino que es Dios el que se anticipa y viene a nuestro encuentro con su actuar, nos mira y nos conduce hacia él. (...) Dios nos toca por medio de realidades materiales (...) que él toma a su servicio, convirtiéndolas en instrumentos del encuentro entre nosotros y él mismo» (*Misa crismal*, 1 de abril de 2010: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 11 de abril de 2010, p. 2). La verdad según la cual en el sacramento «no somos los hombres los que hacemos algo» concierne, y debe concernir, también a la conciencia sacerdotal: cada presbítero sabe bien que es instrumento necesario para la acción salvífica de Dios, pero siempre instrumento. Esta conciencia debe llevar a ser humildes y generosos en la administración de los Sacramentos, en el respeto de las normas canónicas, pero también en la profunda convicción de que la propia misión es hacer que todos los hombres, unidos a Cristo, puedan ofrecerse como hostia viva y santa, agradable a Dios (cf. *Rm* 12, 1). San Juan María Vianney también es ejemplar acerca del primado del *munus sanctificandi* y de la correcta in-

terpretación de la pastoral sacramental: Un día, frente a un hombre que decía que no tenía fe y deseaba discutir con él, el párroco respondió: «¡Oh Amigo mío!, vas mal encaminado, yo no sé razonar..., pero si necesitas consolación, ponte allí... (indicaba con su dedo el inexorable escabel [del confesionario]) y, créeme, muchos se han arrodillado allí antes que tú y no se han arrepentido» (cf. Monnin A., *Il Curato d'Ars. Vita di Gian-Battista-Maria Vianney*, vol. I, Turín 1870, pp. 163-164).

Queridos sacerdotes, vivid con alegría y con amor la liturgia y el culto: es acción que Cristo resucitado realiza con la potencia del Espíritu Santo en nosotros, con nosotros y por nosotros. Quiero renovar la invitación que hice recientemente a «volver al confesionario, como lugar en el cual celebrar el sacramento de la Reconciliación, pero también como lugar en el que “habitar” más a menudo, para que el fiel pueda encontrar misericordia, consejo y consuelo, sentirse amado y comprendido por Dios y experimentar la presencia de la Misericordia divina, junto a la presencia real en la Eucaristía» (*Discurso a la Penitenciaría apostólica*, 11 de marzo de 2010: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 14 de marzo de 2010, p. 5). Y también quiero invitar a todos los sacerdotes a celebrar y vivir con intensidad la Eucaristía, que está en el centro de la tarea de santificar; es Jesús que quiere estar con nosotros, vivir en nosotros, darse a sí mismo, mostrarnos la infinita misericordia

y ternura de Dios; es el único Sacrificio de amor de Cristo que se hace presente, se realiza entre nosotros y llega hasta el trono de la Gracia, a la presencia de Dios, abraza a la humanidad y nos une a él (cf. *Discurso al clero de Roma*, 18 de febrero de 2010). Y el sacerdote está llamado a ser ministro de este gran Misterio, en el sacramento y en la vida. Aunque «la gran tradición eclesial con razón ha desvinculado la eficacia sacramental de la situación existencial concreta del sacerdote, salvaguardando así adecuadamente las legítimas expectativas de los fieles», eso no quita nada «a la necesaria, más aún, indispensable tensión hacia la perfección moral, que debe existir en todo corazón auténticamente sacerdotal»: el pueblo de Dios espera de sus pastores también un ejemplo de fe y un testimonio de san-

tividad (cf. *Discurso a la plenaria de la Congregación para el clero*, 16 de marzo de 2009: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 20 de marzo de 2009, p. 5). En la celebración de los santos misterios es donde el sacerdote encuentra la raíz de su santificación (cf. *Presbyterorum ordinis*, 12-13).

Queridos amigos, sed conscientes del gran don que los sacerdotes constituyen para la Iglesia y para el mundo; mediante su ministerio, el Señor sigue salvando a los hombres, haciéndose presente, santificando. Estad agradecidos a Dios, y sobre todo estad cerca de vuestros sacerdotes con la oración y con el apoyo, especialmente en las dificultades, a fin de que sean cada vez más pastores según el corazón de Dios. Muchas gracias.

DISCURSOS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en un Congreso organizado por la Conferencia Episcopal Italiana

Sábado, 24 de abril de 2010.

Eminencia, venerados hermanos en el episcopado, queridos amigos:

Me alegra esta ocasión de encontrarme con vosotros y concluir vuestro congreso, que tiene un título muy evocador:

«Testigos digitales. Rostros y lenguajes de la era del *crossmedia*». Agradezco al presidente de la Conferencia episcopal italiana, el cardenal Angelo Bagnasco, sus amables palabras de bienvenida, con las que ha querido expresarme una vez más el afecto y la cercanía de la Iglesia que está en Italia a mi servicio apostólico. Sus palabras, señor cardenal, reflejan la fiel adhesión a Pedro de todos los católicos de esta amada nación y la estima de tantos hombres y mujeres animados por el deseo de buscar la verdad.

El tiempo en que vivimos experimenta una ampliación enorme de las fronteras de la comunicación, realiza una inédita convergencia entre los diversos medios de comunicación y hace posible la interactividad. La red manifiesta, por tanto, una vocación abierta, que tiende a ser igualitaria y pluralista, pero al mismo tiempo abre una nueva brecha: de hecho, se habla de *digital divide*. Esta brecha separa a los incluidos de los excluidos y se añade a las demás brechas, que ya alejan a las naciones entre sí y también en su interior. Asimismo, aumentan los peligros de homologación y de control, de relativismo intelectual y moral, que ya se reconocían bien en la flexión del espíritu crítico, en la verdad reducida al juego de las opiniones, en las múltiples formas de degradación y de humillación de la intimidad de la persona. Asistimos, pues, a una «contaminación del espíritu, la que hace nuestros rostros menos sonrientes, más sombríos, la que nos lleva a no saludarnos unos a otros, a no mirarnos a la cara...» (*Discurso en la plaza de España, 8 de diciembre de 2009: L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 11 de diciembre de 2009, p. 8). Este congreso, en cambio, pretende precisamente reconocer los rostros y, por tanto, superar las dinámicas colectivas que pueden hacernos perder la percepción de la profundidad de las personas y aplastarnos en su superficie: cuando esto sucede, se convierten en cuerpos sin alma, en objetos de intercambio y de consumo.

¿Cómo es posible, hoy, volver a los rostros? He intentado indicar el camino también en mi tercera encíclica. Ese camino pasa por la *caritas in veritate*, que resplandece en el rostro de Cristo. El amor en la verdad constituye «un gran desafío para la Iglesia en un mundo en progresiva y expansiva globalización» (n. 9). Los medios de comunicación social pueden convertirse en factores de humanización «no sólo cuando, gracias al desarrollo tecnológico, ofrecen mayores posibilidades para la comunicación y la información, sino, sobre todo, cuando se organizan y se orientan bajo la luz de una imagen de la persona y el bien común que refleje sus valores universales» (n. 73). Esto requiere que «estén centrados en la promoción de la dignidad de las personas y de los pueblos, que estén expresamente animados por la caridad y se pongan al servicio de la verdad, del bien y de la fraternidad natural y sobrenatural» (*ib.*). Solamente con estas condiciones, el paso crucial que estamos realizando podrá ser rico y fecundo en nuevas oportunidades. Queremos adentrarnos sin temores en el mar digital, afrontando la navegación abierta con la misma pasión que desde hace dos mil años gobierna la barca de la Iglesia. Más que por los recursos técnicos, aunque sean necesarios, queremos distinguarnos viviendo también este universo con un corazón creyente, que contribuya a dar un alma al flujo comunicativo ininterrumpido de la red.

Ésta es nuestra misión, la misión irrenunciable de la Iglesia: la tarea de

todo creyente que trabaja en los medios de comunicación es «allanar el camino a nuevos encuentros, asegurando siempre la calidad del contacto humano y la atención a las personas y a sus auténticas necesidades espirituales. Le corresponde ofrecer a quienes viven nuestro tiempo “digital” los signos necesarios para reconocer al Señor» (*Mensaje para la 44ª Jornada mundial de las comunicaciones sociales*, 16 de mayo de 2010: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 29 de enero de 2010, p. 3). Queridos amigos, también en la red estáis llamados a ser «animadores de comunidad», atentos a «preparar caminos que conduzcan a la Palabra de Dios», y a expresar una sensibilidad especial con quienes «desconfían, pero llevan en el corazón deseos de absoluto y de verdades perennes» (*ib.*). Así la red podrá convertirse en una especie de «patio de los gentiles», donde abrir «un espacio también a aquellos para quienes Dios sigue siendo un desconocido» (*ib.*).

Como animadores de la cultura y de la comunicación, sois signo vivo de que «las comunidades eclesiales han incorporado desde hace tiempo los nuevos medios de comunicación como instrumentos ordinarios de expresión y de contacto con el propio territorio, instaurando en muchos casos formas de diálogo aún de mayor alcance» (*ib.*). En este campo, no faltan voces en Italia: baste con recordar aquí el periódico *Avvenire*, la emisora televisiva *TV2000*, el circuito radiofónico in-

Blu y la agencia de prensa SIR, junto a las revistas católicas, a la red capilar de los semanarios diocesanos y a las ya numerosas páginas web de inspiración católica. Exhorto a todos los profesionales de la comunicación a no cansarse de alimentar en su corazón la sana pasión por el hombre que se convierte en tensión a acercarse cada vez más a sus lenguajes y a su verdadero rostro. En esto, os ayudará una sólida preparación teológica y sobre todo una profunda y gozosa pasión por Dios, alimentada en el diálogo continuo con el Señor. Que las Iglesias particulares y los institutos religiosos, por su parte, no duden en valorizar los itinerarios formativos que proponen las universidades pontificias, la Universidad católica del Sagrado Corazón y las demás universidades católicas y eclesásticas, destinando a ellas personas y recursos con visión de futuro. Que el mundo de la comunicación social entre de lleno en la programación pastoral.

A la vez que os agradezco el servicio que prestáis a la Iglesia y, por tanto, a la causa del hombre, os exhorto a recorrer, animados por la valentía del Espíritu Santo, los caminos del continente digital. Nuestra confianza no es una respuesta acrítica a ningún instrumento de la técnica. Nuestra fuerza está en ser Iglesia, comunidad creyente, capaz de testimoniar a todos la perenne novedad de Cristo resucitado, con una vida que florece en plenitud en la medida en que se abre, entra en relación y se entrega con gratuidad.

Os encomiendo a la protección de María santísima y de los grandes santos de la comunicación, y os bendigo a todos de corazón.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
durante un almuerzo con los
miembros del Comité “Vox Clara”***

Casina de Pío IV. Miércoles, 28 de abril de 2010

Queridos hermanos en el episcopado; miembros y consultores del Comité «Vox Clara»; reverendos padres:

Os agradezco el trabajo que «Vox Clara» ha realizado durante los últimos ocho años, asesorando y aconsejando a la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos en el cumplimiento de sus responsabilidades respecto de la traducción al inglés de los textos litúrgicos. Se ha tratado de una empresa verdaderamente colegial. No sólo porque entre los miembros que forman el Comité están representados los cinco continentes, sino también porque habéis recurrido asiduamente a las contribuciones de las Conferencias episcopales de los territorios anglófonos de todo el mundo. Os agradezco el gran empeño que habéis puesto en el estudio de las traducciones y en el procesamiento de los resultados de las numerosas consultas que habéis realizado. Agradezco a los expertos que hayan ofrecido los frutos de sus conocimientos para prestar un

servicio a la Iglesia universal. Asimismo, agradezco a los superiores y oficiales de la Congregación el meticuloso trabajo diario de supervisión en la preparación y traducción de textos que proclaman la verdad de nuestra redención en Cristo, el Verbo de Dios encarnado.

San Agustín habló admirablemente de la relación entre Juan Bautista, la *vox clara* que resonaba a orillas del Jordán, y la Palabra que anunciaba. Una voz, dijo, sirve para compartir con quien escucha el mensaje que ya está en el corazón de quien habla. Una vez pronunciada la palabra, está presente en el corazón de ambos y, por tanto, al haber cumplido su tarea, la voz puede apagarse (cf. *Sermón* 293). Me complace la noticia de que la traducción inglesa del Misal Romano pronto estará lista para su publicación, de modo que los textos en cuya preparación habéis trabajado tanto sean proclamados en la liturgia que se celebra en el mundo anglófono. A través de estos textos sagrados y de las acciones que los acompañan, Cristo se hará presente y activo en medio de su pueblo. La voz que ha contribuido a que nacieran estas palabras habrá completado su tarea.

Entonces se presentará una nueva tarea, que no es competencia directa de «Vox Clara», pero que de uno u otro modo os atañerá a todos: la tarea de preparar la acogida de la nueva traducción por parte del clero y de los fieles laicos. A muchos, les resultará difícil adaptarse a textos que no son familiares después de casi cuarenta años usando continuamen-

te la traducción anterior. Es preciso introducir el cambio con la debida sensibilidad y aprovechar con firmeza la oportunidad de catequesis que representa. En este sentido, oro para que se evite cualquier riesgo de confusión o desconcierto y, al contrario, para que el cambio sirva como trampolín para una renovación y una profundización de la devoción eucarística en los países de lengua inglesa.

Queridos hermanos obispos, reverendos padres, amigos, quiero que sepáis cuánto aprecio el gran esfuerzo de colaboración al que habéis contribuido. Pronto los frutos de vuestro trabajo estarán a disposición en las asambleas anglófonas de todo el mundo. Que al igual que las oraciones del pueblo de Dios suben como incienso a su presencia (cf. *Sal* 140, 2), la bendición del Señor descienda sobre todos los que habéis contribuido con vuestro tiempo y vuestra experiencia a la redacción de los textos en los que esas oraciones están expresadas. Gracias y que el Señor os recompense en abundancia por vuestro generoso servicio al pueblo de Dios.

Palabras del Papa, Benedicto XVI, durante el concierto obsequio del Presidente de la República Italiana por el V Aniversario de Pontificado

Sala Pablo VI. Jueves, 29 de abril de 2010.

Señor presidente de la República; señores cardenales; honorables ministros y autori-

dades; venerables hermanos en el episcopado y en el presbiterado; señores y señoras:

Una vez más el presidente de la República italiana, Giorgio Napolitano, con un gesto de exquisita cortesía, ha querido ofrecernos a todos la posibilidad de escuchar excelente música con ocasión del aniversario del inicio de mi pontificado. Señor presidente, lo saludo con deferencia a usted y a su distinguida esposa, y deseo expresarle mi vivo agradecimiento por el homenaje verdaderamente grato de este concierto y por las amables palabras que me ha dirigido. En este acto de atención veo también un signo más del afecto que el pueblo italiano alberga por el Papa, afecto que fue tan ferviente en santa Catalina de Siena, patrona de Italia, cuya fiesta celebramos hoy. Me complace saludar a las demás autoridades del Estado italiano, a los señores embajadores, a las distintas personalidades y a todos los que habéis participado en este momento de alto valor cultural y musical.

Deseo dar las gracias a todos los que han cooperado generosamente en la realización de este evento, en particular a los dirigentes de la Fundación Escuela de música de Fiésole, de la que forma parte significativa la Orquesta juvenil italiana, y que dirige hábilmente el maestro Nicola Paszkowski. Con la seguridad de interpretar los sentimientos de todos los presentes, expreso sincero aprecio a los miembros de la orquesta, que han ejecutado con habilidad y eficacia complejas piezas del compositor milanés Giovanni Battista

Sammartini, de Wolfgang Amadeus Mozart y de Ludwig van Beethoven.

En esta velada hemos tenido la alegría de escuchar a jóvenes concertistas alumnos de la Escuela musical de Fiésole, fundada por Piero Farulli, que a lo largo de los años se ha afirmado como excelente centro nacional de formación orquestal, dando la posibilidad a numerosos niños, adolescentes, jóvenes y adultos, de realizar un cualificado itinerario formativo de preparación para ser músicos de las mejores orquestas italianas y europeas. El estudio de la música reviste un alto valor en el proceso educativo de la persona, puesto que produce efectos positivos sobre el desarrollo del individuo, favoreciendo su crecimiento humano y espiritual armónico. Sabemos que el valor formativo de la música se reconoce habitualmente por sus implicaciones de índole expresiva, creativa, relacional, social y cultural.

Por lo tanto, la experiencia de más de treinta años de la Escuela de música de Fiésole asume especial relieve frente a la realidad cotidiana que nos dice que educar no es fácil. De hecho, parece que en el contexto social actual cualquier obra de educación resulta cada vez más ardua y problemática: a menudo entre padres y educadores se habla de las dificultades que se encuentran a la hora de transmitir a las nuevas generaciones los valores básicos de la existencia y de un comportamiento correcto. Dicha situación problemática afecta tanto a la escuela como a la familia, y a las diver-

sas instituciones que realizan una labor en el campo formativo.

Las condiciones actuales de la sociedad requieren un compromiso educativo extraordinario en favor de las nuevas generaciones. Los jóvenes, aunque viven en contextos distintos, tienen en común la sensibilidad a los grandes ideales de la vida, pero encuentran muchas dificultades para vivirlos. No podemos ignorar sus necesidades ni sus expectativas, y tampoco los obstáculos y las amenazas que encuentran. Sienten la exigencia de acercarse a los valores auténticos como la centralidad de la persona, la dignidad humana, la paz y la justicia, la tolerancia y la solidaridad. También buscan, a veces de modo confuso y contradictorio, la espiritualidad y la trascendencia, para encontrar equilibrio y armonía. A este propósito, me complace señalar que precisamente la música puede abrir las mentes y los corazones a la dimensión del espíritu y lleva a las personas a levantar la mirada hacia lo Alto, a abrirse al Bien y a la Belleza absolutos, que tienen en Dios su fuente última. El aire festivo del canto y de la música son también una invitación constante para los creyentes y para todos los hombres de buena voluntad a comprometerse a fin de dar a la humanidad un futuro rico de esperanza. Además, la experiencia de tocar en una orquesta añade la dimensión colectiva: los ensayos continuos llevados a cabo con paciencia; el ejercicio de escuchar a los demás músicos; el compromiso de no tocar «solos», sino de procurar que los distintos «colo-

res orquestales» —si bien manteniendo sus propias características— se fundan en unidad; la búsqueda común de la mejor expresión, todo esto constituye un magnífico «entrenamiento», no sólo en el plano artístico y profesional, sino también bajo el perfil humano global.

Queridos amigos, espero que la grandeza y la belleza de las piezas musicales magistralmente ejecutadas esta tarde den a todos nueva y continua inspiración para tender hacia metas cada vez más altas en la vida personal y social. Renuevo al señor presidente de la República italiana, a los organizadores y a todos los presentes la expresión de mi sincera gratitud por este apreciado homenaje. Recordadme en vuestras oraciones, para que al iniciar el sexto año de mi pontificado cumpla siempre mi ministerio como quiere el Señor. Él, que es nuestra fuerza y nuestra paz, os bendiga a todos vosotros y a vuestras familias.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en la XVI Sesión
Plenaria de la Academia Pontificia
de Ciencias Sociales***

Sala del Consistorio. Viernes, 30 de abril de 2010.

Queridos miembros de la Academia:

Me complace saludaros al inicio de vuestra decimosexta sesión plenaria, dedicada a un análisis de la crisis eco-

nómica mundial a la luz de los principios éticos consagrados por la doctrina social de la Iglesia. Agradezco a su presidenta, la profesora Mary Ann Glendon, sus amables palabras de saludo, y os expreso mis mejores deseos de que vuestras deliberaciones sean fructíferas.

El colapso financiero en todo el mundo, como sabemos, ha demostrado la fragilidad del sistema económico actual y de las instituciones relacionadas con él. También ha demostrado el error de la hipótesis según la cual el mercado es capaz de autorregularse, independientemente de la intervención pública y del apoyo de las criterios morales interiorizados. Esta hipótesis se basa en una noción empobrecida de la vida económica, como una especie de mecanismo de auto-calibración impulsado por el interés propio y la búsqueda de beneficios. Como tal, pasa por alto el carácter esencialmente ético de la economía, como una actividad de y para los seres humanos. Más que una espiral de producción y consumo en función de unas necesidades humanas definidas de un modo limitado, la vida económica debería ser un ejercicio de responsabilidad humana, intrínsecamente orientada hacia la promoción de la dignidad de la persona, la búsqueda del bien común y el desarrollo integral —político, cultural y espiritual— de individuos, familias y sociedades. Una apreciación de esta dimensión humana más plena exige, a su vez, precisamente el tipo de investigación y reflexión in-

terdisciplinar que esta sesión de la Academia ha emprendido.

En la encíclica *Caritas in veritate* observé que «la crisis actual nos obliga a revisar nuestro camino, a darnos nuevas reglas y a encontrar nuevas formas de compromiso» (n. 21). Ciertamente, volver a planificar el camino supone también buscar criterios generales y objetivos según los cuales juzgar las estructuras, las instituciones y las decisiones concretas que orientan y dirigen la vida económica. La Iglesia, basándose en su fe en Dios Creador, afirma la existencia de una ley natural universal que es la fuente última de estos criterios (cf. *ib.*, 59). Sin embargo, también está convencida de que los principios de este orden ético, inscrito en la creación misma, son accesibles a la razón humana y, como tal, deben ser adoptados como base para las decisiones prácticas. Como parte de la gran herencia de la sabiduría humana, la ley moral natural, que la Iglesia ha asumido, purificado y desarrollado a la luz de la Revelación cristiana, es un faro que orienta los esfuerzos de individuos y comunidades a buscar el bien y evitar el mal, a la vez que dirige su compromiso de construir una sociedad auténticamente justa y humana.

Entre los principios indispensables que constituyen este enfoque ético integral de la vida económica, debe encontrarse la promoción del bien común, basada en el respeto de la dignidad de la persona humana y reconocida

como principal objetivo de los sistemas de producción y de comercio, de las instituciones políticas y del bienestar social. En nuestros días, la preocupación por el bien común ha adquirido una dimensión global más marcada. También es cada vez más evidente que el bien común implica la responsabilidad respecto a las futuras generaciones. En consecuencia, la solidaridad entre generaciones se debe reconocer como criterio ético fundamental para juzgar cualquier sistema social. Estas realidades ponen de relieve la urgencia de reforzar los procedimientos de gobierno de la economía mundial, aunque con el debido respeto al principio de la subsidiariedad. Al final, sin embargo, todas las decisiones económicas y políticas deben estar encaminadas a «la caridad en la verdad», ya que la verdad preserva y canaliza la fuerza liberadora de la caridad en medio de las vicisitudes y las estructuras humanas, siempre contingentes. Pues «sin verdad, sin confianza y amor por lo que es verdadero, no hay conciencia social y responsabilidad, y la acción social termina sirviendo a los intereses privados y a las lógicas de poder, dando lugar a la fragmentación social» (*Caritas in veritate*, 5).

Con estas consideraciones, queridos amigos, expreso una vez más mi confianza en que esta sesión plenaria contribuya a un discernimiento más profundo de los graves desafíos sociales y económicos que afronta nuestro mundo, y ayude a señalar el camino para afrontar esos desafíos con espí-

ritu de sabiduría, justicia y auténtica humanidad. Os aseguro una vez más mis oraciones por vuestro importante trabajo e invoco sobre vosotros y sobre vuestros seres queridos las bendiciones divinas de alegría y paz.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a la Guardia Suiza con ocasión del juramento de 31 nuevos reclutas

Sala Clementina. Viernes, 7 de mayo de 2010.

Querido señor comandante; reverendo capellán; queridos guardias; queridos familiares:

Con alegría, os doy a todos la bienvenida y saludo en particular a los nuevos reclutas, presentes aquí junto con sus parientes y amigos.

Con razón, podéis estar orgullosos de que, gracias al juramento que habéis prestado, habéis entrado a formar parte de un cuerpo de guardia que tiene una larga historia. Acabáis de vestir el famoso uniforme; ante todos aparecéis como guardias suizos; las personas os reconocen y os prestan atención. Desde hoy os beneficiaréis de la competencia secular y de todos los instrumentos a disposición para desempeñar vuestra tarea. Lo que hoy se os transmite os convierte en custodios de una tradición y en portadores de un conocimiento práctico que se os confía a vosotros. Vuestra tarea es

proseguirlos y hacerlos valer. Así cumpliréis vuestra responsabilidad y esto os llama a una extraordinaria entrega de vosotros mismos. El Sucesor de Pedro ve en vosotros un verdadero apoyo y se encomienda a vuestra vigilancia. Deseo sinceramente que a través de este servicio de guardia llevéis la herencia recibida de vuestros predecesores y maduréis como hombres y como cristianos.

Entrando en la Guardia Suiza pontificia quedáis asociados, de modo indirecto pero real, al servicio de Pedro en la Iglesia. Os invito a prestar desde hoy gran atención, en vuestra meditación de la Palabra de Dios, al Apóstol Pedro cuando, después de la resurrección de Cristo, se compromete a cumplir la misión que el Señor le había confiado. Estos pasajes de la Escritura iluminarán el sentido de vuestra noble tarea, y esto de un modo especial en los momentos de abatimiento o de cansancio. En el libro de los *Hechos de los Apóstoles*, leemos que Pedro recorría toda la Judea para visitar a los fieles (cf. *Hch* 9, 32). El primero de los Apóstoles demuestra así concretamente su solicitud por todos. El Papa quiere prestar la misma atención a todas las Iglesias y a cada fiel, como también a todo hombre que espera algo de la Iglesia. Junto al Sucesor de Pedro, la caridad que anima vuestra alma se ve impulsada a ser universal. Las dimensiones de vuestro corazón están llamadas a ensancharse. Vuestro servicio os impulsará a descubrir en el rostro de todo hombre y de toda mujer a un peregrino que, a lo largo del

camino, espera encontrar otro rostro a través del cual se le dé un signo vivo del Señor de toda vida y de toda gracia.

Sabemos que todo lo que hacemos por el nombre de Jesús, aunque sea humilde, nos transforma y nos configura un poco más al hombre nuevo regenerado en Cristo. Así vuestro servicio en favor del ministerio petrino os dará un sentido más vivo de la catolicidad y una percepción más profunda de la dignidad del hombre que pasa cerca de vosotros y que en lo más íntimo de sí mismo busca el camino de la vida eterna. Vuestra tarea, vivida con conciencia

profesional y con sentido sobrenatural, os preparará también para los compromisos futuros, personales y públicos, que asumiréis cuando dejéis el servicio, y os permitirá cumplirlos como verdaderos discípulos del Señor.

Invocando la intercesión de la Virgen María y de vuestros santos patronos Sebastián, Martín y Nicolás de Flüe, os imparto de corazón una afectuosa bendición apostólica a vosotros, a vuestras familias, a vuestros amigos y a todas las persona que han venido a acompañaros en el momento de vuestro juramento.

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante las exequias del Cardenal Paul Augustin Mayer, O.S.B. en la capilla papal

Basilica Vaticana, Altar de la Cátedra. Lunes, 3 de mayo de 2010.

Venerados hermanos, ilustres señores y señoras, queridos hermanos y hermanas:

También para nuestro amado hermano, el cardenal Paul Augustin Mayer, ha llegado la hora de partir de este mundo. Había nacido, hace casi un siglo, en mi misma tierra, precisamente en Altötting, donde se yergue el célebre santuario mariano al que están unidos

muchos afectos y recuerdos nuestros, de los bávaros. Así es el destino de la existencia humana: florece de la tierra -en un punto preciso del mundo- y está llamada al cielo, a la patria de la que proviene misteriosamente. «*Desiderat anima mea ad te, Deus*» (Sal 42, 2). En este verbo «*desiderat*», está todo el hombre, su ser carne y espíritu, tierra y cielo. Es el misterio originario de la imagen de Dios en el hombre. El joven Paul -que, después, de monje se llamará Augustin Mayer- estudió este tema en los escritos de Clemente de Alejandría, para el doctorado en teología. Es el misterio de la vida eterna, depositado en nosotros como una semilla desde el Bautismo, y que pide ser acogido en el

viaje de nuestra vida, hasta el día en que devolvemos el espíritu a Dios Padre.

«*Pater, in manus tuas commendo spiritum meum*» (Lc 23, 46). Las últimas palabras de Jesús en la cruz nos guían en la oración y en la meditación, mientras estamos reunidos en torno al altar para dar la última despedida a nuestro hermano difunto. Cada celebración nuestra de exequias está marcada por el signo de la esperanza: en el último suspiro de Jesús en la cruz (cf. Lc 23, 46; Jn 19, 30), Dios se entregó enteramente a la humanidad, colmando el vacío abierto por el pecado y restableciendo la victoria de la vida sobre la muerte. Por esto, cada hombre que muere en el Señor participa por la fe en este acto de amor infinito, de algún modo entrega el espíritu junto con Cristo, en la segura esperanza de que la mano del Padre lo resucitará de entre los muertos y lo introducirá en el reino de la vida.

«La esperanza no defrauda —afirma el apóstol san Pablo, escribiendo a los cristianos de Roma—, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5, 5). La grande e indefectible esperanza, fundada en la sólida roca del amor de Dios, nos asegura que la vida de los que mueren en Cristo «no termina, se transforma»; y «al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo» (*Prefacio I de difuntos*). En una época como la nuestra, en la que el miedo a la muerte lleva a muchas per-

sonas a la desesperación y a la búsqueda de consuelos ilusorios, el cristiano se distingue por el hecho de que pone su seguridad en Dios, en un Amor tan grande que puede renovar el mundo entero. «Mira que hago un mundo nuevo» (Ap 21, 5), declara —hacia el final del *libro del Apocalipsis*— Aquél que se sienta en el trono. La visión de la nueva Jerusalén expresa la realización del deseo más profundo de la humanidad: el de vivir juntos en paz, ya sin la amenaza de la muerte, sino gozando de la plena comunión con Dios y entre nosotros. La Iglesia, y en particular la comunidad monástica, constituyen una prefiguración en la tierra de esta meta final. Es una anticipación imperfecta, marcada por límites y pecados y, por tanto, necesitada siempre de conversión y purificación; y, con todo, en la comunidad eucarística se pregusta la victoria del amor de Cristo sobre aquello que divide y mortifica. «*Congregavit nos in unum Christi amor*», «El amor de Cristo nos ha reunido en la unidad»: éste es el lema episcopal de nuestro venerado hermano que nos ha dejado. Como hijo de san Benito, experimentó la promesa del Señor: «Ésta será la herencia del vencedor: yo seré Dios para él, y él será hijo para mí» (Ap 21, 7).

Formado en la escuela de los padres benedictinos de la abadía de San Miguel en Metten, en 1931 emitió la profesión monástica. Durante toda su existencia trató de realizar lo que san Benito dice en la Regla: «Nada se anteponga al amor de Cristo». Tras los estudios en Salzbur-

go y en Roma, emprendió una larga y apreciada actividad de enseñanza en el Pontificio Ateneo San Anselmo, donde llegó a ser rector en 1949; desempeñó este cargo durante 17 años. Precisamente en aquel periodo se fundó el Pontificio Instituto Litúrgico, que se convirtió en punto de referencia fundamental para la preparación de los formadores en el campo de la liturgia. Elegido, tras el Concilio, abad de su amada abadía de Metten, desempeñó este cargo durante 5 años, pero ya en 1972 el siervo de Dios Papa, Pablo VI, lo nombró secretario de la Congregación para los religiosos y los institutos seculares, y quiso consagrarlo obispo personalmente el 13 de febrero de 1972.

Durante los años de servicio en este dicasterio, promovió la progresiva puesta en práctica de las disposiciones del concilio Vaticano II respecto a las familias religiosas. En este ámbito particular, en su calidad de religioso, demostró una notable sensibilidad eclesial y humana. En 1984 el venerable Juan Pablo II le confió el cargo de prefecto de la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos, creándolo después cardenal en el consistorio del 25 de mayo de 1985 y asignándole el título de San Anselmo en el Aventino. Seguidamente, lo nombró primer presidente de la Comisión pontificia «Ecclesia Dei»; y también en este nuevo y delicado cargo el cardenal Mayer se confirmó servidor fiel y celoso, tratando de aplicar el contenido de su lema: «El amor de Cristo nos ha reunido en la unidad».

Queridos hermanos, nuestra vida está en las manos del Señor en cada instante, sobre todo en el momento de la muerte. Por esto, con la confiada invocación de Jesús en la cruz: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu», queremos acompañar a nuestro hermano Paul Augustin, mientras realiza su paso de este mundo al Padre. En este momento mi pensamiento no puede menos de dirigirse al santuario de la Madre de las gracias de Altötting. Espiritualmente presentes en ese lugar de peregrinación, encomendemos a la Virgen santísima nuestra oración de sufragio por el difunto cardenal Mayer. Él nació cerca de ese santuario, conformó su vida a Cristo según la Regla benedictina y ha muerto a la sombra de esta basílica vaticana. Que la Virgen, san Pedro y san Benito acompañen a este fiel discípulo del Señor a su reino de luz y de paz. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en las exequias del Cardenal Luigi
Poggi***

Altar de la Cátedra de la basílica vaticana. Viernes, 7 de mayo de 2010

Venerados hermanos; ilustres señores y señoras; queridos hermanos y hermanas:

Os habéis reunido en torno al altar del Señor para acompañar con la celebración del sacrificio eucarístico, en el que se actualiza el Misterio pascual,

el último viaje del querido cardenal Luigi Poggi, que el Señor ha llamado a su presencia. Os dirijo a cada uno mi cordial saludo y doy las gracias en particular al cardenal Sodano que, como decano del Colegio cardenalicio, ha presidido la santa misa exequial.

El Evangelio que se ha proclamado en esta celebración nos ayuda a vivir más intensamente el triste momento de la separación de nuestro difunto hermano de la vida terrena. La esperanza en la resurrección, basada en la palabra misma de Jesús: «Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna y que yo lo resucite el último día» (*Jn* 6, 40), mitiga el dolor por la pérdida de su persona. Ante el misterio de la muerte, para el hombre que no tiene fe parece que todo se pierde irremediabilmente. Es la palabra de Cristo, entonces, la que ilumina el camino de la vida y confiere valor a cada uno de sus momentos. Jesucristo es el Señor de la vida, y vino para resucitar en el último día todo lo que el Padre le había confiado (cf. *Jn* 6, 39). Éste es también el mensaje que Pedro anuncia con gran fuerza en el día de Pentecostés (cf. *Hch* 2, 14. 22-28). Muestra que Jesús no podía ser retenido por la muerte. Dios lo libró de sus angustias, porque no era posible que la muerte lo tuviera en su poder. En la cruz Cristo obtuvo su victoria, que se debía manifestar con la superación de la muerte, es decir, con su resurrección.

En este horizonte de fe, nuestro difunto hermano vivió toda su existencia, consagrada a Dios y al servicio de los hermanos, convirtiéndose así en testigo de la fe valiente que sabe confiar en Dios. Podemos decir que toda la misión sacerdotal del cardenal Luigi Poggi estuvo dedicada al servicio directo de la Santa Sede. Nació en Piacenza el 25 de noviembre de 1917. Después de los estudios eclesiásticos en el colegio «Alberoni» y de la ordenación sacerdotal, que recibió el 28 de julio de 1940, prosiguió sus estudios en Roma, donde obtuvo la licenciatura *in utroque iure* y desempeñó el ministerio sacerdotal en algunas parroquias romanas. Entró en la Pontificia Academia Eclesiástica y en 1945 comenzó su trabajo en la que entonces era la primera sección de la Secretaría de Estado: años difíciles, durante los cuales trabajó con plena dedicación al servicio de la Iglesia. Después de una primera misión, en la primavera de 1963, ante el Gobierno de la República de Túnez para llegar a un *modus vivendi* entre la Santa Sede y el Gobierno de aquel país acerca de la situación jurídica de la Iglesia católica en Túnez, en abril de 1965 fue nombrado delegado apostólico para África central, con dignidad de arzobispo y jurisdicción sobre Camerún, Chad, Congo-Brazzaville, Gabón y República Centroafricana. En mayo de 1969, fue promovido a nuncio apostólico en Perú, donde permaneció hasta agosto de 1973, cuando lo llamaron a Roma con la misión de nuncio apostólico con encargos especiales, específicamente

para mantener contactos con los Gobiernos de Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumanía y Bulgaria, con el fin de mejorar la situación de la Iglesia católica en esos países.

En julio de 1974, se institucionalizaron las relaciones entre la Santa Sede y el Gobierno polaco y monseñor Poggi fue nombrado jefe de la delegación de la Santa Sede para los contactos permanentes de trabajo con el Gobierno de Polonia. En ese período, realizó numerosos viajes a Polonia y se encontró con muchas personalidades tanto políticas como eclesiásticas; así, siguiendo las huellas de su superior, el cardenal Agostino Casaroli, se convirtió en un protagonista de la *ostpolitik* vaticana en los países del bloque comunista. El 19 de abril de 1986 fue nombrado nuncio apostólico en Italia; precisamente desde entonces se encargó a esta nunciatura también estudiar todo lo relativo a las provisiones episcopales en el país. Asimismo, en aquel período, fue él, en calidad de representante pontificio, quien se ocupó de una delicada fase de reordenación de las diócesis italianas. Creado y publicado cardenal en el consistorio del 26 de noviembre de 1994, fue nombrado por el venerable Juan Pablo II archivero y bibliotecario de la santa Iglesia romana, y conservó este cargo hasta marzo de 1998.

Queridos hermanos, se acaban de proclamar las palabras del apóstol san Pablo: «Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con

él» (*Rm* 6, 8). Esta página de la carta a los Romanos constituye uno de los textos fundamentales del Leccionario litúrgico. En efecto, cada año se lee durante la Vigilia pascual. Pensemos en estas iluminadoras palabras de san Pablo mientras con conmoción damos al querido cardenal Luigi Poggi la última despedida. ¡Cuántas veces él mismo las habrá leído, meditado y comentado! Lo que el Apóstol escribe a propósito de la unión mística del bautizado con Cristo muerto y resucitado, ahora lo está viviendo en la realidad ultraterrena, desvinculado de los condicionamientos que el pecado impone a la naturaleza humana. «Pues —como afirma san Pablo en ese mismo pasaje— el que está muerto, queda librado del pecado» (*Rm* 6, 7). La unión sacramental, pero real, con el Misterio pascual de Cristo abre al bautizado la perspectiva de participar en su misma gloria. Y esto tiene una consecuencia ya para la vida de este mundo, porque, si en virtud del bautismo nosotros ya participamos en la resurrección de Cristo, entonces ya ahora «podemos vivir una vida nueva» (*Rm* 6, 4). Por esta razón, la piadosa muerte de un hermano en Cristo, más aún si está marcado por el carácter sacerdotal, siempre es motivo de íntimo y agradecido asombro, por el designio de la paternidad divina, que nos libra del poder de las tinieblas y nos traslada al reino del Hijo de su amor (cf. *Col* 1, 13).

Mientras invocamos para este hermano nuestro la intercesión materna de

la santísima Virgen María, Reina de los Apóstoles y Madre de la Iglesia, encomendamos su alma elegida al Padre de

la vida, para que lo introduzca en el lugar preparado para sus amigos, servidores fieles del Evangelio y de la Iglesia.

MENSAJES

Mensaje del Papa, Benedicto XVI, para la XLVII Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones

25 de abril de 2010 - IV Domingo
de Pascua

Tema: *El testimonio suscita vocaciones*

*Venerados Hermanos en el Episcopado
y en el Sacerdocio; queridos hermanos y
hermanas*

La 47 Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, que se celebrará en el IV domingo de Pascua, domingo del “Buen Pastor”, el 25 de abril de 2010, me ofrece la oportunidad de proponer a vuestra reflexión un tema en sintonía con el Año Sacerdotal: *El testimonio suscita vocaciones*. La fecundidad de la propuesta vocacional, en efecto, depende primariamente de la acción gratuita de Dios, pero, como confirma la experiencia pastoral, está favorecida también por la cualidad y la riqueza del testimonio personal y comunitario de cuantos han respondido ya a la llamada del Señor en el ministerio sacerdotal y en la vida consagrada, puesto que su

testimonio puede suscitar en otros el deseo de corresponder con generosidad a la llamada de Cristo. Este tema está, pues, estrechamente unido a la vida y a la misión de los sacerdotes y de los consagrados. Por tanto, quisiera invitar a todos los que el Señor ha llamado a trabajar en su viña a renovar su fiel respuesta, sobre todo en este Año Sacerdotal, que he convocado con ocasión del 150 aniversario de la muerte de san Juan María Vianney, el Cura de Ars, modelo siempre actual de presbítero y de párroco.

Ya en el Antiguo Testamento, los profetas eran conscientes de estar llamados a dar testimonio con su vida de lo que anunciaban, dispuestos a afrontar incluso la incompreensión, el rechazo, la persecución. La misión que Dios les había confiado los implicaba completamente, como un incontenible “fuego ardiente” en el corazón (cf. *Jr* 20, 9), y, por eso, estaban dispuestos a entregar al Señor no solamente la voz, sino toda su existencia. En la plenitud de los tiempos, será Jesús, el enviado del Padre (cf. *Jn* 5, 36), el que con su misión dará testimonio del amor de Dios hacia todos los hombres, sin

distinción, con especial atención a los últimos, a los pecadores, a los marginados, a los pobres. Él es el Testigo por excelencia de Dios y de su deseo de que todos se salven. En la aurora de los tiempos nuevos, Juan Bautista, con una vida enteramente entregada a preparar el camino a Cristo, da testimonio de que en el Hijo de María de Nazaret se cumplen las promesas de Dios. Cuando lo ve acercarse al río Jordán, donde estaba bautizando, lo muestra a sus discípulos como “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (*Jn* 1, 29). Su testimonio es tan fecundo, que dos de sus discípulos “oyéndole decir esto, siguieron a Jesús” (*Jn* 1, 37).

También la vocación de Pedro, según escribe el evangelista Juan, pasa a través del testimonio de su hermano Andrés, el cual, después de haber encontrado al Maestro y haber respondido a la invitación de permanecer con Él, siente la necesidad de comunicarle inmediatamente lo que ha descubierto en su “permanecer” con el Señor: “Hemos encontrado al Mesías —que quiere decir Cristo— y lo llevó a Jesús” (*Jn* 1, 41-42). Lo mismo sucede con Natanael, Bartolomé, gracias al testimonio de otro discípulo, Felipe, el cual comunica con alegría su gran descubrimiento: “Hemos encontrado a aquél de quien escribió Moisés, en el libro de la ley, y del que hablaron los Profetas: es Jesús, el hijo de José, el de Nazaret” (*Jn* 1, 45). La iniciativa libre y gratuita de Dios encuentra e interpela la responsabilidad humana de cuantos acogen

su invitación para convertirse con su propio testimonio en instrumentos de la llamada divina. Esto acontece también hoy en la Iglesia: Dios se sirve del testimonio de los sacerdotes, fieles a su misión, para suscitar nuevas vocaciones sacerdotales y religiosas al servicio del Pueblo de Dios. Por esta razón, deseo señalar tres aspectos de la vida del presbítero, que considero esenciales para un testimonio sacerdotal eficaz.

Elemento fundamental y reconocible de toda vocación al sacerdocio y a la vida consagrada es la amistad con Cristo. Jesús vivía en constante unión con el Padre, y esto era lo que suscitaba en los discípulos el deseo de vivir la misma experiencia, aprendiendo de Él la comunión y el diálogo incesante con Dios. Si el sacerdote es el “hombre de Dios”, que pertenece a Dios y que ayuda a conocerlo y amarlo, no puede dejar de cultivar una profunda intimidad con Él, permanecer en su amor, dedicando tiempo a la escucha de su Palabra. La oración es el primer testimonio que suscita vocaciones. Como el apóstol Andrés, que comunica a su hermano haber conocido al Maestro, igualmente quien quiere ser discípulo y testigo de Cristo debe haberlo “visto” personalmente, debe haberlo conocido, debe haber aprendido a amarlo y a estar con Él.

Otro aspecto de la consagración sacerdotal y de la vida religiosa es el don total de sí mismo a Dios. Escribe el apóstol Juan: “En esto, hemos cono-

cido lo que es el amor: en que él ha dado su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos” (1 Jn 3, 16). Con estas palabras, el apóstol invita a los discípulos a entrar en la misma lógica de Jesús que, a lo largo de su existencia, ha cumplido la voluntad del Padre hasta el don supremo de sí mismo en la cruz. Se manifiesta aquí la misericordia de Dios en toda su plenitud; amor misericordioso que ha vencido las tinieblas del mal, del pecado y de la muerte. La imagen de Jesús que en la Última Cena se levanta de la mesa, se quita el manto, toma una toalla, se la ciñe a la cintura y se inclina para lavar los pies a los apóstoles, expresa el sentido del servicio y del don manifestados en su entera existencia, en obediencia a la voluntad del Padre (cfr Jn 13, 3-15). Siguiendo a Jesús, quien ha sido llamado a la vida de especial consagración debe esforzarse en dar testimonio del don total de sí mismo a Dios. De ahí brota la capacidad de darse luego a los que la Providencia le confíe en el ministerio pastoral, con entrega plena, continua y fiel, y con la alegría de hacerse compañero de camino de tantos hermanos, para que se abran al encuentro con Cristo y su Palabra se convierta en luz en su sendero. La historia de cada vocación va unida casi siempre con el testimonio de un sacerdote que vive con alegría el don de sí mismo a los hermanos por el Reino de los Cielos. Y esto porque la cercanía y la palabra de un sacerdote son capaces de suscitar interrogantes y conducir a decisiones incluso definitivas

(cf. Juan Pablo II, Exhort. ap. post-sinodal, *Pastores dabo vobis*, 39).

Por último, un tercer aspecto que no puede dejar de caracterizar al sacerdote y a la persona consagrada es el vivir la comunión. Jesús indicó, como signo distintivo de quien quiere ser su discípulo, la profunda comunión en el amor: “Por el amor que os tengáis los unos a los otros, reconocerán todos que sois discípulos míos” (Jn 13, 35). De manera especial, el sacerdote debe ser hombre de comunión, abierto a todos, capaz de caminar unido con toda la grey que la bondad del Señor le ha confiado, ayudando a superar divisiones, a reparar fracturas, a suavizar contrastes e incomprendiones, a perdonar ofensas. En julio de 2005, en el encuentro con el Clero de Aosta, tuve la oportunidad de decir que si los jóvenes ven sacerdotes muy aislados y tristes, no se sienten animados a seguir su ejemplo. Se sienten indecisos cuando se les hace creer que ése es el futuro de un sacerdote. En cambio, es importante llevar una vida indivisa, que muestre la belleza de ser sacerdote. Entonces, el joven dirá: “sí, este puede ser un futuro también para mí, así se puede vivir” (*Insegnamenti* I, [2005], 354). El Concilio Vaticano II, refiriéndose al testimonio que suscita vocaciones, subraya el ejemplo de caridad y de colaboración fraterna que deben ofrecer los sacerdotes (cf. *Optatam totius*, 2).

Me es grato recordar lo que escribió mi venerado Predecesor, Juan Pablo II: “La vida misma de los presbíteros,

su entrega incondicional a la grey de Dios, su testimonio de servicio amoroso al Señor y a su Iglesia —un testimonio sellado con la opción por la cruz, acogida en la esperanza y en el gozo pascual—, su concordia fraterna y su celo por la evangelización del mundo, son el factor primero y más persuasivo de fecundidad vocacional” (*Pastores dabo vobis*, 41). Se podría decir que las vocaciones sacerdotales nacen del contacto con los sacerdotes, casi como un patrimonio precioso comunicado con la palabra, el ejemplo y la vida entera.

Esto vale también para la vida consagrada. La existencia misma de los religiosos y de las religiosas habla del amor de Cristo, cuando le siguen con plena fidelidad al Evangelio y asumen con alegría sus criterios de juicio y conducta. Llegan a ser “signo de contradicción” para el mundo, cuya lógica está inspirada muchas veces por el materialismo, el egoísmo y el individualismo. Su fidelidad y la fuerza de su testimonio, porque se dejan conquistar por Dios renunciando a sí mismos, sigue suscitando en el alma de muchos jóvenes el deseo de seguir a Cristo para siempre, generosa y totalmente. Imitar a Cristo casto, pobre y obediente, e identificarse con Él: he aquí el ideal de la vida consagrada, testimonio de la primacía absoluta de Dios en la vida y en la historia de los hombres.

Todo presbítero, todo consagrado y toda consagrada, fieles a su vocación, transmiten la alegría de servir a Cristo,

e invitan a todos los cristianos a responder a la llamada universal a la santidad. Por tanto, para promover las vocaciones específicas al ministerio sacerdotal y a la vida religiosa, para hacer más vigoroso e incisivo el anuncio vocacional, es indispensable el ejemplo de todos los que ya han dicho su “sí” a Dios y al proyecto de vida que Él tiene sobre cada uno. El testimonio personal, hecho de elecciones existenciales y concretas, animará a los jóvenes a tomar decisiones comprometidas que determinen su futuro. Para ayudarles es necesario el arte del encuentro y del diálogo capaz de iluminarles y acompañarles, a través sobre todo de la ejemplaridad de la existencia vivida como vocación. Así lo hizo el Santo Cura de Ars, el cual, siempre en contacto con sus parroquianos, “enseñaba, sobre todo, con el testimonio de su vida. De su ejemplo aprendían los fieles a orar” (*Carta para la convocación del Año Sacerdotal*, 16 junio 2009).

Que esta Jornada Mundial ofrezca de nuevo una preciosa oportunidad a muchos jóvenes para reflexionar sobre su vocación, entregándose a ella con sencillez, confianza y plena disponibilidad. Que la Virgen María, Madre de la Iglesia, custodie hasta el más pequeño germen de vocación en el corazón de quienes el Señor llama a seguirle más de cerca, hasta que se convierta en árbol frondoso, colmado de frutos para bien de la Iglesia y de toda la humanidad. Rezo por esta intención, a la vez que imparto a todos la Bendición Apostólica.

VIAJES APOSTÓLICOS - TURÍN. 2 DE MAYO DE 2010

*Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Concelebración
Eucarística*

Plaza «San Carlo». Domingo, 2 de mayo de 2010.

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra estar con vosotros en este día de fiesta y celebrar juntos esta solemne Eucaristía. Saludo a cada uno de los presentes y, en particular, al pastor de vuestra archidiócesis, el cardenal Severino Poletto, a quien agradezco las afectuosas palabras que me ha dirigido en nombre de todos. Saludo también a los arzobispos y a los obispos presentes, a los sacerdotes, a los religiosos y las religiosas, a los representantes de las asociaciones y de los movimientos eclesiales. Dirijo un respetuoso saludo al alcalde, Sergio Chiamparino, a quien agradezco sus amables palabras; al representante del Gobierno y a las autoridades civiles y militares, con un agradecimiento especial a quienes han colaborado generosamente en la realización de mi visita pastoral. Mi saludo se extiende también a quienes no han podido estar presentes, especialmente a los enfermos, a las personas solas y a quienes pasan por dificultades. Encomiendo al Señor la ciudad de Turín y sus habitantes en esta celebración eucarística que, como cada domingo, nos invita a participar de modo comunitario en la mesa de la Palabra de verdad y del Pan de vida eterna.

Estamos en el tiempo pascual, que es el tiempo de la glorificación de Jesús. El Evangelio que acabamos de escuchar nos recuerda que esta glorificación se realizó mediante la pasión. En el misterio pascual pasión y glorificación, están estrechamente vinculadas entre sí, forman una unidad inseparable. Jesús afirma: «Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre y Dios ha sido glorificado en él» (Jn 13, 31) y lo hace cuando Judas sale del Cenáculo para cumplir su plan de traición, que llevará al Maestro a la muerte: precisamente en ese momento comienza la glorificación de Jesús. El evangelista san Juan lo da a entender claramente: de hecho, no dice que Jesús fue glorificado sólo después de su pasión, por medio de la resurrección, sino que muestra que su glorificación comenzó precisamente con la pasión. En ella, Jesús manifiesta su gloria, que es gloria del amor, que entrega toda su persona. Él amó al Padre, cumpliendo su voluntad hasta el final, con una entrega perfecta; amó a la humanidad dando su vida por nosotros. Así, ya en su pasión es glorificado, y Dios es glorificado en él. Pero la pasión —como expresión realísima y profunda de su amor— es sólo un inicio. Por esto, Jesús afirma que su glorificación también será futura (cf. v. 32). Después el Señor, en el momento de anunciar que deja este mundo (cf. v. 33), casi como testamento da a sus discípulos un mandamiento para continuar de modo nuevo su presencia en

medio de ellos: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Como yo os he amado, así amaos también vosotros los unos a los otros» (v. 34). Si nos amamos los unos a los otros, Jesús sigue estando presente entre nosotros, y sigue siendo glorificado en el mundo.

Jesús habla de un «mandamiento nuevo». ¿Cuál es su novedad? En el Antiguo Testamento, Dios ya había dado el mandato del amor; pero ahora este mandamiento es nuevo porque Jesús añade algo muy importante: «Como yo os he amado, así amaos también vosotros los unos a los otros». Lo nuevo es precisamente este «amar como Jesús ha amado». Todo nuestro amar está precedido por su amor y se refiere a este amor, se inserta en este amor, se realiza precisamente por este amor. El Antiguo Testamento no presentaba ningún modelo de amor, sino que formulaba solamente el precepto de amar. Jesús, en cambio, se presenta a sí mismo como modelo y como fuente de amor. Se trata de un amor sin límites, universal, capaz de transformar también todas las circunstancias negativas y todos los obstáculos en ocasiones para progresar en el amor. Y en los santos de esta ciudad, vemos la realización de este amor, siempre desde la fuente del amor de Jesús.

En los siglos pasados, la Iglesia que está en Turín ha conocido una rica tradición de santidad y de generoso servicio a los hermanos —como han recor-

dado el cardenal arzobispo y el señor alcalde— gracias a la obra de celosos sacerdotes, religiosos y religiosas de vida activa y contemplativa, y de fieles laicos. Las palabras de Jesús adquieren una resonancia especial para esta Iglesia de Turín, una Iglesia generosa y activa, comenzando por sus sacerdotes. Al darnos el mandamiento nuevo, Jesús nos pide vivir su mismo amor, vivir de su mismo amor, que es el signo verdaderamente creíble, elocuente y eficaz para anunciar al mundo la venida del reino de Dios. Obviamente, sólo con nuestras fuerzas somos débiles y limitados. En nosotros, permanece siempre una resistencia al amor y en nuestra existencia hay muchas dificultades que provocan divisiones, resentimientos y rencores. Pero el Señor nos ha prometido estar presente en nuestra vida, haciéndonos capaces de este amor generoso y total, que sabe vencer todos los obstáculos, también los que radican en nuestro corazón. Si estamos unidos a Cristo, podemos amar verdaderamente de este modo. Amar a los demás como Jesús nos ha amado sólo es posible con la fuerza que se nos comunica en la relación con él, especialmente en la Eucaristía, en la que se hace presente de modo real su sacrificio de amor que genera amor: es la verdadera novedad en el mundo y la fuerza de una glorificación permanente de Dios, que se glorifica en la continuidad del amor de Jesús en nuestro amor.

Quiero dirigir ahora unas palabras de aliento en particular a los sacerdo-

tes y a los diáconos de esta Iglesia, que se dedican con generosidad al trabajo pastoral, así como a los religiosos y a las religiosas. A veces, ser obreros en la viña del Señor puede ser arduo, los compromisos se multiplican, las exigencias son muchas y no faltan los problemas: aprended a sacar diariamente de la relación de amor con Dios en la oración la fuerza para llevar el anuncio profético de salvación; volved a centrar vuestra existencia en lo esencial del Evangelio; cultivad una dimensión real de comunión y de fraternidad dentro del presbiterio, de vuestras comunidades, en las relaciones con el pueblo de Dios; testimoniad en el ministerio el poder del amor que viene de lo Alto, viene del Señor presente entre nosotros.

La primera lectura que hemos escuchado nos presenta precisamente un modo especial de glorificación de Jesús: el apostolado y sus frutos. Pablo y Bernabé, al término de su primer viaje apostólico, regresan a las ciudades que ya habían visitado y alientan de nuevo a los discípulos, exhortándolos a permanecer firmes en la fe, porque, como ellos dicen, «es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios» (*Hch* 14, 22). La vida cristiana, queridos hermanos y hermanas, no es fácil; sé que tampoco en Turín faltan dificultades, problemas, preocupaciones: pienso, en particular, en quienes viven concretamente su existencia en condiciones de precariedad, a causa de la falta de traba-

jo, de la incertidumbre por el futuro, del sufrimiento físico y moral; pienso en las familias, en los jóvenes, en las personas ancianas que con frecuencia viven en soledad, en los marginados, en los inmigrantes. Sí, la vida lleva a afrontar muchas dificultades, muchos problemas, pero lo que permite afrontar, vivir y superar el peso de los problemas cotidianos es precisamente la certeza que nos viene de la fe, la certeza de que no estamos solos, de que Dios nos ama a cada uno sin distinción y está cerca de cada uno con su amor. El amor universal de Cristo resucitado fue lo que impulsó a los Apóstoles a salir de sí mismos, a difundir la Palabra de Dios, a dar su vida sin reservas por los demás, con valentía, alegría y serenidad. Cristo resucitado posee una fuerza de amor que supera todo límite, no se detiene ante ningún obstáculo. Y la comunidad cristiana, especialmente en las realidades de mayor compromiso pastoral, deber ser instrumento concreto de este amor de Dios.

Exhorto a las familias a vivir la dimensión cristiana del amor en las acciones cotidianas sencillas, en las relaciones familiares, superando divisiones e incomprensiones, cultivando la fe que hace todavía más firme la comunión. Que en el rico y variado mundo de la Universidad y de la cultura, tampoco falte el testimonio del amor del que nos habla el Evangelio de hoy, con la capacidad de escucha atenta y de diálogo humilde en la búsqueda de

la Verdad, seguros de que es la Verdad misma la que nos sale al encuentro y nos aferra. Deseo también alentar el esfuerzo, a menudo difícil, de quien está llamado a administrar el sector público: la colaboración para buscar el bien común y hacer que la ciudad sea cada vez más humana y habitable es una señal de que el pensamiento cristiano sobre el hombre nunca va contra su libertad, sino en favor de una mayor plenitud que sólo encuentra su realización en una «civilización del amor». A todos, en particular a los jóvenes, quiero decir que no pierdan nunca la esperanza, la que viene de Cristo resucitado, de la victoria de Dios sobre el pecado, sobre el odio y sobre la muerte.

La segunda lectura de hoy nos muestra precisamente el resultado final de la resurrección de Jesús: es la nueva Jerusalén, la ciudad santa, que desciende del cielo, de Dios, engalanada como una esposa ataviada para su esposo (cf. *Ap* 21, 2). Aquél que fue crucificado, que compartió nuestro sufrimiento, como nos recuerda también, de manera elocuente, la Sábana Santa, ha resucitado y nos quiere reunir a todos en su amor. Se trata de una esperanza estupenda, «fuerte», sólida, porque, como dice el libro del Apocalipsis: «(Dios) enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado» (*Ap* 21, 4). ¿Acaso la Sábana Santa no comunica el mismo mensaje? En ella, vemos reflejados como en un espejo nuestros padecimientos en los

sufrimientos de Cristo: «*Passio Christi. Passio hominis*». Precisamente por esto la Sábana Santa es un signo de esperanza: Cristo afrontó la cruz para atajar el mal; para hacernos entrever, en su Pascua, la anticipación del momento en que para nosotros enjugará toda lágrima y ya no habrá muerte, ni llanto, ni gritos ni fatigas.

El pasaje del *Apocalipsis* termina con la afirmación: «Dijo el que está sentado en el trono: “Mira que hago un mundo nuevo”» (*Ap* 21, 5). Lo primero absolutamente nuevo realizado por Dios fue la resurrección de Jesús, su glorificación celestial, la cual es el inicio de toda una serie de «cosas nuevas», a las que pertenecemos también nosotros. «Cosas nuevas» son un mundo lleno de alegría, en el que ya no hay sufrimientos ni vejaciones, ya no hay rencor ni odio, sino sólo el amor que viene de Dios y que lo transforma todo.

Querida Iglesia que está en Turín, he venido entre vosotros para confirmaros en la fe. Deseo exhortaros, con fuerza y con afecto, a permanecer firmes en la fe que habéis recibido, que da sentido a la vida, que da fuerza para amar; a no perder nunca la luz de la esperanza en Cristo resucitado, que es capaz de transformar la realidad y hacer nuevas todas las cosas; a vivir de modo sencillo y concreto el amor de Dios en la ciudad, en los barrios, en las comunidades, en las familias: «Como yo os he amado, así amaos los unos a los otros».

REGINA CÆLI

Plaza «San Carlo». Domingo, 2 de mayo de 2010.

Mientras nos disponemos a concluir esta solemne celebración, elevamos una oración a María santísima, a quien en Turín se venera como la patrona principal con el título de Bienaventurada Virgen Consoladora. A ella, encomiendo esta ciudad y todos sus habitantes. Vela, oh María, por las familias y por el mundo del trabajo; vela por cuantos han perdido la fe y la esperanza; consueta a los enfermos, a los presos y a todos los que sufren; sostén, oh Auxilio de los cristianos, a los jóvenes, a los ancianos y a las personas que pasan dificultades. Vela, oh Madre de la Iglesia, por los pastores y por toda la comunidad de los creyentes, para que sean «sal y luz» en medio de la sociedad.

La Virgen María, más que cualquier otra criatura, contempló a Dios en el rostro humano de Jesús. Lo vio recién nacido, envuelto en pañales y recostado en un pesebre; lo vio cuando acababa de morir, cuando lo bajaron de la cruz, lo envolvieron en una sábana y lo llevaron al sepulcro. La imagen de su Hijo torturado quedó grabada en su alma; pero esta imagen se vio transfigurada después por la luz de la Resurrección. Así, en el corazón de María se custodia el misterio del rostro de Cristo, misterio de muerte y de gloria. Siempre podemos aprender de ella a mirar a Jesús con una mirada de amor y de

fe, a reconocer en ese rostro humano el Rostro de Dios.

A la Virgen santísima, encomiendo con gratitud a todos aquellos que han trabajado para mi visita, y para la ostensión de la Sábana Santa. Pido por ellos y para que estos acontecimientos favorezcan una profunda renovación espiritual.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el encuentro con los jóvenes

Plaza «San Carlo». Domingo, 2 de mayo de 2010.

Queridos jóvenes de Turín; queridos jóvenes que venís de Piamonte y de las regiones cercanas:

Me alegra verdaderamente estar con vosotros, en esta visita mía a Turín para venerar la Sábana Santa. Os saludo a todos con gran afecto y os agradezco la acogida y el entusiasmo de vuestra fe. A través de vosotros, saludo a toda la juventud de Turín y de las diócesis de Piamonte, con una oración especial por los jóvenes que viven situaciones de sufrimiento, de dificultad y de extravío. Un pensamiento particular y un fuerte aliento dirijo a cuantos entre vosotros están recorriendo el camino hacia el sacerdocio, la vida consagrada, o también hacia opciones generosas de servicio a los últimos. Agradezco a vuestro pastor, el cardenal Severino

Poletto, las cordiales palabras que me ha dirigido y doy las gracias a vuestros representantes, que me han manifestado los propósitos, los problemas y las expectativas de la juventud de esta ciudad y de esta región.

Hace veinticinco años, con ocasión del Año internacional de la juventud, el venerable y amado Juan Pablo II dirigió una Carta apostólica a los jóvenes y a las jóvenes del mundo, centrada en el encuentro de Jesús con el joven rico del que nos habla el Evangelio (*Carta a los jóvenes*, 31 de marzo de 1985). Partiendo precisamente de esta página (cf. *Mc* 10, 17-22; *Mt* 19, 16-22), que ha sido también objeto de reflexión en mi Mensaje de este año para la Jornada mundial de la juventud, quiero ofrecer os algunos pensamientos que espero os ayuden en vuestro crecimiento espiritual y en vuestra misión dentro de la Iglesia y en el mundo.

El joven del Evangelio, como sabemos, pregunta a Jesús: «¿Qué tengo que hacer para tener la vida eterna?». Hoy no es fácil hablar de vida eterna y de realidades eternas, porque la mentalidad de nuestro tiempo nos dice que no existe nada definitivo: todo cambia e incluso muy rápidamente. «Cambiar» se ha convertido, en muchos casos, en la contraseña, en el ejercicio más exaltante de la libertad, y de esta forma también vosotros, los jóvenes, tendéis muchas veces a pensar que es imposible realizar elecciones definitivas, que comprometan toda la vida. Pero ¿es ésta la

forma correcta de usar la libertad? ¿Es realmente cierto que para ser felices debemos contentarnos con pequeñas y fugaces alegrías momentáneas, las cuales, una vez terminadas, dejan amargura en el corazón? Queridos jóvenes, ésta no es la verdadera libertad; la felicidad no se alcanza así. Cada uno de nosotros no ha sido creado para realizar elecciones provisionales y revocables, sino elecciones definitivas e irrevocables, que dan sentido pleno a la existencia. Lo vemos en nuestra vida: quisiéramos que toda experiencia bella, que nos llena de felicidad, no terminara nunca. Dios nos ha creado con vistas al «para siempre»; ha puesto en el corazón de cada uno de nosotros la semilla de una vida que realice algo bello y grande. Tened a valentía de hacer elecciones definitivas y de vivirlas con fidelidad. El Señor podrá llamaros al matrimonio, al sacerdocio, a la vida consagrada, a una entrega particular de vosotros mismos: respondele con generosidad.

En el diálogo con el joven que poseía muchas riquezas, Jesús indica cuál es la riqueza más importante y más grande de la vida: el amor. Amar a Dios y amar a los demás con todo su ser. La palabra amor, como sabemos, se presta a varias interpretaciones y tiene distintos significados: nosotros necesitamos un Maestro, Cristo, que nos indique su sentido más auténtico y más profundo, que nos guíe a la fuente del amor y de la vida. Amor es el nombre propio de Dios. El apóstol san Juan nos lo recuerda: «Dios es amor», y añade que «no hemos sido

nosotros quienes hemos amado a Dios, sino que él es quien nos amó y nos envió a su Hijo». Y «si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros» (1 Jn 4, 8.10.11). En el encuentro con Cristo y en el amor mutuo, experimentamos en nosotros la vida misma de Dios, que permanece en nosotros con su amor perfecto, total, eterno (cf. 1 Jn 4, 12). Así pues, no hay nada más grande para el hombre, ser mortal y limitado, que participar en la vida de amor de Dios. Hoy vivimos en un contexto cultural que no favorece relaciones humanas profundas y desinteresadas, sino, al contrario, induce a menudo a cerrarse en sí mismos, al individualismo, a dejar que prevalezca el egoísmo que hay en el hombre. Pero el corazón de un joven por naturaleza es sensible al amor verdadero. Por ello, me dirijo con gran confianza a cada uno de vosotros y os digo: no es fácil hacer de vuestra vida algo bello y grande; es arduo, pero con Cristo todo es posible.

En la mirada de Jesús que -como dice el Evangelio- contempla al joven con amor, percibimos todo el deseo de Dios de estar con nosotros, de estar cerca de nosotros; Dios desea nuestro sí, nuestro amor. Sí, queridos jóvenes, Jesús quiere ser vuestro amigo, vuestro hermano en la vida, el maestro que os indica el camino a recorrer para alcanzar la felicidad. Él os ama por lo que sois, con vuestra fragilidad y debilidad, para que, tocados por su amor, podáis ser transformados. Vivid este encuentro con el amor de Cristo en una fuerte relación personal

con él; vividlo en la Iglesia, ante todo en los sacramentos. Vividlo en la Eucaristía, en la que se hace presente su sacrificio: él realmente entrega su Cuerpo y su Sangre por nosotros, para redimir los pecados de la humanidad, para que lleguemos a ser uno con él, para que aprendamos también nosotros la lógica del entregarse. Vividlo en la Confesión, donde, ofreciéndonos su perdón, Jesús nos acoge con todas nuestras limitaciones para darnos un corazón nuevo, capaz de amar como él. Aprended a tener familiaridad con la Palabra de Dios, a meditarla, especialmente en la *lectio divina*, la lectura espiritual de la Biblia. Por último, sabed encontrar el amor de Cristo en el testimonio de caridad de la Iglesia. Turín os ofrece, en su historia, espléndidos ejemplos: seguidlos, viviendo concretamente la gratuidad del servicio. En la comunidad eclesial, todo debe estar dirigido a hacer que los hombres palpén la infinita caridad de Dios.

Queridos amigos, el amor de Cristo al joven del Evangelio es el mismo que tiene a cada uno de nosotros. No es un amor confinado en el pasado, no es un espejismo, no está reservado a pocos. Encontraréis este amor y experimentaréis toda su fecundidad si buscáis con sinceridad y vivís con empeño vuestra participación en la vida de la comunidad cristiana. Que cada uno se sienta «parte viva» de la Iglesia, implicado en la tarea de la evangelización, sin miedo, con un espíritu de sincera armonía con los hermanos en la fe y en comunión con los pastores, saliendo de una tendencia individualista

también al vivir la fe, para respirar a pleno pulmón la belleza de formar parte del gran mosaico de la Iglesia de Cristo.

Esta tarde, no puedo menos de señalarlos como modelo a un joven de vuestra ciudad, el beato Pier Giorgio Frassati, de cuya beatificación este año se cumple el vigésimo aniversario. Su existencia se vio envuelta totalmente por la gracia y por el amor de Dios, y se consumió, con serenidad y alegría, en el servicio apasionado a Cristo y a los hermanos. Joven como vosotros, vivió con gran empeño su formación cristiana y dio su testimonio de fe, sencillo y eficaz. Un muchacho fascinado por la belleza del Evangelio de las Bienaventuranzas, que experimentó toda la alegría de ser amigo de Cristo, de seguirlo, de sentirse de modo vivo parte de la Iglesia. Queridos jóvenes, tened el valor de elegir lo que es esencial en la vida. «Vivir y no ir tirando», repetía el beato Pier Giorgio Frassati. Como él, descubrid que vale la pena comprometerse por Dios y con Dios, responder a su llamada en las opciones fundamentales y en las cotidianas, incluso cuando cuesta.

El itinerario espiritual del beato Pier Giorgio Frassati recuerda que el camino de los discípulos de Cristo requiere el valor de salir de sí mismos, para seguir la senda del Evangelio. Este camino exigente del espíritu lo vivís en las parroquias y en las demás realidades eclesiales; lo vivís también en la peregrinación de las Jornadas mundiales de la juventud, cita siempre esperada. Sé que os

estáis preparando para el próximo gran encuentro, que tendrá lugar en Madrid en agosto de 2011. Deseo de corazón que este extraordinario acontecimiento, en el que espero que participéis en gran número, contribuya a hacer crecer en cada uno el entusiasmo y la fidelidad al seguir a Cristo y al acoger con alegría su mensaje, fuente de vida nueva.

Jóvenes de Turín y de Piamonte, sed testigos de Cristo en nuestro tiempo. Que la Sábana Santa sea de un modo muy particular para vosotros una invitación a imprimir en vuestro espíritu el rostro del amor de Dios, para que vosotros mismos seáis, en vuestros ambientes, con vuestros coetáneos, una expresión creíble del rostro de Cristo. Que María, a la que veneráis en vuestros santuarios marianos, y san Juan Bosco, patrono de la juventud, os ayuden a seguir a Cristo sin cansaros nunca. Y que os acompañen siempre mi oración y mi bendición, que os imparto con gran afecto. Gracias por vuestra atención.

***Meditación del Papa, Benedicto XVI,
durante la veneración de la Sábana
Santa***

Domingo, 2 de mayo de 2010.

Queridos amigos:

Éste es un momento muy esperado para mí. En otras varias ocasiones, he estado ante la Sábana Santa, pero ahora

vivo esta peregrinación y este momento con particular intensidad: quizá porque el paso de los años me hace todavía más sensible al mensaje de este extraordinario icono; quizá, y diría sobre todo, porque estoy aquí como Sucesor de Pedro y traigo en mi corazón a toda la Iglesia, más aún, a toda la humanidad. Doy gracias a Dios por el don de esta peregrinación y también por la oportunidad de compartir con vosotros una breve meditación, que me ha sugerido el subtítulo de esta solemne ostensión: «El misterio del Sábado Santo».

Se puede decir que la Sábana Santa es el icono de este misterio, icono del Sábado Santo. De hecho, es una tela sepulcral, que envolvió el cadáver de un hombre crucificado y que corresponde en todo a lo que nos dicen los Evangelios sobre Jesús, quien, crucificado hacia mediodía, expiró sobre las tres de la tarde. Al caer la noche, dado que era la Parasceve, es decir, la víspera del sábado solemne de Pascua, José de Arimatea, un rico y autorizado miembro del Sanedrín, pidió valientemente a Poncio Pilato que le permitiera sepultar a Jesús en su sepulcro nuevo, que había mandado excavar en la roca a poca distancia del Gólgota. Obtenido el permiso, compró una sábana y, después de bajar el cuerpo de Jesús de la cruz, lo envolvió con aquel lienzo y lo depuso en aquella tumba (cf. *Mc* 15, 42-46). Así lo refiere el Evangelio de san Marcos y con él concuerdan los demás evangelistas. Desde ese momento, Jesús permaneció en el sepulcro hasta

el alba del día después del sábado, y la Sábana Santa de Turín nos ofrece la imagen de cómo era su cuerpo depositado en el sepulcro durante ese tiempo, que cronológicamente fue breve (alrededor de día y medio), pero inmenso, infinito en su valor y significado.

El Sábado Santo es el día del ocultamiento de Dios, como se lee en una antigua homilía: «¿Qué es lo que hoy sucede? Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio y una gran soledad, porque el Rey duerme (...). Dios ha muerto en la carne y ha puesto en conmoción a los infiernos» (*Homilía sobre el Sábado Santo*: PG 43, 439). En el Credo, profesamos que Jesucristo «padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos».

Queridos hermanos y hermanas, en nuestro tiempo, especialmente después de atravesar el siglo pasado, la humanidad se ha hecho particularmente sensible al misterio del Sábado Santo. El escondimiento de Dios forma parte de la espiritualidad del hombre contemporáneo, de manera existencial, casi inconsciente, como un vacío en el corazón que ha ido haciéndose cada vez mayor. Al final del siglo XIX, Nietzsche escribió: «¡Dios ha muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado!». Esta famosa expresión, si se analiza bien, está tomada casi al pie de la letra de la tradición cristiana; con frecuencia la repetimos en el vía crucis, quizá sin darnos plenamente

cuenta de lo que decimos. Después de las dos guerras mundiales, de los *lagers* y de los *gulags*, de Hiroshima y Nagasaki, nuestra época se ha convertido cada vez más en un Sábado Santo: la oscuridad de este día interpela a todos los que se interrogan sobre la vida; y de manera especial nos interpela a los creyentes. También nosotros tenemos que afrontar esta oscuridad.

Y, sin embargo, la muerte del Hijo de Dios, de Jesús de Nazaret, tiene un aspecto opuesto, totalmente positivo, fuente de consuelo y de esperanza. Y esto me hace pensar en el hecho de que la Sábana Santa se comporta como un documento «fotográfico», dotado de un «positivo» y de un «negativo». Y, en efecto, es precisamente así: el misterio más oscuro de la fe es al mismo tiempo el signo más luminoso de una esperanza que no tiene confines. El Sábado Santo es la «tierra de nadie» entre la muerte y la resurrección, pero en esta «tierra de nadie» ha entrado Uno, el Único que la ha recorrido con los signos de su Pasión por el hombre: «*Passio Christi. Passio hominis*». Y la Sábana Santa nos habla exactamente de ese momento, es testigo precisamente de ese intervalo único e irrepetible en la historia de la humanidad y del universo, en el que Dios, en Jesucristo, compartió no sólo nuestro morir, sino también nuestra permanencia en la muerte. La solidaridad más radical.

En ese «tiempo más allá del tiempo», Jesucristo «descendió a los infiernos».

¿Qué significa esta expresión? Quiere decir que Dios, hecho hombre, llegó hasta el punto de entrar en la soledad máxima y absoluta del hombre, a donde no llega ningún rayo de amor, donde reina el abandono total sin ninguna palabra de consuelo: «los infiernos». Jesucristo, permaneciendo en la muerte, cruzó la puerta de esta soledad última para guiarnos también a nosotros a atravesarla con él. Todos hemos experimentado alguna vez una sensación espantosa de abandono, y lo que más miedo nos da de la muerte es precisamente esto, como de niños tenemos miedo a estar solos en la oscuridad y sólo la presencia de una persona que nos ama nos puede tranquilizar. Esto es precisamente lo que sucedió en el Sábado Santo: en el reino de la muerte resonó la voz de Dios. Sucedió lo impensable: es decir, el Amor penetró «en los infiernos»; incluso en la oscuridad máxima de la soledad humana más absoluta podemos escuchar una voz que nos llama y encontrar una mano que nos toma y nos saca afuera. El ser humano vive por el hecho de que es amado y puede amar; y si el amor ha penetrado incluso en el espacio de la muerte, entonces hasta allí ha llegado la vida. En la hora de la máxima soledad nunca estaremos solos: «*Passio Christi. Passio hominis*».

Éste es el misterio del Sábado Santo. Precisamente desde allí, desde la oscuridad de la muerte del Hijo de Dios, ha surgido la luz de una nueva esperanza: la luz de la Resurrección. Me parece

que al contemplar este sagrado lienzo con los ojos de la fe se percibe algo de esta luz. La Sábana Santa ha quedado sumergida en esa oscuridad profunda, pero es al mismo tiempo luminosa; y yo pienso que si miles y miles de personas vienen a venerarla, sin contar a quienes la contemplan a través de las imágenes, es porque en ella no ven sólo la oscuridad, sino también la luz; más que la derrota de la vida y del amor, ven la victoria, la victoria de la vida sobre la muerte, del amor sobre el odio; ciertamente ven la muerte de Jesús, pero entrevén su resurrección; en el seno de la muerte ahora palpita la vida, pues en ella habita el amor. Este es el poder de la Sábana Santa: del rostro de este «Varón de dolores», que carga sobre sí la pasión del hombre de todos los tiempos y lugares, incluso nuestras pasiones, nuestros sufrimientos, nuestras dificultades, nuestros pecados —«*Passio Christi. Passio hominis*»—, emana una solemne majestad, un señorío paradójico. Este rostro, estas manos y estos pies, este costado, todo este cuerpo habla, es en sí mismo una palabra que podemos escuchar en silencio ¿Cómo habla la Sábana Santa? Habla con la sangre, y la sangre es la vida. La Sábana Santa es un icono escrito con sangre; sangre de un hombre flagelado, coronado de espinas, crucificado y herido en el costado derecho. La imagen impresa en la Sábana Santa es la de un muerto, pero la sangre habla de su vida. Cada traza de sangre habla de amor y de vida. Especialmente la gran mancha cercana al costado, hecha

de la sangre y del agua que brotaron copiosamente de una gran herida provocada por un golpe de lanza romana, esa sangre y esa agua hablan de vida. Es como un manantial que susurra en el silencio y nosotros podemos oírlo, podemos escucharlo en el silencio del Sábado Santo.

Queridos amigos, alabemos siempre al Señor por su amor fiel y misericordioso. Al salir de este lugar santo, llevamos en los ojos la imagen de la Sábana Santa, llevamos en el corazón esta palabra de amor, y alabamos a Dios con una vida llena de fe, de esperanza y de caridad. Gracias.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante el encuentro con los
enfermos***

Iglesia de la Pequeña Casa de la Divina Providencia-Cottolengo. Domingo, 2 de mayo de 2010.

Señores cardenales; queridos hermanos y hermanas:

Deseo expresar a todos mi alegría y mi agradecimiento al Señor, que me ha traído hasta vosotros, a este lugar, donde de tantos modos y según un carisma particular se manifiestan la caridad y la Providencia del Padre celestial. Nuestro encuentro sintoniza muy bien con mi peregrinación a la Sábana Santa, en la que podemos leer todo el

drama del sufrimiento, pero también, a la luz de la resurrección de Cristo, el pleno significado que asume para la redención del mundo. Agradezco a don Aldo Sarotto las significativas palabras que me ha dirigido: a través de él mi agradecimiento se extiende a quienes trabajan en este lugar, la Pequeña Casa de la Divina Providencia, como quiso llamarla san José Benito Cottolengo. Saludo con reconocimiento a las tres familias religiosas nacidas del corazón de Cottolengo y de la «creatividad» del Espíritu Santo. Gracias a todos vosotros, queridos enfermos, que sois el tesoro precioso de esta casa y de esta Obra.

Como quizá sabéis, durante la audiencia general del pasado miércoles, junto a la figura de san Leonardo Murialdo presenté también el carisma y la obra de vuestro fundador. Sí, él fue un verdadero paladín de la caridad, cuyas iniciativas, como árboles frondosos, están ante nuestros ojos y bajo la mirada del mundo. Releyendo los testimonios de la época, vemos que no fue fácil para Cottolengo comenzar su empresa. Las numerosas actividades de asistencia presentes en el territorio a favor de los más necesitados no bastaban para sanar la plaga de la pobreza que affligía la ciudad de Turín. San Cottolengo intentó dar una respuesta a esta situación, acogiendo a las personas con dificultades y privilegiando a quienes otros no acogían ni cuidaban. El primer núcleo de la Casa de la Divina Providencia no tuvo una vida fácil y no duró mucho

tiempo. En 1832, en el barrio de Valdocco, vio la luz una nueva estructura, también con la ayuda de algunas familias religiosas.

San Cottolengo, aunque en su vida pasó por momentos dramáticos, mantuvo siempre una serena confianza frente a los acontecimientos; atento a captar los signos de la paternidad de Dios, reconoció en todas las situaciones su presencia y su misericordia y, en los pobres, la imagen más amable de su grandeza. Lo impulsaba una convicción profunda: «Los pobres son Jesús —decía—; no son una imagen suya. Son Jesús en persona y como tales hay que servirlos. Todos los pobres son nuestros dueños, pero estos que son tan repugnantes al ojo material son nuestros máximos dueños, son nuestras verdaderas perlas. Si no los tratamos bien, nos echan de la Pequeña Casa. Ellos son Jesús». San José Benito Cottolengo sintió el impulso de comprometerse por Dios y por el hombre, movido en lo profundo del corazón por la palabra del apóstol san Pablo: «La caridad de Cristo nos apremia» (2 Co 5, 14). Quiso traducirla en entrega total al servicio de los más pequeños y olvidados. Principio fundamental de su obra fue, desde el inicio, el ejercicio de la caridad cristiana con todos, que le permitía reconocer en cada hombre, aunque estuviera al margen de la sociedad, una gran dignidad. Había comprendido que quien sufre y padece rechazo tiende a encerrarse, a aislarse y a manifestar desconfianza hacia la vida misma. Por

eso, hacerse cargo de tantos sufrimientos humanos significaba, para nuestro santo, crear relaciones de cercanía afectiva, familiar y espontánea, dando vida a estructuras que pudieran favorecer esta cercanía, con el estilo de familia que sigue existiendo todavía hoy.

Para san José Benito Cottolengo recuperar la dignidad personal quería decir restablecer y valorar todo lo humano: las necesidades fundamentales psico-sociales, morales y espirituales, así como la rehabilitación de las funciones físicas y la búsqueda de un sentido para la vida, llevando a la persona a sentirse todavía parte viva de la comunidad eclesial y del tejido social. Estamos agradecidos a este gran apóstol de la caridad porque, visitando estos lugares, encontrando el sufrimiento diario en los rostros y en los miembros de tantos hermanos y hermanas nuestros acogidos aquí como en su casa, experimentamos el valor y el significado más profundo del sufrimiento y del dolor.

Queridos enfermos, vosotros realizáis una obra importante: viviendo vuestros sufrimientos en unión con Cristo crucificado y resucitado, participáis en el misterio de su sufrimiento para la salvación del mundo. Ofreciendo nuestro dolor a Dios por medio de Cristo, podemos colaborar en la victoria del bien sobre el mal, porque Dios hace fecundo nuestro ofrecimiento, nuestro acto de amor. Queridos hermanos y hermanas, todos los que estáis aquí, cada uno según lo que le corresponde: no os sin-

táis extraños al destino del mundo; más bien sentíos teselas preciosas de un hermosísimo mosaico que Dios, gran artista, va formando día tras día, también mediante nuestra contribución. Cristo, que murió en la cruz para salvarnos, se dejó clavar en aquel madero para que de ese signo de muerte floreciera la vida en todo su esplendor. Esta Casa es uno de los frutos maduros nacidos de la cruz y de la resurrección de Cristo, y manifiesta que el sufrimiento, el mal, la muerte no tienen la última palabra, porque de la muerte y del sufrimiento puede resurgir la vida. Lo ha testimoniado de modo ejemplar uno de vosotros, a quien quiero recordar: el venerable fray Luigi Bordino, estupenda figura de religioso enfermero.

Así pues, en este lugar, comprendemos mejor que, si Cristo en su Pasión asumió la pasión del hombre, nada se perderá. El mensaje de esta solemne ostensión de la Sábana Santa: «*Passio Christi, Passio hominis*», se comprende aquí de modo particular. Pidamos al Señor crucificado y resucitado que ilumine nuestra peregrinación cotidiana con la luz de su Rostro; que ilumine nuestra vida, el presente y el futuro, el dolor y la alegría, las fatigas y las esperanzas de toda la humanidad. Invocando la intercesión de María Virgen y de san José Benito Cottolengo, os imparto de corazón a todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, mi bendición: que os conforte y os consuele en las pruebas y os obtenga toda gracia que viene de Dios, autor y dador de todo don perfecto. Gracias.

VIAJES APOSTÓLICOS - PORTUGAL EN EL 10º ANIVERSARIO DE LA BEATIFICACIÓN DE JACINTA Y FRANCISCO, PASTORCILLOS DE FÁTIMA. 11-14 DE MAYO DE 2010

Palabras del Papa, Benedicto XVI, a los periodistas durante el vuelo hacia Portugal

Martes 11 de mayo de 2010

Padre Lombardi.- Santidad, ¿qué preocupaciones y sentimientos tiene respecto a la situación de la Iglesia en Portugal? ¿Qué se puede decir a Portugal, profundamente católico en el pasado y que ha llevado la fe por el mundo, pero hoy en vías de profunda secularización, tanto en la vida cotidiana como en el ámbito jurídico y cultural? ¿Cómo anunciar la fe en un contexto indiferente y hostil a la Iglesia?

Papa.- Ante todo, buenos días a todos y esperemos un buen viaje, no obstante la famosa nube bajo la cual estamos. Por lo que se refiere a Portugal, tengo sólo sentimientos de alegría, de gratitud, por todo lo que ha hecho y hace este país en el mundo y en la historia, y por la honda humanidad de este pueblo, que he podido conocer en una visita y con tantos amigos portugueses. Diría que es verdad, muy cierto, que Portugal ha sido una gran fuerza de la fe católica; ha llevado esta fe, a todas las partes del mundo; una fe valiente, inteligente y creativa. Ha sabido crear mucha cultura, como vemos en Brasil y en Portugal mismo, así como en la presencia del espíritu por-

tugués en África o en Asia. Por otro lado, la presencia del secularismo no es algo totalmente nuevo. La dialéctica entre secularismo y fe tiene una larga historia en Portugal. Ya en el s. XVIII hay una fuerte presencia de la Ilustración; baste pensar en el nombre Pombal. Así, pues, vemos que Portugal ha siempre vivido en estos siglos en la dialéctica que, naturalmente, ahora se ha radicalizado y se manifiesta con todos los signos del espíritu europeo de hoy. Y eso me parece un desafío, y también una gran posibilidad. En estos siglos de dialéctica entre Ilustración, secularismo y fe, nunca han faltado quienes han querido tender puentes y crear un diálogo, aunque, lamentablemente, la tendencia dominante ha sido la de la contraposición y la exclusión uno del otro. Hoy vemos que precisamente esta dialéctica es una *chance*, que hemos de encontrar una síntesis y un diálogo profundo y de vanguardia. En la situación multicultural en la que todos estamos, se ve que una cultura europea que fuera únicamente racionalista no tendría la dimensión religiosa trascendente, no estaría en condiciones de entablar un diálogo con las grandes culturas de la humanidad, que tienen todas ellas esta dimensión religiosa trascendente, que es una dimensión del ser humano. Por tanto, pensar que hay sólo una razón pura, antihistórica, sólo existente en sí misma, y que ésta

sería «la» razón, es un error; descubrimos cada vez más que toca sólo una parte del hombre, expresa una cierta situación histórica, pero no es la razón en cuanto tal. La razón, como tal, está abierta a la trascendencia y sólo en el encuentro entre la realidad trascendente, la fe y la razón, el hombre se encuentra a sí mismo. Por tanto, pienso que precisamente el cometido y la misión de Europa en esta situación es encontrar este diálogo, integrar la fe y la racionalidad moderna en una única visión antropológica, que completa el ser humano y que hace así también comunicables las culturas humanas. Por eso, diría que la presencia del secularismo es algo normal, pero la separación, la contraposición entre secularismo y cultura de la fe es anómala y debe ser superada. El gran reto de este momento es que ambos se encuentren y, de este modo, encuentren su propia identidad. Como he dicho, ésta es una misión de Europa y una necesidad humana de esta historia nuestra.

Padre Lombardi.- Gracias, Santidad, sigamos entonces con el tema de Europa. La crisis económica se ha agravado recientemente en Europa y afecta particularmente también a Portugal. Algunos líderes europeos piensan que el futuro de la Unión Europea está en peligro. ¿Qué lección se puede aprender de esta crisis, también en el plano ético y moral? ¿Cuáles son las claves para consolidar la unidad y la cooperación de los países europeos en el futuro?

Papa.- Diría que precisamente esta crisis económica, con su componente moral, que nadie puede dejar de ver, es un caso de aplicación, de concretización de lo que he dicho antes, es decir, que dos corrientes culturales separadas deben encontrarse; de otro modo no encontramos el camino hacia el futuro. Vemos también aquí un falso dualismo, esto es, un positivismo económico que piensa poderse realizar sin la componente ética, un mercado que sería regulado solamente por sí mismo, por las meras fuerzas económicas, por la racionalidad positivista y pragmática de la economía; la ética sería otra cosa, extraña a esto. En realidad, ahora vemos que un puro pragmatismo económico, que prescinde de la realidad del hombre —que es un ser ético— no concluye positivamente, sino que crea problemas insolubles. Por eso, ahora es el momento de ver cómo la ética no es algo externo, sino interno a la racionalidad y al pragmatismo económico. Por otro lado, hemos de confesar también que la fe católica, cristiana, era con frecuencia demasiado individualista, dejaba las cosas concretas, económicas, al mundo, y pensaba sólo en la salvación individual, en los actos religiosos, sin ver que éstos implican una responsabilidad global, una responsabilidad respecto al mundo. Por tanto, también aquí hemos de entablar un diálogo concreto. En mi encíclica *Caritas in veritate* —y toda la tradición de la Doctrina social de la Iglesia va en este sentido— he tratado de ampliar el aspecto ético y de la fe más allá del in-

dividuo, a la responsabilidad respecto al mundo, a una racionalidad «perfor-
mada» de la ética. Por otra parte, lo que ha sucedido en el mercado en estos últimos dos o tres años ha mostrado que la dimensión ética es interna y debe entrar dentro de la actividad económica, porque el hombre es uno y se trata del hombre, de una antropología sana, que implica todo, y sólo así se resuelve el problema, sólo así Europa desarrolla y cumple su misión.

Padre Lombardi.- Gracias. Hablemos ahora de Fátima, donde tendrá lugar un poco el culmen también espiritual de este viaje. Santidad, ¿qué significado tienen para nosotros las apariciones de Fátima? Cuando usted presentó el texto del tercer secreto de Fátima en la Sala de Prensa Vaticana, en junio de 2000, estábamos varios de nosotros y otros colegas de entonces, y se le preguntó si el mensaje podía extenderse, más allá del atentado a Juan Pablo II, también al sufrimiento de los Papas. Según usted, ¿es posible encuadrar igualmente en aquella visión el sufrimiento de la Iglesia de hoy, por los pecados de abusos sexuales de los menores?

Papa.- Ante todo, quisiera expresar mi alegría de ir a Fátima, de rezar ante la Virgen de Fátima, que para nosotros es un signo de la presencia de la fe, que precisamente de los pequeños nace una nueva fuerza de la fe, que no se reduce a los pequeños, sino que tiene un mensaje para todo el mundo y toca

la historia precisamente en su presente e ilumina esta historia. En 2000, en la presentación, dije que una aparición, es decir, un impulso sobrenatural, que no proviene solamente de la imaginación de la persona, sino en realidad de la Virgen María, de lo sobrenatural, que un impulso de este tipo entra en un sujeto y se expresa en las posibilidades del sujeto. El sujeto está determinado por sus condiciones históricas, personales, temperamentales y, por tanto, traduce el gran impulso sobrenatural según sus posibilidades de ver, imaginar, expresar; pero en estas expresiones articuladas por el sujeto se esconde un contenido que va más allá, más profundo, y sólo en el curso de la historia podemos ver toda la hondura, que estaba, por decirlo así, «vestida» en esta visión posible a las personas concretas. De este modo, diría también aquí que, además de la gran visión del sufrimiento del Papa, que podemos referir al Papa Juan Pablo II en primera instancia, se indican realidades del futuro de la Iglesia, que se desarrollan y se muestran paulatinamente. Por eso, es verdad que además del momento indicado en la visión, se habla, se ve la necesidad de una pasión de la Iglesia, que naturalmente se refleja en la persona del Papa, pero el Papa está por la Iglesia y, por tanto, son sufrimientos de la Iglesia los que se anuncian. El Señor nos ha dicho que la Iglesia tendría que sufrir siempre, de diversos modos, hasta el fin del mundo. Lo importante es que el mensaje, la respuesta de Fátima, no tiene que ver sustancialmente

con devociones particulares, sino con la respuesta fundamental, es decir, la conversión permanente, la penitencia, la oración, y las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. De este modo, vemos aquí la respuesta verdadera y fundamental que la Iglesia debe dar, que nosotros, cada persona, debemos dar en esta situación. La novedad que podemos descubrir hoy en este mensaje reside en el hecho de que los ataques al Papa y a la Iglesia no sólo vienen de fuera, sino que los sufrimientos de la Iglesia proceden precisamente de dentro de la Iglesia, del pecado que hay en la Iglesia. También esto se ha sabido siempre, pero hoy lo vemos de modo realmente tremendo: que la mayor persecución de la Iglesia no procede de los enemigos externos, sino que nace del pecado en la Iglesia y que la Iglesia, por tanto, tiene una profunda necesidad de volver a aprender la penitencia, de aceptar la purificación, de aprender, de una parte, el perdón, pero también la necesidad de la justicia. El perdón no sustituye la justicia. En una palabra, debemos volver a aprender estas cosas esenciales: la conversión, la oración, la penitencia y las virtudes teologales. De este modo, respondemos, somos realistas al esperar que el mal ataca siempre, ataca desde el interior y el exterior, pero también que las fuerzas del bien están presentes y que, al final, el Señor es más fuerte que el mal, y la Virgen para nosotros es la garantía visible y materna de la bondad de Dios, que es siempre la última palabra de la historia.

Padre Lombardi.- Gracias, Santidad, por la claridad, por la profundidad de sus respuestas y por esta palabra final de esperanza que nos ha ofrecido. Le deseamos sinceramente que este viaje tan intenso se desarrolle serenamente y que pueda llevarlo a cabo con toda la alegría y profundidad espiritual que el encuentro con el misterio de Fátima nos inspira. Buen viaje a usted, e intentaremos hacer bien nuestro servicio y difundir objetivamente lo que usted haga.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el recibimiento oficial

Aeropuerto internacional de Lisboa. Martes, 11 de mayo de 2010.

Señor Presidente de la República, Ilustres Autoridades de la Nación, Venerados Hermanos en el Episcopado, Señoras y Señores

Hasta ahora no me había sido posible aceptar las amables invitaciones del Señor Presidente y de mis Hermanos Obispos para visitar esta amada y antigua Nación, que conmemora este año el Centenario de la proclamación de la República. Al pisar por vez primera su suelo desde que la divina Providencia me llamó a la Sede de Pedro, me siento honrado y agradecido por la presencia deferente y la acogida que todos ustedes me dispensan. Le agradezco, Señor Presidente, sus cordiales

palabras de bienvenida, interpretando los sentimientos y anhelos del querido pueblo portugués. A todos, independientemente de su fe y religión, les dirijo mi saludo afectuoso, especialmente a quienes no hayan podido venir a este encuentro. Vengo como peregrino de Nuestra Señora de Fátima, investido por el Altísimo con la misión de confirmar a mis hermanos que peregrinan en su camino hacia el cielo.

En los albores de su Nación, el pueblo portugués se dirigió al Sucesor de Pedro esperando en su arbitraje para ver reconocida su propia independencia nacional; más tarde, un Predecesor mío, distinguió a Portugal, en la persona de su Rey, con el título de fidelísimo (cf. Pío II, Bula *Dum tuam*, 25 enero de 1460), por los elevados y prolongados servicios a la causa del Evangelio. Lo que ocurrió hace ya 93 años fue un amoroso designio de Dios, cuando el cielo se abrió precisamente en Portugal —como una ventana de esperanza que Dios abre cuando el hombre le cierra la puerta— para restaurar, en el seno de la familia humana, los vínculos de la solidaridad fraterna que se basan en el recíproco reconocimiento del mismo y único Padre; no depende del Papa, ni de ninguna otra autoridad eclesial: “No fue la Iglesia que impuso Fátima —diría el Cardenal Manuel Cerejeira, de venerada memoria—, sino que fue Fátima, la que se impuso a la Iglesia”.

La Virgen María bajó del cielo para recordarnos verdades del evangelio que

son una fuente de esperanza para una humanidad, fría de amor y sin esperanza de salvación. Naturalmente, esta esperanza tiene, como primera y radical dimensión, no la relación horizontal, sino la vertical y trascendente. La relación con Dios es constitutiva del ser humano, que ha sido creado por Dios y destinado a Dios: por su propia estructura cognitiva busca la verdad, tiende al bien en la esfera volitiva, y en la dimensión estética es atraído por la belleza. La conciencia es cristiana en la medida en que se abre a la plenitud de la vida y de la sabiduría, que tenemos en Jesucristo. La visita, que ahora inicio bajo el signo de la esperanza, pretende ser una propuesta de sabiduría y de misión.

El justo ordenamiento de la sociedad deriva de una visión sapiencial de la vida y del mundo. Radicada en la historia, la Iglesia está abierta a colaborar con quien no excluye ni reduce al ámbito privado la esencial consideración del sentido humano de la vida. No se trata de una confrontación ética entre un sistema laico y un sistema religioso, sino de una cuestión de sentido, al cual se confía la propia libertad. El punto clave es el valor que se atribuye a la cuestión del sentido y a su implicación en la vida pública. El paso a la república, que se llevó a cabo en Portugal hace un siglo, ha establecido, con la distinción entre la Iglesia y el Estado, un nuevo espacio de libertad para la Iglesia, formalizado en los dos Concordatos de 1940 y 2004, en contextos

culturales y perspectivas eclesiales muy marcados por rápidos cambios. Los sufrimientos causados por las transformaciones han sido afrontados generalmente con valentía. Vivir en la pluralidad de sistemas de valores y de cuadros éticos requiere un viaje al centro del propio yo y al núcleo del cristianismo para reforzar la calidad del testimonio hasta la santidad, para encontrar caminos de misión hasta la radicalidad del martirio.

Queridos hermanos y amigos portugueses, os agradezco de nuevo vuestra cordial bienvenida. Que Dios bendiga a cuantos os encontráis aquí y a todos los habitantes de esta noble y amada Nación, que confío a Nuestra Señora de Fátima, imagen sublime del amor de Dios que abraza a todos como hijos.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Santa Misa en Lisboa***

*Terreiro do Paço de Lisboa. Martes,
11 de mayo de 2010.*

Queridos hermanos y hermanas, jóvenes amigos

«Id y haced discípulos de todos los pueblos, [...] enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Estas palabras de Cristo resu-

citado tienen un significado particular en esta ciudad de Lisboa, de donde han salido numerosas generaciones de cristianos – obispos, sacerdotes, personas consagradas y laicos, hombres y mujeres, jóvenes y menos jóvenes – obedeciendo a la llamada del Señor y armados simplemente con esta certeza que Él les dejó: «Yo estoy con vosotros todos los días». Portugal se ha ganado un puesto glorioso entre las naciones por el servicio prestado a la difusión de la fe: en las cinco partes del mundo, hay Iglesias particulares nacidas gracias a la acción misionera portuguesa.

En tiempos pasados, vuestro ir en busca de otros pueblos no ha impedido ni destruido los vínculos con lo que erais y creáis, más aún, habéis logrado transplantar experiencias y particularidades con sabiduría cristiana, abriéndolos a las aportaciones de los demás para ser vosotros mismos, en una aparente debilidad que es fuerza. Hoy, al participar en la construcción de la Comunidad Europea, lleváis la contribución de vuestra identidad cultural y religiosa. En efecto, Jesucristo, del mismo modo que se unió a los discípulos en el camino de Emaús, camina también con nosotros según su promesa: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo». Aunque de modo diferente a los Apóstoles, también nosotros tenemos una experiencia auténtica y personal de la presencia del Señor resucitado. Se supera la distancia de los siglos, y el Resucitado se ofrece vivo y operante por medio de nosotros en el

hoy de la Iglesia y del mundo. Ésta es nuestra gran alegría. En el caudal vivo de la Tradición de la Iglesia, Cristo no está a dos mil años de distancia, sino que está realmente presente entre nosotros y nos da la Verdad, nos da la Luz que nos hace vivir y encontrar el camino hacia el futuro.

Está presente en su Palabra, en la asamblea del Pueblo de Dios con sus Pastores y, de modo eminente, Jesús está con nosotros aquí en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. Saludo al Señor Cardenal Patriarca de Lisboa, a quien agradezco las amables palabras que me ha dirigido al comienzo de la celebración, en nombre de su comunidad, que me acoge y que abrazo con sus casi dos millones de hijos e hijas. Dirijo un saludo fraterno y amistoso a todos los presentes, queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos consagrados, consagradas y laicos comprometidos, queridas familias, queridos jóvenes, catecúmenos y bautizados, y que extendiendo a los que se unen a nosotros mediante la radio y la televisión. Agradezco cordialmente al Señor Presidente de la República por su presencia, y a las demás autoridades, con una mención especial del Alcalde de Lisboa, que ha tenido la amabilidad de honrarme con la entrega de las llaves de la ciudad.

Lisboa amiga, puerto y refugio de tantas esperanzas que ponía en ti quien partía, y que albergaba quien te visitaba; me gustaría usar hoy estas llaves que

me has entregado para que puedas fundar tus esperanzas humanas en la divina Esperanza. En la lectura que acabamos de proclamar, tomada de la primera Carta de San Pedro, hemos oído: «Yo coloco en Sión una piedra angular, escogida y preciosa; el que crea en ella no quedará defraudado». Y el Apóstol explica: Acercaos al Señor, «la piedra viva desechada por los hombres, pero escogida y preciosa ante Dios» (1 P 2,6.4). Hermanos y hermanas, quien cree en Jesús no quedará defraudado; esto es Palabra de Dios, que no se engaña ni puede engañarnos. Palabra confirmada por una «muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas», y que el autor del Apocalipsis ha visto «vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos» (Ap 7,9). En esta innumerable multitud, no están sólo los santos Verísimo, Máxima y Julia, martirizados aquí en la persecución de Diocleciano, o san Vicente, diácono y mártir, patrón principal del Patriarcado, san Antonio y san Juan de Brito, que salieron de aquí para sembrar la buena semilla de Dios en otras tierras y pueblos, o san Nuño de Santa María, que he inscrito en el libro de los santos hace algo más de un año. De ella forman parte también los «siervos de nuestro Dios» de todo tiempo y lugar, que llevan marcada su frente con el signo de la cruz, con el sello «de Dios vivo» (Ap 7,2), el Espíritu Santo. Éste es el rito inicial que se ha realizado en cada uno de nosotros en el Bautismo, sacramento por el que la Iglesia da a luz a los «santos».

Sabemos que no le faltan hijos reacios e incluso rebeldes, pero es en los santos donde la Iglesia reconoce sus propios rasgos característicos y, precisamente en ellos, saborea su alegría más profunda. Todos tienen en común el deseo de encarnar el Evangelio en su existencia, bajo el impulso del eterno animador del Pueblo de Dios, que es el Espíritu Santo. Al fijar la mirada sobre sus propios santos, esta Iglesia particular ha llegado a la conclusión de que la prioridad pastoral de hoy es hacer de cada hombre y mujer cristianos una presencia radiante de la perspectiva evangélica en medio del mundo, en la familia, la cultura, la economía y la política. Con frecuencia, nos preocupamos afanosamente por las consecuencias sociales, culturales y políticas de la fe, dando por descontado que hay fe, lo cual, lamentablemente, es cada vez menos realista. Se ha puesto una confianza tal vez excesiva en las estructuras y en los programas eclesiales, en la distribución de poderes y funciones, pero ¿qué pasaría si la sal se volviera insípida?

Para que esto no ocurra, es necesario anunciar de nuevo con vigor y alegría el acontecimiento de la muerte y resurrección de Cristo, corazón del cristianismo, el núcleo y fundamento de nuestra fe, recio soporte de nuestras certezas, viento impetuoso que disipa todo miedo e indecisión, cualquier duda y cálculo humano. La resurrección de Cristo nos asegura que ningún poder adverso podrá jamás destruir la Iglesia. Así, pues, nuestra fe tiene fun-

damento, pero hace falta que esta fe se haga vida en cada uno de nosotros. Por tanto, se ha de hacer un gran esfuerzo capilar para que todo cristiano se convierta en un testigo capaz de dar cuenta siempre y a todos de la esperanza que lo anima (cf. *1 P* 3,15). Sólo Cristo puede satisfacer plenamente los anhelos más profundos del corazón humano y dar respuesta a sus interrogantes que más le inquietan sobre el sufrimiento, la injusticia y el mal, sobre la muerte y la vida del más allá.

Queridos hermanos y jóvenes amigos, Cristo está siempre con nosotros y camina siempre con su Iglesia, la acompaña y la protege, como Él nos dijo: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (*Mt* 28,20). Nunca dudéis de su presencia. Buscad siempre al Señor Jesús, creed en la amistad con Él, recibidlo en la comunión. Aprended a escuchar su palabra y a reconocerlo también en los pobres. Vivid vuestra existencia con alegría y entusiasmo, seguros de su presencia y su amistad gratuita, generosa, fiel hasta la muerte de cruz. Dad testimonio a todos de la alegría por su presencia, fuerte y suave, comenzando por vuestros coetáneos. Decidles que es hermoso ser amigo de Jesús y que vale la pena seguirlo. Mostrad con vuestro entusiasmo que, de las muchas formas de vivir que el mundo parece ofrecernos hoy – aparentemente todas del mismo nivel –, la única en la que se encuentra el verdadero sentido de la vida y, por tanto, la alegría auténtica y duradera, es siguiendo a Jesús.

Buscad cada día la protección de María, Madre del Señor y espejo de toda santidad. Ella, la toda Santa, os ayudará a ser fieles discípulos de su Hijo Jesucristo.

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
en el 50º Aniversario de la
fundación del Santuario del Cristo
Rey de Almada***

*Terreiro do Paço – Lisboa. Martes, 11
de mayo de 2010.*

Queridos hermanos y hermanas:

En estos momentos, dirijo la mirada a la otra orilla del Tajo, donde se encuentra el monumento a Cristo Rey, casi en la clausura de las celebraciones de su 50 aniversario. Ante la imposibilidad de visitar el santuario –como quería Mons. Gilberto, Obispo de Setúbal–, quisiera indicar aquí a las nuevas generaciones los ejemplos de esperanza en Dios y la lealtad al voto que se le hizo, y que los obispos y los fieles de entonces nos han dejado esculpidos en el monumento, como signo de amor y reconocimiento por preservar la paz en Portugal. Desde allí, la imagen de Cristo extiende los brazos a todo Portugal, como si quisiera recordarle la Cruz en la que Jesús ha alcanzado la paz del universo y se ha manifestado como Rey y siervo, porque es el verdadero Salvador de la humanidad.

Que, como santuario, sea cada vez más un lugar donde todos los creyentes verifiquen cómo los criterios del Reino de Cristo han sido impresos en su vida de consagración bautismal, para promover la edificación del amor, la justicia y la paz, interviniendo en la sociedad en favor de los pobres y oprimidos, para centrar la espiritualidad de las comunidades cristianas en Cristo, Señor y juez de la historia.

Imploro abundantes bendiciones del cielo, creadoras de esperanza y de paz duradera en los corazones, las familias y la sociedad, sobre todos los que trabajan y sirven en el Santuario de Cristo Rey, sobre sus peregrinos y todos los diocesanos de Setúbal.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante el encuentro con el mundo
de la cultura***

*Centro Cultural de Belém – Lisboa.
Miércoles, 12 de mayo de 2010.*

*Queridos hermanos en el episcopado,
ilustres cultivadores del pensamiento, la
ciencia y el arte, queridos amigos:*

Siento una gran alegría al ver aquí reunido el conjunto multiforme de la cultura portuguesa, que de manera tan digna representáis: mujeres y hombres empeñados en la investigación y edificación de los varios saberes. Expreso a todos el testimonio de mi más alta

estima y consideración, reconociendo la importancia de lo que hacéis y de lo que sois. El Gobierno, representado aquí por la Señora Ministra de Cultura, y a la que dirijo mi deferente y grato saludo, se preocupa por las prioridades nacionales del mundo de la cultura, con los oportunos incentivos. Doy las gracias a todos los que han hecho posible este encuentro nuestro, en particular a la Comisión Episcopal de la Cultura, con su Presidente, Mons. Manuel Clemente, a quien agradezco las palabras de cordial acogida y la presentación de la realidad polifónica de la cultura portuguesa, representada aquí por algunos de sus mejores protagonistas, y de cuyos sentimientos y expectativas se ha hecho portavoz el cineasta Manoel de Oliveira, de venerable edad y trayectoria, y a quien saludo con admiración y afecto, al mismo tiempo que le agradezco las palabras que me ha dirigido, y en las que ha dejado entrever las ansias y disposiciones del alma portuguesa en medio de las turbulencias de la sociedad actual.

En efecto, en la cultura de hoy se refleja una “tensión” entre el presente y la tradición, que a veces adquiere forma de “conflicto”. La dinámica de la sociedad absolutiza el presente, aislándolo del patrimonio cultural del pasado y sin la intención de proyectar un futuro. Pero, una valorización del “presente” como fuente de inspiración del sentido de la vida, tanto individual como social, se enfrenta con la fuerte tradición cultural del pueblo portu-

gués, profundamente marcada por el influjo milenar del cristianismo, y con un sentido de responsabilidad global, confirmada en la aventura de los descubrimientos y en el celo misionero, compartiendo la fe con otros pueblos. Los ideales cristianos de universalidad y fraternidad inspiraron esta aventura común, aunque también se sintió la influencia del iluminismo y del laicismo. Esta tradición dio origen a lo que podíamos llamar una “sabiduría”, es decir, un sentido de la vida y de la historia, del que formaban parte un universo ético y un “ideal” que cumplir por parte de Portugal, que siempre ha procurado relacionarse con el resto del mundo.

La Iglesia aparece como la gran defensora de una sana y elevada tradición, cuya rica aportación está al servicio de la sociedad; ésta sigue respetando y apreciando su servicio al bien común, pero se aleja de la mencionada “sabiduría” que forma parte de su patrimonio. Este “conflicto” entre la tradición y el presente se expresa en la crisis de la verdad, pero sólo ésta puede orientar y trazar el rumbo de una existencia lograda, como individuo o como pueblo. De hecho, un pueblo que deja de saber cuál es su propia verdad, acaba perdiéndose en el laberinto del tiempo y de la historia, sin valores bien definidos, sin grandes objetivos claramente enunciados. Queridos amigos, queda por hacer un gran esfuerzo para aprender la forma en que la Iglesia se sitúa en el mundo, ayudando a la sociedad a

entender que el anuncio de la verdad es un servicio que ella le ofrece, abriendo horizontes nuevos de futuro, grandeza y dignidad. En efecto, la Iglesia tiene «una misión de verdad que cumplir en todo tiempo y circunstancia a favor de una sociedad a medida del hombre, de su dignidad y de su vocación. [...] La fidelidad al hombre exige la fidelidad a la verdad, que es la única garantía de libertad (cf. *Jn* 8,32) y de la posibilidad de un desarrollo humano integral. Por eso, la Iglesia la busca, la anuncia incansablemente y la reconoce allí donde se manifieste. Para la Iglesia, esta misión de verdad es irrenunciable» (Enc. *Caritas in veritate*, 9). Para una sociedad formada mayoritariamente por católicos, y cuya cultura ha sido profundamente marcada por el cristianismo, resulta dramático intentar encontrar la verdad fuera de Jesucristo. Para nosotros, cristianos, la Verdad es divina; es el “*Logos*” eterno, que tomó expresión humana en Jesucristo, que pudo afirmar con objetividad: «Yo soy la verdad» (*Jn* 14,6). La convivencia de la Iglesia, con su firme adhesión al carácter perenne de la verdad, con el respeto por otras “verdades”, o con la verdad de otros, es algo que la misma Iglesia está aprendiendo. En este respeto dialogante se pueden abrir puertas nuevas para la transmisión de la verdad.

«La Iglesia —escribía el Papa Pablo VI— debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio» (Enc.

Ecclesiam suam, 34). En efecto, el diálogo sin ambages, y respetuoso de las partes implicadas en él, es una prioridad hoy en el mundo, y en la que la Iglesia se siente comprometida. Una prueba de ello es la presencia de la Santa Sede en los diversos organismos internacionales, como por ejemplo en el Centro Norte-Sur del Consejo de Europa, instituido aquí en Lisboa hace 20 años, y que tiene como piedra angular el diálogo intercultural, con el fin de promover la cooperación entre Europa, el Sur del Mediterráneo y África, y construir una ciudadanía mundial fundada sobre los derechos humanos y la responsabilidad de los ciudadanos, con independencia de su origen étnico o pertenencia política, y respetuoso de las creencias religiosas. Teniendo en cuenta la diversidad cultural, es preciso lograr que las personas no sólo acepten la existencia de la cultura del otro, sino que aspiren también a enriquecerse con ella y a ofrecerle lo que se tiene de bueno, de verdadero y de bello.

Éste es un momento que exige lo mejor de nuestras fuerzas, audacia profética y, como diría vuestro Poeta nacional, «mostrar al mundo nuevos mundos» (Luís de Camões, *Os Lusíadas*, II, 45). Vosotros, trabajadores de la cultura en cualquiera de sus formas, creadores de pensamiento y de opinión, «gracias a vuestro talento, tenéis la posibilidad de hablar al corazón de la humanidad, de tocar la sensibilidad individual y colectiva, de suscitar sueños y esperanzas, de ensanchar los horizon-

tes del conocimiento y del compromiso humano. [...] Y no tengáis miedo de confrontaros con la fuente primera y última de la belleza, de dialogar con los creyentes, con quienes como vosotros se sienten peregrinos en el mundo y en la historia hacia la Belleza infinita» (*Discurso a los artistas*, 21-11-2009).

Precisamente, con el fin de «infundir en las venas de la humanidad actual la virtud perenne, vital y divina del Evangelio» (Juan XXIII, Const. ap. *Humanae salutis*, 3), se celebró el Concilio Vaticano II, en el que la Iglesia, a partir de una renovada conciencia de la tradición católica, toma en serio y discierne, transfigura y trasciende las críticas que están en la base de las fuerzas que caracterizaron la modernidad, o sea la Reforma y el Iluminismo. Así, la Iglesia, por sí misma, acogía y recreaba lo mejor de las instancias de la modernidad, pero por un lado superándolas y, por otro, evitando sus errores y veredas que no tienen salida. El evento conciliar puso las premisas de una auténtica renovación católica y de una nueva civilización, la “civilización del amor”, como servicio evangélico al hombre y a la sociedad.

Queridos amigos, la Iglesia considera su misión prioritaria en la cultura actual mantener despierta la búsqueda de la verdad y, consecuentemente, de Dios; llevar a las personas a mirar más allá de las cosas penúltimas y ponerse a la búsqueda de las últimas. Os invito a profundizar en el conocimiento de

Dios, del mismo modo que él se ha revelado en Jesucristo para nuestra plena realización. Haced cosas bellas, pero, sobre todo, convertir vuestras vidas en lugares de belleza. Que interceda por vosotros Santa María de Belén, venerada desde siglos por los navegantes del océano y hoy por los navegantes del Bien, la Verdad y la Belleza.

Oración a la Virgen en la visita a la Capilla de las apariciones

*Capilla de las Apariciones – Fátima.
Miércoles, 12 de mayo de 2010.*

Señora Nuestra y Madre de todos los hombres y mujeres, aquí estoy como un hijo que viene a visitar a su Madre y lo hace en compañía de una multitud de hermanos y hermanas.

Como Sucesor de Pedro, al que se le confió la misión de presidir el servicio de la caridad en la Iglesia de Cristo y de confirmar a todos en la fe y en la esperanza, quiero presentar a tu Corazón Inmaculado las alegrías y las esperanzas, así como los problemas y los sufrimientos de cada uno de estos hijos e hijas tuyos, que se encuentran en Cova de Iria o que nos acompañan desde la distancia.

Madre amabilísima, tú conoces a cada uno por su nombre, con su rostro y con su historia, y quieres a todos con amor materno, que fluye del mismo corazón de Dios Amor.

Te confío a todos y los consagro a ti, María Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra.

El Venerable Papa Juan Pablo II, que te visitó tres veces, aquí en Fátima, y te agradeció aquella “mano invisible” que lo libró de la muerte, en el atentado del trece de mayo, en la Plaza de San Pedro, hace casi treinta años, quiso ofrecer al Santuario de Fátima la bala que lo hirió gravemente y que fue colocada en tu corona de Reina de la Paz.

Nos consuela profundamente saber que estás coronada no sólo con la plata y el oro de nuestras alegrías y esperanzas, sino también con la “bala” de nuestras preocupaciones y sufrimientos.

Te agradezco, Madre querida, las oraciones y sacrificios que los Pastorcillos de Fátima realizaron por el Papa, animados por los sentimientos que tú les habías infundido en las apariciones.

Agradezco igualmente a todos aquellos que, cada día, rezan por el Sucesor de Pedro y sus intenciones, para que el Papa sea fuerte en la fe, audaz en la esperanza y ferviente en el amor.

Madre querida por todos nosotros, te entrego aquí en tu Santuario de Fátima, la Rosa de Oro que he traído desde Roma, como regalo de gratitud del Papa, por las maravillas que el Omnipotente ha realizado por tu mediación en los corazones de tantos peregrinos que vienen a esta tu casa materna.

Estoy seguro de que los Pastorcillos de Fátima, los Beatos Francisco y Jacinta y la Sierva de Dios Lucía de Jesús, nos acompañan en este momento de súplica y júbilo.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la celebración de las Vísperas con sacerdotes, religiosos, seminaristas y diáconos

Iglesia de la Santísima Trinidad – Fátima. Miércoles, 12 de mayo de 2010.

Queridos hermanos y hermanas

“Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer [...] para que recibiéramos el ser hijos adoptivos” (Ga 4, 4.5). La plenitud de los tiempos llegó, cuando el Eterno irrumpió en el tiempo: por obra y gracia del Espíritu Santo, el Hijo del Altísimo fue concebido y se hizo hombre en el seno de una mujer: la Virgen Madre, tipo y modelo excelso de la Iglesia creyente. Ella no deja de generar nuevos hijos en el Hijo, que el Padre ha querido como primogénito de muchos hermanos. Cada uno de nosotros está llamado a ser, con María y como María, un signo humilde y sencillo de la Iglesia que continuamente se ofrece como esposa en las manos de su Señor.

A todos vosotros, que habéis entregado vuestras vidas a Cristo, deseo expre-

saros esta tarde el aprecio y el reconocimiento de la Iglesia. Gracias por vuestro testimonio a menudo silencioso y para nada fácil; gracias por vuestra fidelidad al Evangelio y a la Iglesia. En Jesús presente en la Eucaristía, abrazo a mis hermanos en el sacerdocio y el diaconado, a las consagradas y consagrados, a los seminaristas y a los miembros de los movimientos y de las nuevas comunidades eclesiales aquí presentes. Que el Señor recompense, como sólo Él sabe y puede hacerlo, a todos los que han hecho posible que nos encontremos aquí ante Jesús Eucaristía, en particular a la Comisión Episcopal para las Vocaciones y los Ministerios, con su Presidente, Mons. Antonio Santos, al que agradezco sus palabras llenas de afecto colegial y fraterno pronunciadas al inicio de estas Vísperas. En este “cenáculo” ideal de fe que es Fátima, la Virgen Madre nos indica el camino para nuestra oblación pura y santa en las manos del Padre.

Permitidme que os abra mi corazón para deciros que la principal preocupación de cada cristiano, especialmente de la persona consagrada y del ministro del Altar, debe ser la fidelidad, la lealtad a la propia vocación, como discípulo que quiere seguir al Señor. La fidelidad a lo largo del tiempo es el nombre del amor; de un amor coherente, verdadero y profundo a Cristo Sacerdote. “Si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la habitación de su Espíritu, sería

un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial” (Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 31). Que, en este Año Sacerdotal que mira ya a su fin, descienda sobre todos vosotros abundantes gracias para que viváis el gozo de la consagración y testimoniéis la fidelidad sacerdotal fundada en la fidelidad de Cristo. Esto supone evidentemente una auténtica intimidad con Cristo en la oración, ya que la experiencia fuerte e intensa del amor del Señor llevará a los sacerdotes y a los consagrados a corresponder de un modo exclusivo y sponsal a su amor.

Esta vida de especial consagración nació como memoria evangélica para el pueblo de Dios, memoria que manifiesta, certifica y anuncia a toda la Iglesia la radicalidad evangélica y la venida del Reino. Por lo tanto, queridos consagrados y consagradas, con vuestra dedicación a la oración, a la ascesis, al progreso en la vida espiritual, a la acción apostólica y a la misión, tended a la Jerusalén celeste, anticipad la Iglesia escatológica, firme en la posesión y en la contemplación amorosa del Dios Amor. Este testimonio es muy necesario en el momento presente. Muchos de nuestros hermanos viven como si no existiese el más allá, sin preocuparse de la propia salvación eterna. Todos los hombres están llamados a conocer y a amar a Dios, y la Iglesia tiene como misión ayudarles en esta vocación.

Sabemos bien que Dios es el dueño de sus dones, y que la conversión de los hombres es una gracia. Pero nosotros somos responsables del anuncio de la fe, en su integridad y con sus exigencias. Queridos amigos, imitemos al Cura de Ars que rezaba así al buen Dios: “Concédeme la conversión de mi parroquia, y yo acepto sufrir todo lo que tu quieras durante el resto de mi vida”. Él hizo todo lo posible por sacar a las personas de la tibieza y conducir las al amor.

Hay una solidaridad profunda entre todos los miembros del Cuerpo de Cristo: no es posible amarlo sin amar a sus hermanos. Juan María Vianney quiso ser sacerdote precisamente para la salvación de ellos: “Ganar la almas para el buen Dios”, declaraba al anunciar su vocación con dieciocho años de edad, así como Pablo decía: “Ganar a todos los que pueda” (1 Co 9,19). El Vicario general le había dicho: “No hay mucho amor de Dios en la Parroquia, usted lo pondrá”. Y, en su pasión sacerdotal, el santo párroco era misericordioso como Jesús en el encuentro con cada pecador. Prefería insistir en el aspecto atrayente de la virtud, en la misericordia de Dios, en cuya presencia nuestros pecados son “granos de arena”. Presentaba la ternura de Dios ofendida. Temía que los sacerdotes se volvieran “insensibles” y se acostumbraran a la indiferencia de sus fieles: “Ay del Pastor -advertía- que permanece en silencio viendo cómo se ofende a Dios y las almas se pierden”.

Amados hermanos sacerdotes, en este lugar especial por la presencia de María, teniendo ante nuestros ojos su vocación de fiel discípula de su Hijo Jesús, desde su concepción hasta la Cruz y después en el camino de la Iglesia naciente, considerad la extraordinaria gracia de vuestro sacerdocio. La fidelidad a la propia vocación exige arrojo y confianza, pero el Señor también quiere que sepáis unir vuestras fuerzas; mostraos solícitos unos con otros, sosteniéndolos fraternalmente. Los momentos de oración y estudio en común, compartiendo las exigencias de la vida y del trabajo sacerdotal, son una parte necesaria de vuestra existencia. Cuánto bien os hace esa acogida mutua en vuestras casas, con la paz de Cristo en vuestros corazones. Qué importante es que os ayudéis mutuamente con la oración, con consejos útiles y con el discernimiento. Estad particularmente atentos a las situaciones que debilitan de alguna manera los ideales sacerdotales o la dedicación a actividades que no concuerdan del todo con lo que es propio de un ministro de Jesucristo. Por lo tanto, asumid como una necesidad actual, junto al calor de la fraternidad, la actitud firme de un hermano que ayuda a otro hermano a “permanecer en pie”.

Aunque el sacerdocio de Cristo es eterno (cfr. Hb 5,6), la vida de los sacerdotes es limitada. Cristo quiere que otros, a lo largo de los siglos, perpetúen el sacerdocio ministerial instituido por Él. Por lo tanto, mantened en vuestro

interior y en vuestro entorno la tensión de suscitar entre los fieles -colaborando con la gracia del Espíritu Santo- nuevas vocaciones sacerdotales. La oración confiada y perseverante, el amor gozoso a la propia vocación y la dedicación a la dirección espiritual os ayudará a discernir el carisma vocacional en aquellos que Dios llama.

Queridos seminaristas, que ya habéis dado el primer paso hacia el sacerdocio y os estáis preparando en el Seminario Mayor o en las Casas de Formación religiosa, el Papa os anima a ser conscientes de la gran responsabilidad que tendréis que asumir: examinad bien las intenciones y motivaciones; dedicaos con entusiasmo y con espíritu generoso a vuestra formación. La Eucaristía, centro de la vida del cristiano y escuela de humildad y de servicio, debe ser el objeto principal de vuestro amor. La adoración, la piedad y la atención al Santísimo Sacramento, a lo largo de estos años de preparación, harán que un día celebréis el sacrificio del Altar con verdadera y edificante unción.

En este camino de fidelidad, amados sacerdotes y diáconos, consagrados y consagradas, seminaristas y laicos comprometidos, nos guía y acompaña la Bienaventurada Virgen María. Con Ella y como Ella, somos libres para ser santos; libres para ser pobres, castos y obedientes; libres para todos, porque estamos desprendidos de todo; libres de nosotros mismos para que en cada

uno crezca Cristo, el verdadero consagrado al Padre y el Pastor al cual los sacerdotes, siendo presencia suya, prestan su voz y sus gestos; libres para llevar a la sociedad moderna a Jesús muerto y resucitado, que permanece con nosotros hasta el final de los siglos y se da a todos en la Santísima Eucaristía.

***Oración del Papa, Benedicto XVI,
durante el acto de consagración
de los sacerdotes al Corazón
Inmaculado de María***

Iglesia de la Santísima Trinidad – Fátima. Miércoles, 12 de mayo de 2010.

Madre Inmaculada, en este lugar de gracia, convocados por el amor de tu Hijo Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote, nosotros, hijos en el Hijo y sacerdotes suyos, nos consagramos a tu Corazón materno, para cumplir fielmente la voluntad del Padre.

Somos conscientes de que, sin Jesús, no podemos hacer nada (cfr. Jn 15,5) y de que, sólo por Él, con Él y en Él, seremos instrumentos de salvación para el mundo.

Esposa del Espíritu Santo, alcánzanos el don inestimable de la transformación en Cristo.

Por la misma potencia del Espíritu que, extendiendo su sombra sobre Ti,

te hizo Madre del Salvador, ayúdanos para que Cristo, tu Hijo, nazca también en nosotros. Y, de este modo, la Iglesia pueda ser renovada por santos sacerdotes, transfigurados por la gracia de Aquel que hace nuevas todas las cosas.

Madre de Misericordia, ha sido tu Hijo Jesús quien nos ha llamado a ser como Él: luz del mundo y sal de la tierra (cfr. Mt 5,13-14).

Ayúdanos, con tu poderosa intercesión, a no desmerecer esta vocación sublime, a no ceder a nuestros egoísmos, ni a las li-sonjas del mundo, ni a las tentaciones del Maligno.

Presérvanos con tu pureza, custódi-amos con tu humildad y rodéanos con tu amor maternal, que se refleja en tantas almas consagradas a ti y que son para nosotros auténticas madres espiritua-les.

Madre de la Iglesia, nosotros, sa-cerdotes, queremos ser pastores que no se apacientan a sí mismos, sino que se entregan a Dios por los hermanos, en-contrando la felicidad en esto. Quere-mos cada día repetir humildemente no sólo de palabra sino con la vida, nuestro "aquí estoy".

Guiados por ti, queremos ser Apóstoles de la Divina Misericordia, llenos de gozo por poder celebrar diariamente el Santo Sacrificio del Altar y ofrecer a todos los que nos lo pidan el sacramento de la Re-conciliación.

Abogada y Mediadora de la gracia, tu que estas unida a la única mediación universal de Cristo, pide a Dios, para nosotros, un corazón completamente re-novado, que ame a Dios con todas sus fuerzas y sirva a la humanidad como tú lo hiciste.

Repite al Señor esa eficaz palabra tuya: "no les queda vino" (Jn 2,3), para que el Padre y el Hijo derramen sobre nosotros, como una nueva efusión, el Es-píritu Santo.

Lleno de admiración y de gratitud por tu presencia continua entre nosotros, en nombre de todos los sacerdotes, también yo quiero exclamar: "¿quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor? (Lc 1,43)

Madre nuestra desde siempre, no te canses de "visitarnos", consolarnos, soste-nernos. Ven en nuestra ayuda y libranos de todos los peligros que nos acechan. Con este acto de ofrecimiento y consagración, queremos acogerte de un modo más pro-fundo y radical, para siempre y total-mente, en nuestra existencia humana y sacerdotal.

Que tu presencia haga reverdecer el desierto de nuestras soledades y brillar el sol en nuestras tinieblas, haga que torne la calma después de la tempestad, para que todo hombre vea la salvación del Señor, que tiene el nombre y el rostro de Jesús, reflejado en nuestros corazones, unidos para siempre al tuyo.

Así sea.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante la bendición de las
antorchas***

*Explanada de Santuario de Fátima.
Miércoles, 12 de mayo de 2010.*

Queridos peregrinos:

Todos juntos, con la vela encendida en la mano, semejáis un mar de luz en torno a esta sencilla capilla, levantada con amor para honrar a la Madre de Dios y Madre nuestra, a la que los pastorcillos vieron volver de la tierra al cielo como una estela de luz. Sin embargo, ni ella ni nosotros tenemos luz propia: la recibimos de Jesús. Su presencia en nosotros renueva el misterio y el recuerdo de la zarza ardiente, que en otro tiempo atrajo a Moisés en el monte Sinaí, y que no deja de seducir a los que se dan cuenta de una luz especial en nosotros, que arde sin consumirnos (cf. *Ex 3, 2-5*). Por nosotros mismos, no somos más que una mísera zarza, en la que, sin embargo, se ha posado la gloria de Dios. A Él sea la gloria, y a nosotros la confesión humilde de nuestra nada y la adoración obediente de los designios divinos, que se cumplirán cuando “Dios lo será todo para todos” (*1 Co 15, 28*). La Virgen llena de gracia sirvió incomparablemente dichos designios: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (*Lc 1, 38*).

Queridos peregrinos, imitemos a María haciendo resonar en nuestra vida

su “hágase en mí”. Dios había ordenado a Moisés: “Quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado” (*Ex 3, 5*). Y así lo hizo; luego se puso nuevamente las sandalias para ir a liberar a su pueblo de la esclavitud de Egipto y guiarlo a la tierra prometida. No se trataba simplemente de poseer una parcela de terreno o del territorio nacional al que todo pueblo tiene derecho. En la lucha por la liberación de Israel y en su salida de Egipto, lo que destaca en primer lugar es, sobre todo, el derecho a la libertad para adorar, a la libertad de un culto propio. A lo largo de la historia del pueblo elegido, la promesa de la tierra acaba asumiendo cada vez más este significado: la tierra se da para que haya un lugar de obediencia, para que haya un espacio abierto a Dios.

En nuestro tiempo, cuando en extensas regiones de la tierra, la fe corre el riesgo de apagarse como una llama que se extingue, la prioridad más importante de todas es hacer a Dios presente en este mundo y facilitar a los hombres el acceso a Dios. No a un dios cualquiera, sino al Dios que ha hablado en el Sinaí; al Dios cuyo rostro reconocemos en el amor hasta el extremo (cf. *Jn 13, 1*), en Cristo crucificado y resucitado. Queridos hermanos y hermanas, adorad en vuestros corazones a Cristo Señor (cf. *1 P 3, 15*). No tengáis miedo de hablar de Dios y de mostrar sin complejos los signos de la fe, haciendo resplandecer a los ojos de vuestros contemporáneos la luz de Cristo que, como canta la Iglesia

en la noche de la Vigilia Pascual, engendra a la humanidad como familia de Dios.

Hermanos y hermanas, en este lugar, impresiona ver cómo tres niños se rindieron a la fuerza interior que los había invadido en las apariciones del Ángel y de la Madre del cielo. Aquí, donde tantas veces se nos ha pedido que recemos el Rosario, dejémonos atraer por los misterios de Cristo, los misterios del Rosario de María. El rezo del Rosario nos permite poner nuestros ojos y nuestro corazón en Jesús, como su Madre, modelo insuperable de contemplación del Hijo. Al meditar los misterios gozosos, luminosos, dolorosos y gloriosos, recitando las avemarías, contemplamos todo el misterio de Jesús, desde la Encarnación a la Cruz y la gloria de la Resurrección; contemplamos la íntima participación de María en este misterio y nuestra vida en Cristo hoy, que también está tejida de momentos de alegría y de dolor, de sombras y de luz, de contrariedades y de esperanzas. La gracia inunda nuestro corazón suscitando el deseo de un cambio de vida radical y evangélico, en comunión de vida y de destino con Cristo, de manera que podamos decir con San Pablo: “Para mí la vida es Cristo” (*Flp* 1, 21).

Siento que me acompañan la devoción y el afecto de todos los fieles aquí reunidos y del mundo entero. Traigo conmigo las preocupaciones y las esperanzas de nuestro tiempo y los sufrimientos de la humanidad herida, los

problemas del mundo, y vengo a ponerlos a los pies de Nuestra Señora de Fátima: Virgen Madre de Dios y Madre nuestra querida, intercede por nosotros ante tu Hijo, para que las familias de los pueblos, tanto aquéllas que llevan el nombre de cristianas como las que todavía no conocen a su Salvador, vivan en paz y en concordia hasta que todas formen un solo Pueblo de Dios, a gloria de la santísima e indivisible Trinidad. Amén.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante la Santa Misa en la
explanada de Fátima***

*Explanada del Santuario de Fátima.
Jueves, 13 de mayo de 2010.*

Queridos peregrinos

“Su estirpe será célebre entre las naciones, [...] son la estirpe que bendijo el Señor” (*Is* 61,9). Así comenzaba la primera lectura de esta Eucaristía, cuyas palabras encuentran un admirable cumplimiento en esta asamblea recogida con devoción a los pies de la Virgen de Fátima. Hermanas y hermanos amadísimos, también yo he venido como peregrino, a esta “casa” que María ha elegido para hablarnos en estos tiempos modernos. He venido a Fátima para gozar de la presencia de María y de su protección materna. He venido a Fátima, porque hoy converge hacia este lugar la Iglesia peregrina,

querida por su Hijo como instrumento de evangelización y sacramento de salvación. He venido a Fátima a rezar, con María y con tantos peregrinos, por nuestra humanidad afligida por tantas miserias y sufrimientos. En definitiva, he venido a Fátima, con los mismos sentimientos de los Beatos Francisco y Jacinta y de la Sierva de Dios Lucía, para hacer ante la Virgen una profunda confesión de que “amo”, de que la Iglesia y los sacerdotes “aman” a Jesús y desean fijar sus ojos en Él, mientras concluye este Año Sacerdotal, y para poner bajo la protección materna de María a los sacerdotes, consagrados y consagradas, misioneros y todos los que trabajan por el bien y que hacen de la Casa de Dios un lugar acogedor y benéfico.

Ellos son la estirpe que el Señor ha bendecido... Estirpe que el Señor ha bendecido eres tú, amada diócesis de Leiría-Fátima, con tu Pastor, Mons. Antonio Marto, al que agradezco el saludo que me ha dirigido al inicio y que me ha colmado de atenciones, a través también de sus colaboradores, durante mi estancia en este santuario. Saludo al Señor Presidente de la República y a las demás autoridades que sirven a esta gloriosa Nación. Envío un abrazo a todas las diócesis de Portugal, representadas aquí por sus obispos, y confío al cielo a todos los pueblos y naciones de la tierra. En Dios, abrazo de corazón a sus hijos e hijas, en particular a los que padecen cualquier tribulación o abandono, deseando transmitirles la

gran esperanza que arde en mi corazón y que aquí, en Fátima, se hace más palpable. Nuestra gran esperanza hunde sus raíces en la vida de cada uno de vosotros, queridos peregrinos presentes aquí, y también en la de los que se unen a nosotros a través de los medios de comunicación social.

Sí, el Señor, nuestra gran esperanza, está con nosotros; en su amor misericordioso, ofrece un futuro a su pueblo: un futuro de comunión con él. Tras haber experimentado la misericordia y el consuelo de Dios, que no lo había abandonado a lo largo del duro camino de vuelta del exilio de Babilonia, el pueblo de Dios exclama: “Desbordo de gozo con el Señor, y me alegro con mi Dios” (*Is* 61,10). La Virgen Madre de Nazaret es la hija excelsa de este pueblo, la cual, revestida de la gracia y sorprendida dulcemente por la gestación de Dios en su seno, hace suya esta alegría y esta esperanza en el cántico del *Magnificat*: “Mi espíritu exulta en Dios, mi Salvador”. Pero ella no se ve como una privilegiada en medio de un pueblo estéril, sino que más bien profetiza para ellos la entrañable alegría de una maternidad prodigiosa de Dios, porque “su misericordia llega a sus fieles de generación en generación” (*Lc* 1, 47. 50).

Este bendito lugar es prueba de ello. Dentro de siete años volveréis aquí para celebrar el centenario de la primera visita de la Señora “venida del Cielo”, como Maestra que introduce a los

pequeños videntes en el conocimiento íntimo del Amor trinitario y los conduce a saborear al mismo Dios como el hecho más hermoso de la existencia humana. Una experiencia de gracia que los ha enamorado de Dios en Jesús, hasta el punto de que Jacinta exclamaba: “Me gusta mucho decirle a Jesús que lo amo. Cuando se lo digo muchas veces, parece que tengo un fuego en el pecho, pero no me quema”. Y Francisco decía: “Lo que más me ha gustado de todo, fue ver a Nuestro Señor en aquella luz que Nuestra Madre puso en nuestro pecho. Quiero muchísimo a Dios”. (*Memórias da Irmã Lúcia*, I, 40 e 127).

Hermanos, al escuchar estas revelaciones místicas tan inocentes y profundas de los Pastorcillos, alguno podría mirarlos con una cierta envidia porque ellos han visto, o con la desalentada resignación de quien no ha tenido la misma suerte, a pesar de querer ver. A estas personas, el Papa les dice lo mismo que Jesús: “Estáis equivocados, porque no entendéis la Escritura ni el poder de Dios” (*Mc* 12,24). Las Escrituras nos invitan a creer: “Dichosos los que crean sin haber visto” (*Jn* 20,29), pero Dios -más íntimo a mí de cuanto lo sea yo mismo (cf. S. Agustín, *Confesiones*, III, 6, 11- tiene el poder para llegar a nosotros, en particular mediante los sentidos interiores, de manera que el alma es tocada suavemente por una realidad que va más allá de lo sensible y que nos capacita para alcanzar lo no sensible, lo invisible a los sentidos. Por

esta razón, se pide una vigilancia interior del corazón que muchas veces no tenemos debido a las fuertes presiones de las realidades externas y de las imágenes y preocupaciones que llenan el alma (cf. Comentario teológico del *Mensaje de Fátima*, 2000). Sí, Dios nos puede alcanzar, ofreciéndose a nuestra mirada interior.

Más aún, aquella Luz presente en la interioridad de los Pastorcillos, que proviene del futuro de Dios, es la misma que se ha manifestado en la plenitud de los tiempos y que ha venido para todos: el Hijo de Dios hecho hombre. Que Él tiene poder para inflamar los corazones más fríos y tristes, lo vemos en el pasaje de los discípulos de Emaús (cf. *Lc* 24,32). Por lo tanto, nuestra esperanza tiene un fundamento real, se basa en un evento que se sitúa en la historia a la vez que la supera: es Jesús de Nazaret. Y el entusiasmo que suscitaba su sabiduría y su poder salvador en la gente de su tiempo era tal que una mujer en medio de la multitud —como hemos oído en el Evangelio— exclamó: “¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!”. A lo que Jesús respondió: “Mejor: ¡Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen!” (*Lc* 11, 27,28). Pero, ¿quién tiene tiempo para escuchar su palabra y dejarse fascinar por su amor? ¿Quién permanece, en la noche de las dudas y de las incertidumbres, con el corazón vigilante en oración? ¿Quién espera el alba de un nuevo día, teniendo encendida la llama de la fe? La fe en Dios abre al hombre un

horizonte de una esperanza firme que no defrauda; indica un sólido fundamento sobre el cual apoyar, sin miedos, la propia vida; pide el abandono, lleno de confianza, en las manos del Amor que sostiene el mundo.

“Su estirpe será célebre entre las naciones, [...] son la estirpe que bendijo el Señor” (*Is* 61,9), con una esperanza inquebrantable y que fructifica en un amor que se sacrifica por los otros, pero que no sacrifica a los otros; más aún -como hemos escuchado en la segunda lectura- “todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (*1 Co* 13,7). Los Pastorcillos son un ejemplo de esto; han hecho de su vida una ofrenda a Dios y un compartir con los otros por amor de Dios. La Virgen los ha ayudado a abrir el corazón a la universalidad del amor. En particular, la beata Jacinta se mostraba incansable en su generosidad con los pobres y en el sacrificio por la conversión de los pecadores. Sólo con este amor fraterno y generoso lograremos edificar la civilización del Amor y de la Paz.

Se equivoca quien piensa que la misión profética de Fátima está acabada. Aquí resurge aquel plan de Dios que interpela a la humanidad desde sus inicios: “¿Dónde está Abel, tu hermano? [...] La sangre de tu hermano me está gritando desde la tierra” (*Gn* 4,9). El hombre ha sido capaz de desencadenar una corriente de muerte y de terror, que no logra interrumpirla... En la Sagrada Escritura, se muestra a menudo

que Dios se pone a buscar a los justos para salvar la ciudad de los hombres y lo mismo hace aquí, en Fátima, cuando Nuestra Señora pregunta: “¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quiera mandarnos, como acto de reparación por los pecados por los cuales Él es ofendido, y como súplica por la conversión de los pecadores?” (*Memórias da Irmã Lúcia*, I, 162).

Con la familia humana dispuesta a sacrificar sus lazos más sagrados en el altar de los mezquinos egoísmos de nación, raza, ideología, grupo, individuo, nuestra Madre bendita ha venido desde el Cielo ofreciendo la posibilidad de sembrar en el corazón de todos los que se acogen a ella el Amor de Dios que arde en el suyo. Al principio fueron, sólo tres, pero el ejemplo de sus vidas se ha difundido y multiplicado en numerosos grupos por toda la faz de la tierra, dedicados a la causa de la solidaridad fraterna, en especial al paso de la Virgen Peregrina. Que estos siete años que nos separan del centenario de las Apariciones impulsen el anunciado triunfo del Corazón Inmaculado de María para gloria de la Santísima Trinidad.

Saludo a los enfermos

Queridos hermanos y hermanas:

Antes de acercarme hasta vosotros, llevando en las manos la custodia con Jesús Eucaristía, quisiera dirigiros unas

palabras de aliento y de esperanza, que hago extensivas a todos los enfermos que nos acompañan a través de la radio y la televisión y a quienes, aun sin tener esa posibilidad, se unen a nosotros mediante los vínculos más profundos del espíritu, es decir, mediante la fe y la oración.

Hermano mío y hermana mía, tú tienes “un valor tan grande para Dios que se hizo hombre para poder com-padecer Él mismo con el hombre, de modo muy real, en carne y sangre, como nos manifiesta el relato de la Pasión de Jesús. Por eso, en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la *con-solatio*, el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella de la esperanza” (Enc. *Spe salvi*, 39). Con esta esperanza en el corazón, podrás salir de las arenas movedizas de la enfermedad y de la muerte, y permanecer de pie sobre la roca firme del amor divino. En otras palabras, podrás superar la sensación de la inutilidad del sufrimiento que consume interiormente a las personas y las hace sentirse un peso para los otros, cuando, en realidad, vivido con Jesús, el sufrimiento sirve para la salvación de los hermanos.

¿Cómo es posible esto? Las fuentes de la fuerza divina manan precisamente en medio de la debilidad humana. Es la paradoja del Evangelio. Por eso, el divino Maestro, más que detenerse en explicar las razones del sufrimiento, prefirió llamar a cada uno a seguirlo con estas

palabras: “El que quiera venirse conmigo... que cargue con su cruz y me siga” (cf. *Mc* 8, 34). Ven conmigo. Participa con tu sufrimiento en esta obra de la salvación del mundo, que se realiza mediante mi sufrimiento, por medio de mi Cruz. A medida que abracés tu cruz, uniéndote espiritualmente a la mía, se desvelará a tus ojos el significado salvífico del sufrimiento. Encontrarás en medio del sufrimiento la paz interior e incluso la alegría espiritual.

Queridos enfermos, acoged esta llamada de Jesús que pasará junto a vosotros en el Santísimo Sacramento y confiadle todas las contrariedades y penas que afrontáis, para que se conviertan -según sus designios- en medio de redención para todo el mundo. Vosotros seréis redentores en el Redentor, como sois hijos en el Hijo. Junto a la cruz... está la Madre de Jesús, nuestra Madre.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en el encuentro con las
organizaciones de la Pastoral Social***

*Iglesia de la Santísima Trinidad –
Fátima. Jueves. 13 de mayo de 2010.*

Queridísimos hermanos y amigos:

Habéis oído que Jesús dijo: “Anda, haz tú lo mismo” (*Lc* 10,37). Él nos invita a hacer nuestro el estilo del buen samaritano, cuyo ejemplo se acaba de proclamar, que se acerca a las situacio-

nes en las que falta la ayuda fraterna. Y, ¿cuál es este estilo? “Es un «corazón que ve». Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia” (Enc. *Deus caritas est*, 31). Así hizo el buen samaritano. Jesús no se limita a exhortar; como enseñan los Santos Padres, Él mismo es el Buen Samaritano, que se acerca a todo hombre y “cura sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza” (*Prefacio común*, VIII) y lo lleva a la posada, que es la Iglesia, donde hace que lo cuiden, confiándolo a sus ministros y pagando personalmente de antemano lo necesario para su curación. “Anda, haz tú lo mismo”. El amor incondicional de Jesús que nos ha curado, deberá ahora, si queremos vivir con un corazón de buen samaritano, transformarse en un amor ofrecido gratuita y generosamente, mediante la justicia y la caridad.

Me complace encontrarme con vosotros en este lugar bendito, que Dios se eligió para recordar, por medio de Nuestra Señora, sus designios de amor misericordioso a la humanidad. Saludo con gran afecto a todos los aquí presentes, así como a las instituciones de las que forman parte, en la variedad de rostros unidos para profundizar en las cuestiones sociales y, sobre todo, en la práctica de la compasión hacia los pobres, los enfermos, los encarcelados, los que viven solos o abandonados, los discapacitados, los niños y ancianos, los emigrantes, los desempleados y quienes sufren necesidades que perturban su dignidad de personas libres. Gracias,

Monseñor Carlos Azevedo, por el gesto de comunión y fidelidad a la Iglesia y al Papa, que ha querido ofrecerme, tanto en nombre de esta asamblea de la caridad, como de la Comisión Episcopal de Pastoral Social, que preside, y que no cesa de animar esta gran siembra de buenas obras en todo Portugal. Conscientes de que, como Iglesia, no podemos brindar soluciones prácticas a cada problema concreto y, aunque desprovistos de todo tipo de poder, determinados a servir el bien común, estad dispuestos a ayudar y ofrecer los medios de salvación a todos.

Queridos hermanos y hermanas que trabajáis en el vasto mundo de la caridad, Cristo “nos revela que «Dios es amor» (*1 Jn 4,8*) y al mismo tiempo nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana, y por ello de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor. Así pues, a los que creen en la caridad divina, les da la certeza de que el camino del amor está abierto a todos los hombres” (*Gaudium et spes*, 38). El actual escenario de la historia es de crisis socioeconómica, cultural y espiritual, y pone de manifiesto la conveniencia de un discernimiento orientado por la propuesta creativa del mensaje social de la Iglesia. El estudio de su Doctrina Social, que asume la caridad como principio y fuerza principal, permitirá trazar un proceso de desarrollo humano integral que implique la profundidad del corazón y alcance una mayor humanización de la sociedad (cf. Enc. *Caritas in*

veritate, 20). No se trata de un mero conocimiento intelectual, sino de una sabiduría que dé sabor y condimento, que ofrezca creatividad a las vías teóricas y prácticas para afrontar una crisis tan amplia y compleja. Que las instituciones de la Iglesia, junto con todas las organizaciones no eclesiales, mejoren la capacidad de conocimiento y orientación para una nueva y grandiosa dinámica, que lleve a “esa «civilización del amor», de la cual Dios ha puesto la semilla en cada pueblo y en cada cultura” (*ibid.*, 33).

En su dimensión social y política, esta diaconía de la caridad es propia de los fieles laicos, llamados a promover orgánicamente el bien común, la justicia y a configurar rectamente la vida social (cf. Enc. *Deus caritas est*, 29). Una de las conclusiones pastorales de vuestras recientes reflexiones, es la de formar una nueva generación de dirigentes servidores. Atraer nuevos agentes laicos a este ámbito pastoral, merecerá ciertamente una especial solidaridad por parte de los Pastores, atentos al porvenir. Quien aprende de Dios Amor será inevitablemente una persona para los demás. En efecto, “el amor de Dios se manifiesta en la responsabilidad por el otro” (Enc. *Spe salvi*, 28). Unidos a Cristo en su consagración al Padre, participamos de su compasión por las muchedumbres que reclaman justicia y solidaridad y, como el buen samaritano de la parábola, nos comprometemos a ofrecer respuestas concretas y generosas.

Con frecuencia, sin embargo, no es fácil lograr una síntesis satisfactoria entre la vida espiritual y la actividad apostólica. La presión ejercida por la cultura dominante, que presenta insistentemente un estilo de vida basado en la ley del más fuerte, en el lucro fácil y seductor, acaba por influir en nuestro modo de pensar, en nuestros proyectos y en el horizonte de nuestro servicio, con el riesgo de vaciarlos de aquella motivación de fe y esperanza cristiana que los había suscitado. Las numerosas e insistentes peticiones de ayuda y atención que nos presentan los pobres y marginados de la sociedad nos impulsan a buscar soluciones que respondan a la lógica de la eficacia, del resultado visible y de la publicidad. Queridos hermanos, la mencionada síntesis, sin embargo, es absolutamente necesaria para poder servir a Cristo en la humanidad que os espera. En este mundo dividido, se impone a todos una profunda y genuina unidad de corazón, de espíritu y de acción.

Entre tantas instituciones sociales al servicio del bien común, cercanas a las poblaciones necesitadas, se hallan las de la Iglesia católica. Es preciso que esté clara su orientación, para que tengan una identidad bien definida: en la inspiración de sus objetivos, en la elección de sus recursos humanos, en los métodos de actuación, en la calidad de sus servicios, en la gestión seria y eficaz de los medios. La identidad nítida de las instituciones es un servicio real, con grandes ventajas para los que se benefician de ellas. Además de la identidad y

unido a ella, un elemento fundamental de la actividad caritativa cristiana es su autonomía e independencia de la política y de las ideologías (cf. Enc. *Deus caritas est*, 31 b), si bien en colaboración con los organismos del Estado para alcanzar fines comunes.

Vuestras actividades asistenciales, educativas o caritativas han de completarse con proyectos de libertad que promuevan al ser humano, buscando la fraternidad universal. Aquí se sitúa el compromiso urgente de los cristianos en la defensa de los derechos humanos, preocupados por la totalidad de la persona humana en sus diversas dimensiones. Expreso mi profundo reconocimiento a todas las iniciativas sociales y pastorales que tratan de luchar contra los mecanismos socio-económicos y culturales que favorecen el aborto; y también a las que fomentan la defensa de la vida, así como la reconciliación y atención a las personas heridas por el drama del aborto. Las iniciativas que tienden a salvaguardar los valores esenciales y primarios de la vida, desde su concepción, y de la familia, fundada en el matrimonio indisoluble entre un hombre y una mujer, ayudan a responder a algunos de los desafíos más insidiosos y peligrosos que hoy se presentan al bien común. Dichas iniciativas, junto a otras muchas formas de compromiso, son elementos esenciales para la construcción de la civilización del amor.

Todo esto está muy en sintonía con el mensaje de Nuestra Señora, que re-

suenan en este lugar: la penitencia, la oración, el perdón en aras de la conversión de los corazones. Éste es el camino para edificar dicha civilización del amor, cuyas semillas puso Dios en el corazón de cada hombre y que la fe en Cristo salvador hace germinar.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el encuentro con los obispos de Portugal

*Salón de Conferencias de la Casa Nuestra Señora del Carmen - Fátima .
Jueves, 13 de mayo de 2010*

Venerados y queridos hermanos en el Episcopado:

Doy gracias a Dios por la oportunidad que me ha concedido de encontrarme con todos vosotros aquí, en el Santuario de Fátima, corazón espiritual de Portugal, donde multitudes de peregrinos, provenientes de los más diversos lugares de la tierra, buscan recuperar o fortalecer en sí mismos la certidumbre del Cielo. Entre ellos, ha venido de Roma el Sucesor de Pedro, acogiendo las reiteradas invitaciones y movido por una deuda de gratitud con la Virgen María, quien precisamente aquí ha transmitido a sus videntes y a los peregrinos un amor intenso por el Santo Padre, que fructifica en una vigorosa muchedumbre que reza con Jesús a la cabeza: Pedro, «yo he pedido por ti para que tu fe no se apague. Y

tú, cuando te recobres, da firmeza a tus hermanos» (Lc 22,32).

Como veis, el Papa necesita abrirse cada vez más al misterio de la Cruz, abrazándola como única esperanza y última vía para ganar y reunir en el Crucificado a todos sus hermanos y hermanas en humanidad. En obediencia a la Palabra de Dios, está llamado a vivir, no para sí mismo, sino para que Dios esté presente en el mundo. Me conforta la determinación con la que también vosotros me seguís de cerca, sin otro temor que el de perder la salvación eterna de vuestro pueblo, como muestran bien las palabras con las que Mons. Jorge Ortega ha querido saludar mi llegada entre vosotros, y dar testimonio de la fidelidad incondicional de los Obispos de Portugal al Sucesor de Pedro. Os lo agradezco de corazón. Gracias también por todo el cuidado que habéis puesto en la organización de esta visita mía. Que Dios os lo pague derramando abundantemente el Espíritu Santo sobre vosotros y vuestras diócesis, para que, con un solo corazón y una sola alma, podáis llevar a cabo el cometido pastoral que os habéis propuesto de ofrecer a cada fiel una iniciación cristiana exigente y fascinante, que comunique la integridad de la fe y de la espiritualidad, enraizada en el Evangelio y formadora de agentes libres en medio de la vida pública.

Verdaderamente, los tiempos en que vivimos exigen una nueva fuerza misionera en los cristianos, llamados a for-

mar un laicado maduro, identificado con la Iglesia, solidario con la compleja transformación del mundo. Se necesitan auténticos testigos de Jesucristo, especialmente en aquellos ambientes humanos donde el silencio de la fe es más amplio y profundo: entre los políticos, intelectuales, profesionales de los medios de comunicación, que profesan y promueven una propuesta monocultural, desdeñando la dimensión religiosa y contemplativa de la vida. En dichos ámbitos, hay muchos creyentes que se avergüenzan y dan una mano al secularismo, que levanta barreras a la inspiración cristiana. Entre tanto, queridos hermanos, quienes defienden con valor en estos ambientes un vigoroso pensamiento católico, fiel al Magisterio, han de seguir recibiendo vuestro estímulo y vuestra palabra esclarecedora, para vivir la libertad cristiana como fieles laicos.

Mantened viva en el escenario del mundo de hoy la dimensión profética, sin mordazas, porque «la palabra de Dios no está encadenada» (2 Tm 2,9). Las gentes invocan la Buena Nueva de Jesucristo, que da sentido a sus vidas y salvaguarda su dignidad. En cuanto primeros evangelizadores, os será útil conocer y comprender los diversos factores sociales y culturales, sopesar las necesidades espirituales y programar eficazmente los recursos pastorales; pero lo decisivo es llegar a inculcar en todos los agentes de la evangelización un verdadero afán de santidad, sabiendo que el resultado proviene sobre todo de la unión con Cristo y de la acción de su Espíritu.

En efecto, cuando en opinión de muchos la fe católica ha dejado de ser patrimonio común de la sociedad, y se la ve a menudo como una semilla acechada y ofuscada por «divinidades» y por los señores de este mundo, será muy difícil que la fe llegue a los corazones mediante simples disquisiciones o moralismos, y menos aún a través de genéricas referencias a los valores cristianos. El llamamiento valiente a los principios en su integridad es esencial e indispensable; no obstante, el mero enunciado del mensaje no llega al fondo del corazón de la persona, no toca su libertad, no cambia la vida. Lo que fascina es sobre todo el encuentro con personas creyentes que, por su fe, atraen hacia la gracia de Cristo, dando testimonio de Él. Me vienen a la mente aquellas palabras del Papa, Juan Pablo II: «La Iglesia tiene necesidad sobre todo de grandes corrientes, movimientos y testimonios de santidad entre los “fieles de Cristo”, porque de la santidad nace toda auténtica renovación de la Iglesia, todo enriquecimiento de la inteligencia de la fe y del seguimiento cristiano, una reactualización vital y fecunda del cristianismo en el encuentro con las necesidades de los hombres y una renovada forma de presencia en el corazón de la existencia humana y de la cultura de las naciones» (*Discurso en el vigésimo aniversario de la promulgación del Decreto conciliar «Apostolicam actuositatem»*, 18 noviembre 1985). Alguno podría decir: «La Iglesia tiene necesidad de grandes corrientes, movimientos y testimonios de santidad..., pero no los hay».

A este respecto, os confieso la agradable sorpresa que he tenido al encontrarme con los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales. Al observarlos, he tenido la alegría y la gracia de ver cómo, en un momento de fatiga de la Iglesia, en un momento en que se hablaba de «invierno de la Iglesia», el Espíritu Santo creaba una nueva primavera, despertando en jóvenes y adultos la alegría de ser cristianos, de vivir en la Iglesia, que es el Cuerpo vivo de Cristo. Gracias a los carismas, la radicalidad del Evangelio, el contenido objetivo de la fe, la corriente viva de su tradición se comunican de manera persuasiva y son acogidos como experiencia personal, como adhesión libre a todo lo que encierra el misterio de Cristo.

Naturalmente, es condición necesaria el que estas nuevas realidades quieran vivir en la Iglesia común, si bien con espacios en cierto modo reservados para su vida, de manera que ésta sea después fecunda para todos los demás. Quienes viven un carisma particular, han de sentirse fundamentalmente responsables de la comunión, de la fe común de la Iglesia, y deben someterse a la guía de los Pastores. Éstos son quienes han de asegurar la eclesialidad de los movimientos. Los Pastores no son sólo personas que ocupan un cargo, sino que ellos mismos son portadores de carismas, son responsables de la apertura de la Iglesia a la acción del Espíritu Santo. Nosotros, los Obispos, estamos ungi-dos por el Espíritu Santo en el sacramento y, por tanto, el sacramento nos

asegura también la apertura a sus dones. De este modo, por un lado, hemos de sentir la responsabilidad de acoger estos impulsos que son un don para la Iglesia y le dan nueva vitalidad, pero, por otro, hemos de ayudar también a los movimientos a encontrar el camino justo, haciendo correcciones con comprensión, esa comprensión espiritual y humana que sabe aunar la guía, el reconocimiento y una cierta apertura y disponibilidad para aprender.

Decid o reiterad precisamente esto a vuestros presbíteros. En este Año Sacerdotal, que está llegando a su conclusión, descubrid de nuevo, queridos hermanos, la paternidad episcopal sobre todo respecto a vuestro clero. Se ha relegado a un segundo plano durante demasiado tiempo la responsabilidad de la autoridad como servicio para el crecimiento de los demás y, antes que nadie, de los sacerdotes. Ellos están llamados a servir en su ministerio pastoral integrados en una acción pastoral de comunión o de conjunto, como nos recuerda el Decreto conciliar *Presbyterorum Ordinis*: «Ningún presbítero, por tanto, puede realizar bien su misión de manera aislada e individualista, sino únicamente juntando sus fuerzas con otros presbíteros bajo la dirección de los que presiden la Iglesia» (n. 7). Esto no quiere decir volver al pasado, ni un simple retorno a los orígenes, sino recuperar el fervor de los orígenes, la alegría del comienzo de la experiencia cristiana, haciéndose acompañar por Cristo como los «discípulos de Emaús» el día de Pascua,

dejando que su palabra nos encienda el corazón, que el «pan partido» abra nuestros ojos a la contemplación de su rostro. Sólo de este modo el fuego de su amor será suficientemente ardiente para impulsar a todo fiel cristiano a convertirse en dispensador de luz y de vida en la Iglesia y entre los hombres.

Antes de concluir, me gustaría pedirlos, como presidentes y ministros de la caridad en la Iglesia, que deis nuevo vigor en vosotros mismos y en vuestro entorno a sentimientos de misericordia y compasión, capaces de responder a situaciones de graves carencias en la sociedad. Que se instituyan organizaciones y se perfeccionen las ya existentes, para que puedan responder con creatividad a todas las pobreza, incluida la de la falta de sentido de la vida y la ausencia de esperanza. Es muy loable el esfuerzo que hacéis para ayudar a las diócesis más necesitadas, especialmente en los países de habla portuguesa. Que las dificultades que ahora se hacen sentir mayormente no os debiliten en la lógica del don. Que siga siendo muy vivo en el País vuestro testimonio de profetas de justicia y de paz, defensores de los derechos inalienables de la persona, uniendo vuestra voz a la de los más débiles, a los que sabiamente habéis motivado a que tengan su propia voz, sin temer nunca levantar vuestra voz en favor de los oprimidos, los humillados y maltratados.

A la vez que os encomiendo a Nuestra Señora de Fátima, pidiéndole que

os sostenga maternalmente en los retos que se os presentan, para que seáis promotores de una cultura y una espiritualidad de caridad y de paz, de esperanza y justicia, de fe y de servicio, os imparto de corazón la Bendición Apostólica, que se extiende a vuestros familiares y a vuestras comunidades diocesanas.

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la Santa Misa en Oporto

Avenida de los Aliados, Oporto. Viernes, 14 de mayo de 2010.

Queridos hermanos y hermanas:

“En el libro de los Salmos está escrito: [...] «que su cargo lo ocupe otro». Hace falta, por tanto, que uno se asocie a nosotros como testigo de la resurrección” (Hch 1, 20-22). Así habló Pedro, leyendo e interpretando la palabra de Dios en medio de sus hermanos, reunidos en el Cenáculo después de la Ascensión de Jesús a los cielos. El elegido fue Matías, que había sido testigo de la vida pública de Jesús y de su triunfo sobre la muerte, permaneciendo fiel hasta el final, a pesar del abandono de muchos. La “desproporción” de fuerzas en acción, que hoy nos asusta, impresionaba ya hace dos mil años a los que veían y escuchaban a Jesús. Desde las playas del lago de Galilea hasta las plazas de Jerusalén, Jesús se encontraba prácticamente solo en los momentos decisivos; eso sí, en unión con el

Padre, guiado por la fuerza del Espíritu. Y con todo, el mismo amor que un día creó el mundo hizo que surgiese la novedad del Reino como una pequeña semilla que brota en la tierra, como un destello de luz que irrumpe en las tinieblas, como aurora de un día sin ocaso: es Cristo resucitado. Y apareció a sus amigos mostrándoles la necesidad de la cruz para llegar a la resurrección.

Aquel día, Pedro buscaba un testigo de todas estas cosas. De los dos que presentaron, y el cielo designó a Matías, y “lo asociaron a los once apóstoles” (Hch 1, 26). Hoy celebramos su gloriosa memoria en esta “Ciudad invicta”, que se ha vestido de fiesta para acoger al Sucesor de Pedro. Doy gracias a Dios por haberme traído hasta vosotros, y encontraros en torno al altar. Os saludo cordialmente, hermanos y amigos de la ciudad y diócesis de Porto, así como a los que habéis venido de la provincia eclesiástica del norte de Portugal y también de la vecina España, y a cuantos se encuentran en comunión física o espiritual con nuestra asamblea litúrgica. Saludo al Obispo de Porto, Mons. Manuel Clemente, que deseaba con mucha solicitud mi visita, y me ha recibido con gran afecto, haciéndose intérprete de vuestros sentimientos al comienzo de esta Eucaristía. Saludo a sus predecesores y a los demás hermanos en el Episcopado, a los sacerdotes, los consagrados y las consagradas, y a los fieles laicos, especialmente a todos aquellos que están comprometidos activamente en la Misión diocesana y,

más en concreto, en la preparación de mi visita. Sé que han podido contar con la colaboración efectiva del Alcalde de Porto y de otras autoridades públicas, muchas de las cuales me honran hoy con su presencia; aprovecho este momento para saludarles y asegurarles, a ellos y a cuantos representan y sirven, los mejores éxitos para el bien de todos.

“Hace falta, por tanto, que uno se asocie a nosotros como testigo de la resurrección de Jesús”, decía Pedro. Y su Sucesor actual repite a cada uno de vosotros: Hermanos y hermanas míos, hace falta que os asociéis a mí como testigos de la resurrección de Jesús. En efecto, si vosotros no sois sus testigos en vuestros ambientes, ¿quién lo hará por vosotros? El cristiano es, en la Iglesia y con la Iglesia, un misionero de Cristo enviado al mundo. Ésta es la misión apremiante de toda comunidad eclesial: recibir de Dios a Cristo resucitado y ofrecerlo al mundo, para que todas las situaciones de desfallecimiento y muerte se transformen, por el Espíritu, en ocasiones de crecimiento y vida. Para eso debemos escuchar más atentamente la Palabra de Cristo y saborear asiduamente el Pan de su presencia en las celebraciones eucarísticas. Esto nos convertirá en testigos y, aún más, en portadores de Jesús resucitado en el mundo, haciéndolo presente en los diversos ámbitos de la sociedad y a cuantos viven y trabajan en ellos, difundiendo esa vida “abundante” (cf. *Jn* 10, 10) que ha ganado con su cruz y re-

surrección y que sacia las más legítimas aspiraciones del corazón humano.

Sin imponer nada, proponiendo siempre, como Pedro nos recomienda en una de sus cartas: “Glorificad en vuestros corazones a Cristo Señor y estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere” (*I P* 3, 15). Y todos, al final, nos la piden, incluso los que parece que no lo hacen. Por experiencia personal y común, sabemos bien que es a Jesús a quien todos esperan. De hecho, los anhelos más profundos del mundo y las grandes certezas del Evangelio se unen en la inexcusable misión que nos compete, puesto que “sin Dios el hombre no sabe adónde ir ni tampoco logra entender quién es. Ante los grandes problemas del desarrollo de los pueblos, que nos impulsan casi al desasosiego y al abatimiento, viene en nuestro auxilio la palabra de Jesucristo, que nos hace saber: ‘Sin mí no podéis hacer nada’ (*Jn* 15, 5). Y nos anima: ‘Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final del mundo’ (*Mt* 28, 20)” (Enc. *Caritas in veritate*, 78).

Aunque esta certeza nos conforte y nos dé paz, no nos exime de salir al encuentro de los demás. Debemos vencer la tentación de limitarnos a lo que ya tenemos, o creemos tener, como propio y seguro: sería una muerte anunciada, por lo que se refiere a la presencia de la Iglesia en el mundo, que por otra parte, no puede dejar de ser misionera por el dinamismo difusivo del Espíritu.

Desde sus orígenes, el pueblo cristiano ha percibido claramente la importancia de comunicar la Buena Noticia de Jesús a cuantos todavía no lo conocen. En estos últimos años, ha cambiado el panorama antropológico, cultural, social y religioso de la humanidad; hoy la Iglesia está llamada a afrontar nuevos retos y está preparada para dialogar con culturas y religiones diversas, intentando construir, con todos los hombres de buena voluntad, la convivencia pacífica de los pueblos. El campo de la misión *ad gentes* se presenta hoy notablemente dilatado y no definible solamente en base a consideraciones geográficas; efectivamente, nos esperan no solamente los pueblos no cristianos y las tierras lejanas, sino también los ámbitos socio-culturales y sobre todo los corazones que son los verdaderos destinatarios de la acción misionera del Pueblo de Dios.

Se trata de un mandamiento, cuyo fiel cumplimiento “debe caminar, por moción del Espíritu Santo, por el mismo camino que Cristo siguió, es decir, por el camino de la pobreza, de la obediencia, del servicio, y de la inmola- ción de sí mismo hasta la muerte, de la que salió victorioso por su resurrección” (Decr. *Ad gentes*, 5). Sí, estamos llamados a servir a la humanidad de nuestro tiempo, confiando únicamente en Jesús, dejándonos iluminar por su Palabra: “No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure”

(*Jn* 15, 16). ¡Cuánto tiempo perdido, cuánto trabajo postergado, por inad- vertencia en este punto! En cuanto al origen y la eficacia de la misión, todo se define a partir de Cristo: la misión la recibimos siempre de Cristo, que nos ha dado a conocer lo que ha oído a su Padre, y el Espíritu Santo nos capacita en la Iglesia para ella. Como la misma Iglesia, que es obra de Cristo y de su Espíritu, se trata de renovar la faz de la tierra partiendo de Dios, siempre y sólo de Dios.

Queridos hermanos y amigos de Porto, levantad los ojos a Aquélla que habéis elegido como patrona de la ciudad, Nuestra Señora de Vandoma. El Ángel de la anunciación saludó a María como “llena de gracia”, significan- do con esta expresión que su corazón y su vida estaban totalmente abiertos a Dios y, por eso, completamente des- bordados por su gracia. Que Ella os ayude a hacer de vosotros mismos un “sí” libre y pleno a la gracia de Dios, para que podáis ser renovados y renovar la humanidad a través de la luz y la alegría del Espíritu Santo.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la ceremonia de despedida

Aeropuerto internacional de Oporto. Viernes, 14 de mayo de 2010.

Señor Presidente de la República, ilus- trísimas Autoridades, queridos hermanos

en el Episcopado, queridos amigos:

Llegado el final de mi visita, vuelvo a sentir en mi espíritu la intensidad de tantos momentos vividos en esta peregrinación a Portugal. Conservo en el alma la cordialidad de vuestra acogida afectuosa, el calor y la espontaneidad que han consolidado los vínculos de comunión en los encuentros con los grupos, el esfuerzo que ha supuesto la preparación y realización del programa pastoral previsto.

En este momento de despedida, expreso a todos mi más sincera gratitud: al Señor Presidente de la República, que desde que he llegado me ha honrado con su presencia, a mis hermanos Obispos con los que he renovado la profunda unión en el servicio al Reino de Cristo, al Gobierno y a todas las autoridades civiles y militares, que se han prodigado durante todo el viaje con manifiesta dedicación. Os deseo toda clase de bienes. Los medios de comunicación social me han permitido acercarme a muchas personas, a las que no me era posible ver de cerca. También a ellos les estoy muy agradecido.

En el momento de despedirme de vosotros, saludo a todos los portugueses, católicos o no, a los hombres y mujeres que viven aquí, aunque no hayan nacido aquí. Que no deje de crecer entre vosotros la concordia, que es esencial para una sólida cohesión, y camino obligado para afrontar con responsabilidad común los desafíos que tenéis por

delante. Que esta gloriosa Nación siga manifestando su grandeza de alma, su profundo sentido de Dios, su apertura solidaria, guiada por principios y valores impregnados por el humanismo cristiano. En Fátima, he rezado por el mundo entero, pidiendo que el porvenir nos depare una mayor fraternidad y solidaridad, un mayor respeto recíproco y una renovada confianza y familiaridad con Dios, nuestro Padre que está en los cielos.

Con gozo, he sido testigo de la fe y devoción de la comunidad eclesial portuguesa. He podido ver el entusiasmo de los niños y los jóvenes, la fiel adhesión de los presbíteros, diáconos y religiosos, la dedicación pastoral de los Obispos, el deseo expreso de buscar la verdad y la belleza en el mundo de la cultura, la creatividad de los trabajadores de la pastoral social, la fe vibrante de los fieles en las diócesis que he visitado. Deseo que mi visita sea un incentivo para un renovado ardor espiritual y apostólico. Que el Evangelio sea acogido en su integridad y testimoniado con pasión por cada discípulo de Cristo, para que sea fermento de auténtica renovación de toda la sociedad.

Por la intercesión de Nuestra Señora de Fátima, a la que invocáis con tanta confianza y firme amor, imploro de Dios que mi Bendición Apostólica, portadora de esperanza, paz y ánimo, descienda sobre Portugal y sobre todos sus hijos e hijas. Sigamos caminando en la esperanza. Adiós.

SANTA SEDE**SECRETARÍA DE ESTADO****Homilía del Card. Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad durante la beatificación del Padre José Tous y Soler**

Basílica de Santa María del Mar, Barcelona. Domingo 25 de abril de 2010

Señor Cardenal Arzobispo de Barcelona, Señor Cardenal Arzobispo emérito, Venerables Hermanos en el Episcopado, Queridos sacerdotes y consagrados, Hermanas Capuchinas de la Madre del Divino Pastor, Queridos hermanos y hermanas

En este domingo, llamado del Buen Pastor, y señalado en la Iglesia como la Jornada de oración por las vocaciones, tenemos la alegría de elevar a la gloria de los altares al capuchino Padre José Tous y Soler, que con su consagración religiosa y su ministerio sacerdotal supo dar realce a la presencia viva de Cristo en todos los tiempos, y que se entrega a los hombres para que tengan la vida eterna.

Es una celebración que tiene lugar en esta bellísima basílica de Santa María del Mar. Propiamente hablando, es la primera Beatificación que se celebra en esta ciudad desde el siglo XII, aunque la archidiócesis ya tuvo el gozo de ver beatificado otro sacerdote el pasado veintitrés de enero, el Doctor José Samsó y Elías, mártir de Cristo, gran catequista y párroco de la basílica de Santa María, en la ciudad de Mataró.

Desitjo fer-vos arribar la proximitat del Papa Benet setze, i trametre a tots la seva Benedicció, tot esperant que ell mateix pugui manifestar-vos el seu afecte directament aquest mateix any, quan visiti Barcelona, per consagrar el magnífic temple de la Sagrada Família.

[Deseo haceros llegar a todos la cercanía del Papa Benedicto XVI, y transmitirlos su Bendición, en espera de que él mismo pueda expresaros su afecto directamente este año, en su visita a Barcelona, para consagrar el admirable templo de la Sagrada Familia.]

La disposición de celebrar las beatificaciones en las Iglesias locales ofrece la oportunidad de situar estas ceremonias muy cerca de los lugares y ambientes en que vivieron aquellos siervos de Dios, que se proponen a la imitación de todos los cristianos. En ellos, se guarda su recuerdo y se los siente más cercanos, como uno de nosotros que nos sigue animando a la santidad.

Así, la ciudad de Barcelona, y esta misma iglesia dedicada a Santa María, en el popular barrio de la Ribera, nos habla del sacerdote y capuchino José Tous, que hoy es beatificado. En esta

basílica ejerció su ministerio sacerdotal, como beneficiado, entre los años mil ochocientos cuarenta y tres y mil ochocientos cuarenta y cinco, y es una bella coincidencia en este Año Sacerdotal el que un virtuoso capuchino y un sacerdote secular sean beatificados precisamente donde ejercieron el ministerio sagrado.

Hay también, en este lugar, algo que no sólo nos habla de hechos pasados, sino que es como un eco de la espiritualidad y la vida del nuevo beato. Esta basílica gótica conserva toda la esbeltez y belleza de su estructura arquitectónica, pero al visitante atento no se le ocultan las heridas de este bello templo de Santa María del Mar, por incendios, persecuciones y otras circunstancias adversas. Y, no obstante, a pesar de todos estos avatares, sigue cumpliendo su cometido esencial de acoger al Pueblo de Dios, para celebrar su culto de alabanza a Dios y su compromiso de vida de caridad y fraternidad entre todos.

La vida del Padre Tous fue también una vida llena de pruebas y dificultades, externas e internas, como la delicada salud que le acompañó siempre. Pero él, en medio de las adversidades y cruces, fue haciendo su camino y dando frutos de virtudes cristianas heroicas. Por eso, a él le podemos aplicar, con el gozo de la pascua cristiana, estas palabras que un anciano dice al autor del *libro del Apocalipsis*, y que hemos escuchado en la segunda lectura: «Éstos son los que vienen de la gran tri-

bulación, han lavado y blanqueado sus manos en la sangre del Cordero. Por eso, están ante el trono de Dios dándole culto día y noche en su templo» (*Ap* 7,14-15).

No faltaron ciertamente tribulaciones en la vida del Padre Tous. Aunque arrancado de la vida claustral, por las disposiciones civiles de su tiempo, logró ser en todo momento de su vida un fiel cumplidor de las observancias de la espiritualidad franciscana y de la Orden Capuchina. Nunca se dejó vencer por la amargura o el resentimiento, ni conocemos reproches o ataques contra quienes le impedían seguir su primera vocación de capuchino. Fue un hombre de una caridad exquisita, con una gran capacidad para soportar y comprender las deficiencias de los demás. Numerosas situaciones en su vida muestran también su gran disponibilidad para la acogida y el perdón. Se dice de él que nunca dejó a nadie agraviado. Realmente, pasó por la vida haciendo el bien, como su Señor, y dispensando «paz y bien», como su maestro y padre en el espíritu, San Francisco de Asís.

En este Año sacerdotal, al que el Papa ha dado como lema «Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote», el beato José Tous nos ofrece un alto ejemplo de fidelidad. Y nos invita a todos a vivir esta fidelidad a Cristo, nuestro Buen Pastor, en el momento presente, en el que tampoco faltan dificultades. A este respecto, qué actuales resultan aquellas palabras suyas que son como un lema

de vida: «Aunque todo sea oscuro, hay que ser siempre fiel. Fiel a Dios y fiel a los hombres». Así lo hizo él. Por eso, también hoy es modelo para sacerdotes, para religiosos y religiosas, y para todos los fieles cristianos. El buen Padre Tous nos exhorta a «ser fieles al favor de Dios», como lo hicieron Pablo y Bernabé a aquellos primeros cristianos de Antioquía de Pisidia, según hemos escuchado en la primera Lectura.

Así pues, seamos fieles a la fe y pongamos toda nuestra confianza en Dios, como reza el lema escogido para esta beatificación: «Fe y confianza en Dios»; una fe que se expresa en la confianza, porque se cree en Dios en la medida en que se confía en él; una confianza que se concretiza y se hace forma de vida cuando se recurre a Dios en la oración, se participa asiduamente en la Misa dominical, se frecuentan los sacramentos y se practica la caridad. De este modo, se ha forjado el alma más genuina de esta tierra de santos, y el Padre Tous nos lo recuerda hoy, en unos momentos en que la indiferencia religiosa o el sentido relativista de la vida alejan a tantos de la rica identidad cristiana transmitida de generación en generación.

El beato Padre Tous ayudó con su ejemplo de vida y apostolado a forjar esta identidad, y es un preclaro exponente de la misma, pues «pasó haciendo el bien» especialmente allí donde veía más necesidad. Él sentía mucha predilección por la infancia y la juven-

tud más desfavorecida de su tiempo, sobre todo por la juventud femenina, que en aquel momento histórico no podía acceder a la formación humana y cristiana. Por eso, dedicó todos sus esfuerzos a la fundación de una congregación dedicada a la educación integral de estas jóvenes. Y él mismo intervenía en la instrucción de las niñas, utilizando historias, parábolas y narraciones de los santos más populares en sus comarcas, adaptándose así al lenguaje, a la capacidad de comprensión y al ambiente más familiar de la infancia.

Comenzó su obra, la fundación de las Hermanas Capuchinas de la Madre del Divino Pastor, con la ayuda de tres jóvenes, a las que dirigía especialmente en una iglesia situada entonces muy cerca de aquí, en la parroquia de San Francisco de Paula, a la que estaba adscrito por decisión de su obispo. Recordemos sus nombres: Isabel Jubal, Marta Suñol y Remedio Palos y Casanova. Los medios de que disponía eran muy escasos, pero su confianza en Dios era grande. Y así nació su obra, que hoy enriquece con su carisma y su misión diversas partes de España y varios países latinoamericanos. Quienes han venido desde tan lejos para esta ocasión, muestran el alcance sin fronteras del proyecto que Dios puso en el alma del Padre Tous.

Este tiempo pascual, en que la comunidad cristiana se goza de la presencia de Cristo resucitado entre los

suyos, como fuente de esperanza, nos invita también a contemplar la gloria final, a mirar a esa «muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y del Cordero» (Ap 7,9), es decir de Cristo resucitado, y en la cual vemos también al amado Padre Tous. Aunque peregrinos, ya pregustamos en este mundo esta realidad en la liturgia, como expresa bellamente el Apocalipsis: «El que se sienta en el trono acampará entre ellos [...]. El Cordero que está delante del trono será su pastor, y les conducirá hacia fuentes de aguas vivas» (Ap 7,15-17).

Queridas hermanas Capuchinas de la Madre del Divino Pastor, con esta firme esperanza, seguid fielmente vuestro carisma, que la Iglesia os propone nuevamente con la beatificación del Fundador. Sed comunicadoras de vida y misioneras de Cristo. Hacedlo todo con aquella «sabiduría del corazón» que mostró siempre el Padre Tous, en especial cuando os propuso esta sabia norma: «Enseñad más con amor de madres que con rigor de maestras». Las madres educan desde el amor desinteresado, con constancia, con esperanza y con alegría. Y, en esta Jornada mundial de oración por las vocaciones, pidamos al Señor que llame a muchas a vivir el carisma y compartir la misión que el Padre Tous os ha confiado.

La vostra terra ha estat fecunda de sants i santes en el passat, i avui si afe-

geix, com un nou rebrot, el Pare Josep Tous. Com ha dit el Papa Benet setze, “els sants són els veritables portadors de llum en la història, ja que són homes i dones de fe, d’esperança i de caritat” (*Deus caritas est*, 40). Que la seva intercessió sigui font de tota classe de béns, espirituals i materials, de santedat i de gràcia, de pau i de justícia, de convivència serena i constructiva per a aquesta estimada terra i per a tot el món.

Poso les vostres esperances en mans de la Benaurada Verge Maria, Mare del Diví Pastor, com ho faré demà als peus de l’imatge de la Mare de Déu de Montserrat, Patrona de Catalunya.

[Vuestra tierra ha sido fecunda en santos y santas en el pasado, y hoy añadimos, como nuevo retoño, al padre José Tous. Como ha dicho el Papa Benedicto XVI, «los santos son los verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y caridad» (Deus caritas est, 40). Que su intercesión sea fuente de toda clase de bienes, espirituales y materiales, de santidad y de gracia, de paz y de justicia, de convivencia serena y constructiva para esta querida tierra y para todo el mundo.

Encomiendo vuestras esperanzas a la Santísima Virgen María, Madre del divino Pastor, como lo haré mañana ante la imagen de Nuestra Señora de Montserrat, Patrona de Cataluña.]

Discurso del Card. Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad en la basílica de Montserrat

Basílica de Montserrat. Domingo 25 de abril de 2010

Estimat P. Abat, estimats germans en l'episcopat, digníssimes autoritats:

És un goig poder estar entre vosaltres i gaudir als peus de Santa Maria de Montserrat d'aquests moments plens de música, de lloança i de joia.

Després d'escoltar el Nou Orgue a mans del mestre P. Theodor Flury i d'escoltar la magnífica i corprenent audició del *Te Deum* d'Anton Bruckner, les meves paraules només poden ser d'agraïment a Déu pel do de l'art de la música. Un especial reconeixement envers tots els intèrprets, petits i grans, i en particular al mestre Sr. Salvador Mas per l'encert de la seva interpretació.

(Querido P. Abad, queridos hermanos en el episcopado, dignísimas autoridades.

Es un placer poder estar entre vosotros y disfrutar a los pies de Santa María de Montserrat de esos momentos llenos de música, de alabanza y de alegría.

Después de escuchar el nuevo órgano en manos del maestro P. Theodor Flury, con la magnífica y cautivadora audición del Te Deum de Anton Bruckner, mis palabras sólo pueden ser de agradecimiento a Dios por el don del arte de la música. De-seo expresar un reconocimiento especial a

todos los intérpretes, pequeños y grandes, y en particular al maestro Salvador Mas por su lograda interpretación).

Esta casa de la Madre de Dios ha podido tener un nuevo órgano, gracias a la generosidad de muchas personas y la estrecha colaboración entre entidades cívicas y muchos particulares. En un tiempo de crisis de valores, es importante ver cómo la suma de muchas fuerzas puede crear belleza y armonía. Esta obra honra al pueblo de Cataluña, ennoblece su tejido social y enriquece su historia, tan vinculada a esta casa de la Virgen María.

La belleza de los sonidos nos habla de la Belleza, con mayúscula, que es Dios. El órgano de Montserrat tiene como misión glorificar a Dios y al mismo tiempo proclamar bienaventurada a su Madre. También el difundir la cultura y crear espacios de encuentro y de intercambio, que eleven el espíritu a través de la música. Desde Pío X hasta Benedicto XVI, todos los pontífices han promovido el cultivo de la música en la liturgia y, de modo muy concreto, el concilio Vaticano II, cuando dice que el órgano da un «esplendor admirable a las ceremonias de la Iglesia, levantando poderosamente el alma hacia Dios (SC 120). Humanismo y cristianismo se dan la mano para pacificar el corazón de las personas y mejorar el mundo en que vivimos.

Cuántas alabanzas y cantos a la Virgen recibirán nuevo impulso con este magnífico instrumento. Su vibración llevará a los corazones a metas más altas, al arrepentimiento a la reconciliación y también al deleite. Y nos unirá a todos en un mismo sentido de trascendencia que nos mueve a contemplar a Cristo Resucitado.

En un tiempo de incertidumbre, de mucho sufrimiento y angustia, este nuevo instrumento nos hace levantar la mirada hacia lo alto y nos invita a vivir con más esperanza. Aquí se reunirá el pueblo cristiano: catalanes y hombres y mujeres de todas partes que vienen a visitar Santa María. Aquí los peregrinos se unen a los escolanos para cantar alabanzas a María y entonan solemnemente con la comunidad de monjes la liturgia de la Iglesia. El cultivo del arte y la cultura que se lleva a cabo en este Monasterio, se enriquece ahora con el sonido majestuoso y dulce del nuevo órgano.

Donem-ne gràcies a Déu i felicitem-nos per aquesta fita assolida mentre us exhorto a treballar ja des d'ara a fer fructificar

aquest dons de cultura i de fe. El nostre temps necessita una paraula de bellesa que parli de Déu. Maria acull sempre a casa seva els qui sincerament busquen el Déu de Misericòrdia, i en aquesta Casa de la Mare de Déu es fa present cada dia el misteri de la Visitació (cf. Lc 1, 39-56) que porta al trobament amb Jesucrist i culmina amb la lloança a la Santíssima Trinitat.

A tots, doncs, us imparteixo una benedicció especial de part de Sa Santedat Benet XVI.

(Demos gracias a Dios y felicitémonos por este logro, y os exhorto al mismo tiempo a trabajar ya desde ahora para hacer fructificar estos dones de cultura y de fe. Nuestro tiempo necesita una palabra de belleza que hable de Dios. María acoge siempre en su casa los que buscan sinceramente al Dios de la Misericordia, y en esta Casa de su Madre se hace presente cada día el misterio de la Visitación (cf. Lc 1,39-56), que lleva al encuentro con Jesucristo y culmina con la alabanza a la Santísima Trinidad. A todos, pues, os participo una bendición especial de parte de Su Santidad Benedicto XVI).

Homilía del Card. Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad durante la Vigilia de Plegaria en la Solemnidad de Nuestra Señora de Montserrat

Monasterio Santa María di Montserrat. Lunes, 26 de abril de 2010

La meva cordial salutació al Sen-

yor Cardenal Arquebisbe de Barcelona, al Senyor Cardenal Arquebisbe emèrit, als Germans en l'Episcopat i en el sacerdoci que ens acompanyen,

al Reverend Pare Abat i al Pare Abat emèrit, a la Comunitat de monjos del Monestir, als religiosos i a les religioses, a l'Escolania i a tots els presents, molt especialment a vosaltres, joves, que heu vingut a aquesta Vetlla de Santa Maria, madona de Montserrat, com avantguarda vigilant en la solemnitat en honor de la Patrona de Catalunya, que tan entrançablement és invocada en aquesta terra i també en altres llocs d'Espanya i de tot el món.

[Saludo cordialmente al Señor Cardenal Arzobispo de Barcelona, al Señor Cardenal Arzobispo emérito, a los hermanos en el Episcopado y en el sacerdocio que nos acompañan, al Reverendo Padre Abad y al Padre Abad emérito, a la Comunidad de monjes del Monasterio, a los religiosos y religiosas, a los escolanos y a todos los presentes, muy especialmente a vosotros, los jóvenes que habéis venido a esta Vetlla de Santa Maria, Nuestra Señora de Montserrat, como vanguardia vigilante ante la solemnidad en honor de la Patrona de las diócesis de Cataluña, tan entrañablemente invocada en estas tierras, y también en otras muchas otras partes de España y del mundo entero.]

En efecto, no es la primera vez que he subido a esta santa montaña y he venido a este santuario. Cuando tenía la responsabilidad pastoral de la Archidiócesis de Génova, vine con grupos de sacerdotes jóvenes en peregrinación a este hermoso santuario. Siempre fuimos acogidos con esa generosa y delicada hospitalidad característica de la

tradicón benedictina. Por eso, puedo decir que aquí me siento como en casa. En casa de María, nuestra Madre común, de la cual los hijos espirituales de san Benito son celosos custodios, como lo son en tantos otros lugares donde han sembrado un espíritu de paz y conciliación, han vivido y anunciado el Evangelio de Cristo, han promovido la cultura y la educación, han cultivado la tierra y respetado la naturaleza, creando ámbitos de espléndida armonía entre la dedicación a Dios en la oración y la liturgia, la siembra de concordia entre los hombres y los pueblos, y la apacible existencia en un mundo creado por Dios y confiado a nuestros cuidados. Puede decirse ciertamente que san Benito, fundador del monacato en Occidente, ha iniciado una identidad europea con raíces cristianas y humanistas.

Esta Vigilia tiene una antiquísima tradición, y de ella han quedado testimonios conmovedores, como nos recuerda dom Anselmo María Albareda en su conocida historia: «... la gran devoción de los peregrinos ablandaba las incomodidades de los primeros tiempos. De día asistían a las funciones del culto, visitaban las joyas de la sacristía,... subían a visitar las ermitas; por la noche, se reunían en la iglesia, y la pasaban en vela ante la imagen amada, rezando y cantando, escuchaban los oficios nocturnos que celebraban los monjes, o descansaban algunos ratos» (*Història de Montserrat. PAM 1988, pag. 143*). La imagen de la «Moreneta»

en esta espléndida montaña ha suscitado siempre gran devoción, y a ella han acudido numerosos santos y santas para poner a sus pies sus propósitos y proyectos. He venido aquí precisamente después de celebrar ayer en Barcelona la beatificación del Padre Tous, un gran devoto de la Virgen de Montserrat. Sí, poner a los pies de la Virgen María las propias preocupaciones y alegrías, los ideales y aspiraciones, es un camino seguro para obtener la luz necesaria para discernir, la fuerza que requieren las grandes empresas y la protección eficaz de las buenas iniciativas.

Si nos preguntamos el porqué de todo esto, podemos recordar las palabras del Evangelio que hemos escuchado hoy: desde la cruz, lugar de la humillación y de la glorificación de Jesús, el nuevo Adán designó a la nueva Eva, que era su Madre, María, como Madre de todos los creyentes. Como madre, la honramos, la queremos y la invocamos. Y Ella nos ama como hijos, cuida de nosotros, nos consuela y protege. Ella, que participó a los pies de la cruz de los sufrimientos de Jesús, es Madre del consuelo y suaviza con su ejemplo y su intercesión nuestras penas. Ella, que perseveró con fe hasta recibir el anuncio pascual de Jesucristo, enciende nuestra esperanza. Sabe como nadie lo que es ver su corazón traspasado, sin perder por ello la esperanza, se hace solidaria con nuestras preocupaciones y las presenta a su Hijo. Este Santuario de Montserrat es testigo secular de esta confianza del pueblo cristiano hacia la Madre de Dios.

María, además, es la primera creyente, la que se puso enteramente en manos del designio que Dios tenía para Ella. «Dichosa tú, porque has creído» le dijo Isabel; y el mismo Jesús, comenta San Agustín, la llama bienaventurada, más por su obediencia a la Palabra de Dios y por haber custodiado fielmente al mismo Verbo, que por haberlo engendrado en sus entrañas (cf. *Tratados sobre el Evangelio de san Juan*, 10,3). Por eso, en su amor materno, no deja de mostrarnos a Cristo, como se representa en la bella imagen que aquí se venera, de llevarnos ante Él. Podemos recordar también hoy aquellas palabras de María a los servidores de las bodas de Caná —«Haced lo que él os diga» (*Jn* 2,5)—, y acoger la invitación a escuchar con el corazón abierto la palabra de Cristo, a ponerla en práctica con diligencia, porque Él ha venido para que tengamos vida y la tengamos en abundancia (cf. *Jn* 10,10). Queridos hermanos y hermanas, la devoción a María nos lleva a Cristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida (*Jn* 14,6). Por eso los peregrinos acuden desde siglos a este Santuario y, a los pies de la «Moreneta», disipan sus dudas, se cercioran del proyecto que Dios tiene para ellos y se fortalecen sus pasos para seguirlo fielmente, abriéndose así a una existencia que vale la pena vivir y que perdura.

Tenir la Mare de Déu de Montserrat com a Patrona és certament un honor i una benedicció per els Bisbats de Catalunya, pels seus Pastors i per a tots els fidels, i fa brollar espontàniament en els

seus cors aquella invocació de la coneguda *Visita Espiritual a Nostra Senyora de Montserrat*, del venerable Bisbe de Vic, Josep Torras i Bages: “Alcanceu per als vostres catalans aquella fe que enfonsa les muntanyes, omple les valls i fa planer el camí de la vida”. És un do i una benedició tan gran, que es vol portar als altres i compartir amb tothom, com es demana en una altra de les peticions de la pietat popular, com és la *Corona a la Verge de Montserrat*, i que manifesta l’esperit gran i evangelitzador dels devots quan pregunen “per tots aquells que mai han conegut el vostre dolcíssim nom”.

[*Tener a la Santísima Virgen de Montserrat como Patrona es ciertamente una honra y una bendición para las diócesis de Cataluña, para los Pastores y para todos los fieles, y hace evocar espontáneamente en sus corazones esa invocación de la tan conocida Visita Espiritual a Nostra Senyora de Montserrat, del venerable obispo de Vic, Josep Torras i Bages: «Alcanzad para vuestros catalanes esa fe que abaja las montañas, rellena los valles y allana el camino de la vida». Es un don y una bendición tan grande, que se desea llevar a los demás y compartir con todos, como se expresa en otra de las peticiones de la piedad popular, como es la Corona a la Virgen de Montserrat, y que manifiesta el espíritu grande y evangelizador de los devotos cuando ruegan «por todos aquellos que nunca han conocido vuestro dulcísimo nombre».*]

Desde la montaña, que apunta hacia lo alto, Nuestra Señora tiene puestos

los ojos en el corazón de sus hijos y siente su palpitar. El de los que suben con entusiasmo y energía, el de los que acusan cansancio y desánimo, e incluso el de los que ni siquiera se sienten capaces de ponerse en pie y levantar la vista. A unos les dice que lo verdaderamente «alto» es «la ciudad de nuestro Dios, su monte santo, altura hermosa, alegría de toda la tierra, el monte Sión, vértice del cielo, ciudad del gran rey» (*Sal 47,2*). A otros, que no se rindan, porque el Señor les espera pacientemente en su camino, como esperó a la Samaritana en el pozo de Jacob (cf. *Lc 4,6*). Y a otros, en fin, les susurrará que su postración no es fatalidad irremediable, pues con la venida de su Hijo al mundo, nadie queda desamparado: «los ciegos ven, los inválidos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia» (*Lc 7,22*).

Queridos hermanos y hermanas, queridos jóvenes, ¿acaso no vale la pena reivindicar esta esperanza? Como dijo el venerable Papa, Juan Pablo II, aquí mismo, durante su visita a Montserrat, la virtud del peregrino es la esperanza (*Homilía en Montserrat, 7 noviembre 1982, n. 2*). Las glorias y experiencias del pasado dejan de ser meras reliquias inermes cuando se reviven, se muestran, se cuentan y transmiten a las nuevas generaciones. Entonces es cuando se convierten en fuente de vida. Es propio del peregrino hablar de su experiencia con entusiasmo, y su con-

versación termina frecuentemente con una invitación contagiosa: ¿Por qué no vienes también tú? «Ven y verás» (Jn 1,46). Precisamente en los momentos más difíciles y oscuros, cuando tantas fuerzas tratan de acapararnos para su propia causa o interés, cerrando los ojos a horizontes verdaderamente grandes, se hace especialmente importante vivir con entereza la fe y la esperanza en Cristo. Y vivirla sin recelo en la comunidad de la Iglesia, que sirve a Jesucristo y nos mantiene unidos a Él, muy especialmente por el anuncio auténtico de su Palabra y por la gracia de los sacramentos.

Estimats, demanem amb fervor a Maria, en aquesta Vetlla commovedora, que ens acompanyi en les nostres dificultats, que ens ajudi en el nostre propòsit d'esser deixebles fidels i generosos de Crist. Encomanem a Ella l'Església universal i les nostres parròquies i comunitats. Preguem per les intencions del Sant Pare, Benet setze, que aquest any vindrà a Barcelona per consagrar el Temple de la Sagrada Família, i que m'ha demanat molt especialment que us faci arribar el seu afecte i proximitat. Preguem també pels Bisbes que tenen encomanada una gran tasca, no sempre fàcil, de guiar aquella porció del Poble de Déu que els ha estat confiada. I, en aquest Any Sacerdotal, posem sota la protecció amorosa de Maria tots els sacerdots, la seva santedat de vida i la seva entrega fidel i generosa a la missió de proclamar el missatge salvador de Jesús. Que la mirada bondadosa de

la Mare de Déu arribi i consoli també els fills i filles de Catalunya i de tota Espanya, com també els d'aquells llocs i pobles on és invocada amb el nom de Montserrat, que bellament va cantar el sacerdot i poeta mossèn Cinto Verdaguier:

*«Rosa d'abril, Morena de la Serra,
de Montserrat estel,
Il·lumineu la catalana terra,
guieu-nos cap al cel».*

Mare Santíssima de Montserrat, prega pels teus fills ara i sempre. Amén.

[Queridos todos, pidamos con fervor a María en esta conmovedora Vigilia que nos acompañe en nuestras dificultades, que nos ayude en nuestro propósito de ser discípulos fieles y generosos de Cristo. Encomendemos a Ella la Iglesia universal y nuestras propias parroquias y comunidades. Roguemos por las intenciones del Santo Padre, Benedicto XVI, que este año vendrá a Barcelona para consagrar el Templo de la Sagrada Familia, y que me encargó muy especialmente que os hiciera llegar su afecto y cercanía. Oremos también por los Obispos que tienen encomendada la gran tarea, no siempre fácil, de guiar la porción del Pueblo de Dios que se les ha encomendado. Y, en este Año Sacerdotal, pongamos bajo la amorosa protección de María a los sacerdotes, su santidad de vida y su entrega fiel y generosa a la misión de proclamar el mensaje salvador de Jesús. Que la mirada de bondad de la Madre de Dios alcance y consuele también a los hijos e

hijas de Cataluña y de toda España, así como de aquellos lugares y países donde se la invoca con el título de Montserrat, que tan bellamente cantó el sacerdote y poeta Jacinto Verdaguer:

*«Rosa d'abril, Morena de la Serra,
de Montserrat estel,
Il·lumineu la catalana terra,*

guieu-nos cap al cel».

*[Rosa de abril, Morena de la Sierra,
de Montserrat lucero
que ilumina la tierra catalana,
guíanos hacia el cielo]*

Madre Santísima de Montserrat, ruega por tus hijos ahora y siempre. Amén.]

Homilía del Card. Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad durante la Santa Misa de la Vigilia de la Solemnidad de la Virgen María de Fátima en la Visita Apostólica a Portugal

Fátima - Atrio del Santuario. Miércoles, 12 de mayo de 2010.

Venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, amados hermanos y hermanas en el Señor, queridos peregrinos de Fátima

Dice Jesús: “Si no volvéis a ser como niños, no entraréis en el Reino de los cielos” (Mt 18, 3). Para entrar en el Reino, hemos de hacernos humildes, cada vez más humildes y pequeños, lo más pequeños posible: éste es el secreto de la vida mística. La verdadera vida espiritual comienza con un auténtico acto de humildad, renunciando a la difícil posición de sentirse siempre el centro del universo y abandonándose en los brazos del misterio de Dios, con alma de niño.

En los brazos del misterio de Dios. En Él no hay sólo potencia, ciencia, ma-

jestad; hay también infancia, inocencia, ternura infinita, porque Él es Padre, infinitamente Padre. No lo sabíamos antes, ni podíamos saberlo; ha sido necesario que enviase a su Hijo para que lo descubriésemos. El Hijo se ha hecho niño y, de esta manera, ha podido decirnos que nos hiciéramos niños para entrar en su Reino. Siendo Dios de infinita grandeza, se ha hecho tan pequeño y humilde ante nosotros, que solamente los ojos de la fe y de los sencillos lo pueden reconocer (cf. Mt 11, 25). Así, ha puesto en cuestión el instinto natural de protagonismo que reina en nosotros: “Ser como Dios” (cf. Gn 3, 5). Pues bien, Dios ha aparecido en la tierra como niño. Ahora sabemos cómo es Dios: es un niño. Teníamos que verlo para creerlo. Ha aprovechado nuestra imperiosa necesidad de sobresalir, pero ha cambiado su objetivo, proponiéndonos ponerla al servicio del amor; sobresalir sí, pero

como el más pacífico, indulgente, generoso y servicial de todos: el siervo y el último de todos.

Hermanos y hermanas, ésta es “la sabiduría que viene de arriba” (cf. *St* 3, 17). En cambio, la “sabiduría” del mundo alaba el éxito personal y lo busca a toda costa, quitando de en medio sin miramientos a quien obstaculiza la propia superioridad. A esto llaman vida, pero el rastro de muerte que deja, lo contradice. “El que odia a su hermano –lo hemos oído en la segunda lectura– es un homicida. Y sabéis que ningún homicida lleva en sí la vida eterna” (*1 Jn* 3, 15). Solamente quien ama al hermano posee en sí la vida eterna, es decir, la presencia de Dios, el cual, por medio del Espíritu, comunica al creyente su amor y lo hace partícipe del misterio de la vida trinitaria. En efecto, así como un emigrante en un país extranjero, aunque se adapte a la nueva situación, conserva –al menos en el corazón– las leyes y las costumbres de su pueblo, así también, cuando Jesús vino a la tierra, trajo consigo, como peregrino de la Trinidad, el modo de vivir de su patria celeste, que “expresa humanamente las costumbres divinas de la Trinidad” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 470). En el Bautismo, cada uno de nosotros ha renunciado a la “sabiduría” del mundo y se ha convertido a la “sabiduría de arriba”, manifestada en Cristo Jesús, Maestro incomparable en el arte de amar (cf. *1 Jn* 3, 16). Jesús ha dicho que dar la vida por el hermano es el culmen del amor (cf. *Jn* 15, 13); lo

ha dicho y lo ha hecho, mandándonos amar como Él (cf. *Jn* 15, 12). El gran desafío es pasar de considerar la vida como *posesión* a verla como *don*, y aquí se nos revela –a nosotros mismos y a los demás– quiénes somos y quiénes queremos ser.

El amor fraterno y gratuito es el mandamiento y la misión que el divino Maestro nos ha dejado, capaz de convencer a nuestros hermanos y hermanas en humanidad: “La señal por la que conocerán que sois discípulos míos será que os amáis unos a otros” (*Jn* 13, 35). A veces, nos quejamos de la marginación del cristianismo en la sociedad actual, de la dificultad para transmitir la fe a los jóvenes, de la disminución de las vocaciones sacerdotales y religiosas... y se podrían añadir otros motivos de preocupación; de hecho, no es extraño que nos sintamos perdedores a los ojos del mundo. Sin embargo, la aventura de la esperanza va más allá. Nos dice que el mundo es de quien más lo ama y mejor se lo demuestra. En el corazón de toda persona, hay una sed infinita de amor; y nosotros, con el amor que Dios derrama en nuestros corazones (cf. *Rm* 5, 5), podemos saciarla. Naturalmente, nuestro amor debe expresarse no “de palabra y de boca, sino de verdad y con obras”, respondiendo con alegría y generosidad con nuestros bienes a las necesidades de los necesitados (cf. *1 Jn* 3, 16-18).

Queridos peregrinos y cuantos me escucháis, “compartid con alegría, como

Jacinta”. Así reza el lema que este Santuario ha querido recalcar en el centenario del nacimiento de la vidente privilegiada de Fátima. En este mismo lugar, hace diez años, el Venerable Siervo de Dios, Juan Pablo II, la elevó a la gloria de los altares junto con su hermano Francisco; han recorrido, en poco tiempo, la larga marcha hacia la santidad, guiados y sostenidos por las manos de la Virgen María. Son dos frutos maduros del árbol de la Cruz del Salvador. Al verlos, nos damos cuenta de que ésta es la estación de los frutos... frutos de santidad. Viejo tronco lusitano de savia cristiana, con las ramas extendidas hacia otros mundos y allí enterradas como brotes de nuevos pueblos cristianos, la Reina del Cielo ha plantado en ti su pie –pie victorioso que aplasta la cabeza de la serpiente embaucadora (cf. *Gn* 3, 15)– para buscar a los pequeños del Reino de los cielos. Fortalecidos con la vigilia de esta noche y con los ojos atentos a la gloria de los beatos Francisco y Jacinta, aceptad el reto de Jesús: “Si no volvéis a ser como niños, no entraréis en el Reino de los cielos” (*Mt* 18, 3). Para personas carcomidas por el orgullo como nosotros, no es fácil hacerse niños. Por eso, Jesús nos advierte duramente: “No entraréis”. No hay alternativa. Portugal, no te resignes a formas de pensar y de vivir que no tengan futuro, porque no se apoyen sobre la certeza firme de la Palabra de Dios, del Evangelio. “¡No temas! El Evangelio no está contra ti, sino en tu favor... En el Evangelio, que es Jesús, encontrarás la esperanza firme y duradera a la que aspiras. Es una esperanza fundada en

la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte. Él ha querido que esta victoria sea para tu salvación y tu gozo” (Juan Pablo II, Exhort. Ap. *Ecclesia in Europa*, 121).

La primera lectura nos muestra cómo Samuel ha encontrado un guía en el Sacerdote Elí. Éste demuestra, en su relación con el muchacho, toda la prudencia que se requiere para la tarea del verdadero educador, pues es capaz de intuir el tipo de experiencia profunda que Samuel está viviendo. Nadie puede decidir sobre la vocación de otro; por eso, Elí orienta a Samuel a la escucha dócil de la palabra de Dios: “Habla, Señor, que tu siervo escucha” (*1 S* 3, 10). En cierto modo, podemos leer desde esta misma perspectiva la Visita del Santo Padre, que se desarrolla bajo el lema: “¡Papa Benedicto XVI, contigo caminamos en la Esperanza!”. Son palabras que expresan tanto una común confesión de fe y manifestación de adhesión a la Iglesia a través de su fundamento visible que es Pedro, como un aprendizaje personal de confianza y de lealtad con relación a la guía paterna y sabia de aquel que el Cielo ha elegido para indicar a la humanidad de este tiempo el camino seguro para alcanzarlo.

Santo Padre, “contigo caminamos en la Esperanza”. Contigo aprendemos a distinguir entre la gran Esperanza y las esperanzas pequeñas y siempre limitadas como nosotros. Cuando, rodeados de la decepción general de quienes se quedan en las pequeñas esperanzas,

sintamos la alternativa de Jesús, la gran Esperanza: “¿También vosotros queréis marcharos?”, fortalécenos tú, Pedro, con tu palabra de siempre: “Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos. Y sabemos que tú eres el Santo, consagrado por Dios” (*Jn* 6, 68-69). Verdaderamente –nos recuerda el Pedro de hoy, el Papa Benedicto XVI–, “quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. *Ef* 2,12). La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando ‘hasta el extremo’, ‘hasta el total cumplimiento’ (cf. *Jn* 13,1; 19,30)” (*Enc. Spe salvi*, 27).

Queridos peregrinos de Fátima, que el Cielo sea siempre el horizonte de vuestra vida. Si os dicen que el

Cielo puede esperar, os engañan... La voz que viene del cielo no es como estas voces, semejantes a la legendaria sirena embaucadora, que dormía a sus víctimas antes de echarlas al abismo. Desde hace dos mil años, comenzando por Galilea y hasta los confines de la tierra, resuena la voz del Hijo de Dios que dice: “Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios” (*Mc* 1, 15). Fátima nos recuerda que el cielo no puede esperar. Por eso, pidamos con confianza filial a Nuestra Señora que nos enseñe a traer el Cielo a la tierra: ¡Oh, Virgen María, enséñanos a creer, adorar, esperar y amar contigo! Indícanos el camino hacia el Reino de Jesús, la vía de la infancia espiritual. Tú, Estrella de la Esperanza, que anhelante nos esperas en la Luz sin ocaso de la Patria celeste, brilla sobre nosotros y guíanos en las vicisitudes de cada día, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANAMAYO

- Día 26: Celebración de San Juan de Ávila, patrono del clero español, en el Seminario Mayor, presidió la santa Misa el Administrado Apostólico Excmo. y Rvdmo. D. Luis Quinteiro, Obispo de Tui-Vigo, pronunció la conferencia el sacerdote de la Archidiócesis de Toledo, D. Jorge López Teulón, sobre la figura de san Juan María Vianney.
- Día 11: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 18: Exequias del Rvdo. D. José Fernández Nóvoa, párroco de San Juan de Servoi, en la Iglesia de Santa María la Mayor de Verín.
- Día 18-23: Celebración del centenario de la presencia de los Salesianos en Ourense, con la presencia del Rector Mayor D. Pascual Chávez Villanueva.
- Día 21: Exequias del Rvdo. Manuel López Rodríguez en la iglesia parroquial de San Martín de Lago, de la que era párroco. Había fallecido el día 19 de mayo.
- Día 22: Peregrinación diocesana a Santiago de Compostela, con ocasión del Año Santo Compostelano.
- Día 25: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 26: Reunión del Colegio de Arciprestes y delegados episcopales en el Seminario Mayor.
- Día 27: Jubileo del Clero Gallego con ocasión del Año Sacerdotal y del Año Santo Compostelano, en Santiago de Compostela.
- Día 29: III Encuentro de Grupos Bíblicos en el Santuario de los Milagros. Curso de Doctrina Social de la Iglesia, organizado por el Obispado de Ourense y la Fundación Santa María Nai, en el Salón Padre Feijóo del Obispado de Ourense.
- Día 29: Festival Mariano en la Parroquia de la Santísima Trinidad de Ourense.



DIÓCESIS
DE OURENSE
